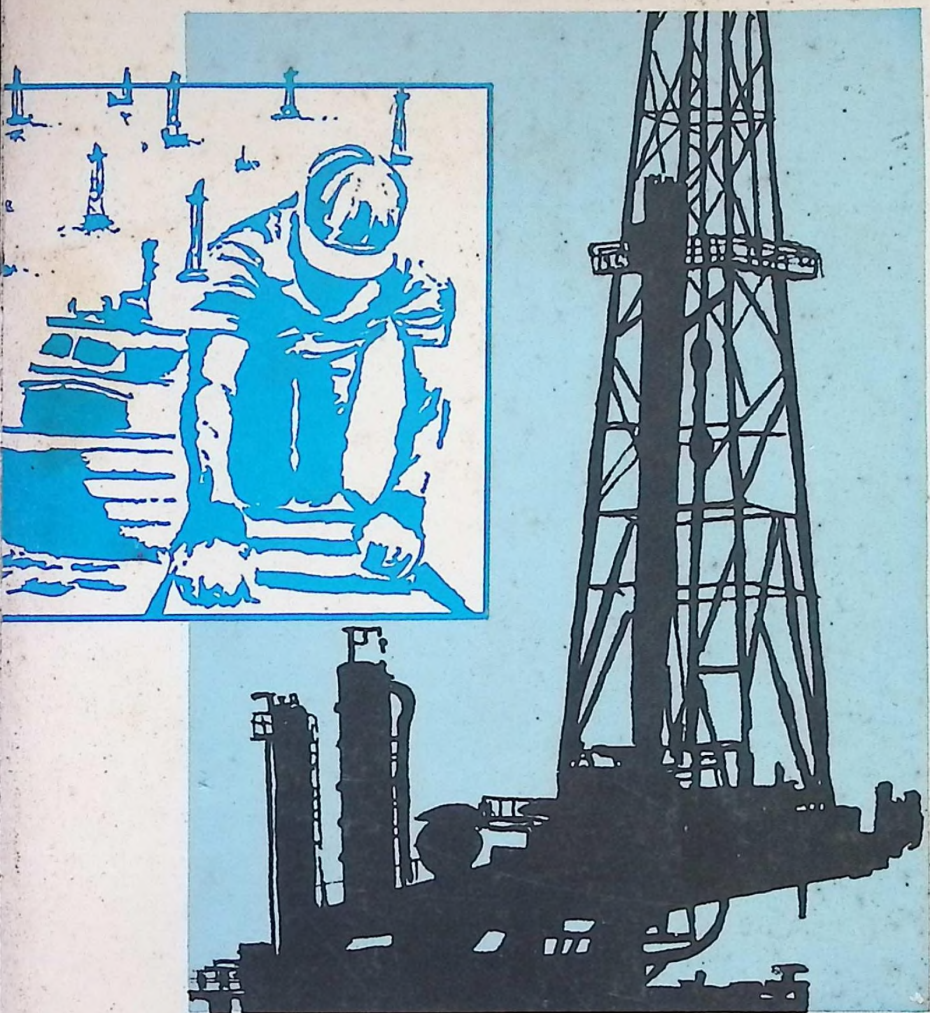




MEMORIAS PETROLERAS

ALBERTO QUIROS CORRADI

INDICE

PROLOGO _____	i
PRESENTACION _____	ii
INTRODUCCION _____	1
UNA EXCUSA PARA LA NOSTALGIA _____	3
ZUMAQUE I _____	9
EL CUJI DE DIEGO _____	12
LAS PERSONAS _____	15
LOS DEPORTISTAS, _____	17
¿POR QUE ME GUSTA EL DEPORTE? _____	19
MENTE Y MUSCULO _____	21
ARNOLDO DEVONISH _____	23
EL MUSICO _____	26
RAFAEL RINCON GONZALEZ _____	28
LOS PROFESIONALES _____	31
ODOSEO VELAZQUEZ _____	33
LUIS GUILLERMO BLANK _____	36
JESUS "TONY" ROJAS _____	39
CESAR ROSALES _____	42
J. L. CARRILLO _____	45
ERNESTO "KEN" MOODY _____	48
DANIEL BENDAHAN _____	51
JOSEF HORAK _____	54
PIETER VAN DER ENT _____	57

CARLOS IRWIN	60
RAMON GUERRERO	63
IGNACIO OLASCOAGA	66
LOS LUGARES	69
CASIGUA	71
MARACAIBO	74
LA CONCEPCION	77
LA PAZ	80
BACHAQUERO	82
SAN LORENZO	85
CARDON	88
LAGUNILLAS	91
LAS ASOCIACIONES DE BIENESTAR Y CULTURA	94
IRAN	97

PROLOGO

La Alcaldía de Maracaibo, en su constante esfuerzo por defender los valores culturales de nuestra sociedad, inicia con este volumen la publicación de la serie "Ediciones de la Ciudad", destinada a la preservación y difusión de diversos materiales de interés general.

Con especial agrado presentamos este primer libro de la serie, en el cual texto y autor comparten una misma importancia. El petróleo ha ejercido influencia determinante en el proceso social y cultural del Zulia. El petróleo congregó sobre territorio zuliano a venezolanos de los Andes, del Centro, de los Llanos, del Oriente y Regiones Insulares, permitiendo unos intercambios que, después de más de medio siglo, presentan hoy esa extraordinaria síntesis humana que constituye el perfil del zuliano actual. El petróleo entró en nuestro proceso cultural influenciando la arquitectura marabina, introduciendo nuevos hábitos, costumbres y modismos en nuestra particular manera de expresarnos.

"Memorias Petroleras" contiene un conjunto de semblanzas sobre personajes y episodios que constituyen la "pequeña gran historia" de la actividad petrolera venezolana. Y es que para reseñar la crónica de esa industria no es suficiente sólo apuntar los hechos oficiales de primera plana, las leyes y decretos que han regido la actividad petrolera. Es menester acudir también al aporte individual y colectivo de sus trabajadores, que a lo largo de casi siete décadas han configurado un modo de trabajar, de actuar y producir, el cual aún hoy es referencia obligatoria en el campo de las empresas públicas y privadas del país.

Nadie mejor que Alberto Quirós Corradi para escribir sobre ese tema, porque simboliza por muchas razones, al ejecutivo petrolero venezolano. Comenzó a laborar en plena juventud en una de las operadoras trasnacionales, ocupando modestas posiciones. Desde allí inició una larga carrera que duró casi 30 años, escalando a fuerza de inteligencia, superación y eficiencia las más altas posiciones de dirección, convirtiéndose en uno de los gerentes venezolanos de más destacada actuación en la industria petrolera, hasta alcanzar la presidencia de la Compañía Shell de Venezuela (luego Maraven).

De sus vivencias recogidas en esa larga experiencia surgen los temas que configuran este libro, cargado de reposada reflexión. Quirós Corradi escribe con la serenidad que da el tiempo. Además de su aporte historiográfico estos

ensayos ofrecen una visión imparcial y objetiva, sobre hechos y personajes que a la distancia del tiempo transcurrido, pueden ser evaluados en su justa perspectiva.

Sobre la importancia que este tema tiene para la ciudad de Maracaibo, nos detenemos especialmente. Por su configuración política y económica, así como su ubicación estratégica, Maracaibo, que en las últimas décadas del Siglo XIX y las dos primeras del XX fue una ciudad eminentemente portuaria y agro-exportadora, puerta giratoria entre el Occidente Venezolano y el Oriente Colombiano, encrucijada de intercambios económicos y culturales, devino con el paso de los años en una ciudad petrolera. En sus espacios urbanos aparecieron los campos y las oficinas, con las urbanizaciones para ejecutivos del sector. Así la matriz cultural de la ciudad absorbió nuevos hábitos y costumbres, formas de hablar y también el cruce étnico. De manera que un gran protagonista de la historia marabina en el último siglo, ha sido la actividad petrolera, la cual ha dejado huellas en su arquitectura y hasta nuevos vocablos y anglicanismos.

Alberto Quirós Corradi vivió en Maracaibo varios años de su adolescencia y los primeros de su juventud. Cambió después de residencia, pero puedo atestiguar por nuestra amistad de muchos años que Alberto salió de la ciudad pero la ciudad nunca ha salido de él; toda vez que nuestras frecuentes conversaciones se hacen en el voceo particular de los marabinos. Además, disfruta genuinamente el graceo de los habitantes de nuestro espacio urbano y está pendiente de los asuntos más importantes de la vida local.

En el largo y muy variable periplo de servicio público que hemos cumplido en las últimas décadas, hemos tenido acentuadas coincidencias con Alberto Quirós Corradi. Ojalá alguna vez tengamos tiempo de escribir detenidamente las muchas impresiones que tenemos de su agudo ingenio, su vertical posición y su constante preocupación por el desarrollo nacional. Al constatar en estas páginas el valor que Quirós otorga al ser humano como centro y objeto de todo proceso de desarrollo, apuntamos una coincidencia más. Y es que al releer estas semblanzas, podemos decir refiriéndonos en esta oportunidad a Alberto Quirós Corradi, "que la mayor riqueza del Zulia son los zulianos".

*Fernando Chumaceiro Ch.
Alcalde de Maracaibo*

PRESENTACION

Las pequeñas viñetas que integran este libro forman parte de un proyecto que me propuse realizar, y realicé, hace ya diez años.

Son publicados ahora gracias a la gentileza de mi amigo de toda la vida, Fernando Chumaceiro, Alcalde de la ciudad de Maracaibo.

En esta viñeta quise recoger mis impresiones sobre los lugares en los cuales había trabajado y las personas que había conocido durante mi "pasantía" de más de treinta años por la Industria Petrolera. En este sentido, esta colección de recuerdos es injusta con muchas personas de la Industria Petrolera con sobrados méritos para ser recordados. Pero a quienes, o no conocí personalmente, o no lo suficiente como para dedicarles un comentario escrito de mi memoria. Faltan, además, personas que aún estaban activas en la Industria Petrolera cuando escribí lo que aquí presento. Y por lo tanto, tampoco aparecen en esta colección.

Entre ellos, Lucio Mazzei, un venezolano que paseó su talento por la Presidencia de empresas petroleras en las Filipinas y Argentina. Lucio es un andino de los de "antes" que le dió dimensión cultural al principio de autoridad. Samuel Wilhem, quien se retiró siendo Director de PDVSA y es, y fué siempre, la manifestación más visible de lo que la constancia y el trabajo pueden lograr en cualquier institución. Samuel, es el inspirador y autor del nuevo significado de la palabra "trajín". Que desde que él la usó, le dió una nueva dimensión a la definición de "experiencia". Gustavo Coronel, quien prefirió cortar su larga y promisoría carrera petrolera, antes de aceptar decisiones que consideró inspiradas por lo que llamé una vez la "administración por capricho". Gustavo es hoy un activista importante de la nueva sociedad civil emergente....Y algunos más, con los cuales quedo en deuda.

Este libro recoge además de los petroleros profesionales, a petroleros músicos como Rafael Rincón González y a petroleros deportistas como Arnoldo Devonish. Por cierto que en el Capítulo deportivo incluyo dos artículos escritos fuera de esta serie. Uno "Mente y Músculo" dedicado a Luisito Aparicio, a quien considero no solo un gran deportista sino un insigne ciudadano. Otro, "¿Por qué me gusta el deporte?" escrito con nostalgia, sobre lo orígenes de mi amor por el deporte, donde recuerdo a mi padre, el único español, (de los de antes) que he conocido en mi vida, que podía opinar con propiedad sobre los juegos de beisbol.

En cuanto a los lugares, además de algunos campos petroleros del Zulia, la ciudad de Maracaibo y la Refinería de Cardón, incluyo un nerviosísimo viaje internacional por avión en el artículo titulado "Tran". Un emocionado recuerdo a un Cují que sobrevivió, gracias al amor humano, a los cambios tecnológicos de la Refinería de Amuay, en el artículo titulado: "Zumaque I".

Por último, en el artículo titulado "Una excusa para la nostalgia", que abre el libro, comento los valores culturales del petróleo, y de alguna manera lamento lo que pudo haber sido....y no fue.

Espero que lo disfruten.

ALBERTO QUIROS CORRADI

UNA RECETA PARA LA NOSTALGIA

Porque la nostalgia es un sentimiento que
se vive en el alma y no en el cuerpo.
MARTÍN CAMERON

El alma es el lugar donde se vive la vida verdadera, la
vida que no cambia con el tiempo y el espacio. Es el alma
la que vive en el cuerpo y la que vive en el alma. La vida
verdadera es la vida que se vive en el alma y no en el
cuerpo. La vida verdadera es la vida que se vive en el
alma y no en el cuerpo.

La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.
La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.
La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.

INTRODUCCION

La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.
La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.
La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.

La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.
La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.
La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.

La vida verdadera es la vida que se vive en el alma y
no en el cuerpo. La vida verdadera es la vida que se
vive en el alma y no en el cuerpo. La vida verdadera
es la vida que se vive en el alma y no en el cuerpo.

UNA EXCUSA PARA LA NOSTALGIA

"Ponemos más esfuerzo en lastimar a los demás, que en ayudarnos a nosotros mismos."

ALEXIS CARRET

En el sentido más restrictivo de la connotación de cultura, es decir, las artes, no hay cultura del petróleo. En el sentido más amplio de la interpretación de la cultura, es decir, la vida cotidiana, todo en Venezuela es petróleo. Mejor dicho, es una consecuencia de los recursos que el "chorro" aportó a la vida nacional.

Se podría hacer un análisis de la Venezuela pre-petrolera, rural, analfabeta y enferma. Pero eso lo sabemos todos. Excepto aquellos que han hecho una profesión de tratar de demostrar las virtudes perdidas de un falso bucolismo idílico. Aquellos que con el dinero del petróleo han podido, sin trabajar mucho, crear toda una tesis de los valores negativos del ingreso inesperado. El mismo que ha permitido la emergencia del "intelectual" constructor de lugares comunes. El que perdió la originalidad que da el hambre. Los demonios que surgen de la necesidad. La única cultura, en tono menor, que creó el petróleo, fue la de proveer un tema para que la "inteligencia" tuviese algo de qué quejarse. Dentro de la comodidad de la abundancia, algunos de nuestros intelectuales vivieron recreando el espejismo del país que nunca existió. Sin embargo, ha sido tan escasa su imaginación, que la novela moderna del petróleo, aun cuando fuese narrativa de lo que nunca fué, no se ha escrito. Hemos fracasado hasta en lo básico de la ficción: contruir una realidad sobre premisas falsas. En este sentido, el petróleo es el gran fracasado de nuestro movimiento cultural. Aportó los recursos. Aportó el tema. Aportó la excusa para la disensión. Aportó los elementos básicos para una transculturación negativa. Pero le faltó aliento para construir al intérprete. Contrario a la percepción Pirandelliana, la cultura del petróleo está representada por un cúmulo de autores en busca de un personaje.

Ensayemos un enfoque diferente. Vamos a olvidarnos del petróleo. Vamos a remover la excusa y a quedarnos con lo sustantivo. Lo importante para el análisis no es petróleo. Lo importante son los recursos. El nuevo país que construimos y que somos, para bien o para mal. En el sentido más amplio de lo cultural hagamos un inventario a partir de 1936, después de la muerte de Gómez, pasando por 1963, llegando al presente, para destacar los últimos 20 años de nuestra historia que coinciden con el aniversario del Ateneo de Caracas*, que celebramos hoy.

*Este trabajo apareció en la edición del diario EL NACIONAL que celebraba el vigésimo aniversario del Ateneo de Caracas.

VENEZUELA ANTES Y AHORA

	1936	1963	1983
Población (millones de habitantes)	3,4	8,2	16,0
Expectativa de Vida (promedio en años)	37,0	66,1	68,7
Educación (miles de alumnos)	142,6	1.604,0	4.636,0
Analfabetismo (% pob. mayor de 15 años)	80,0	65,0	15,0
Presupuesto Nacional (millones de bolívares)	160,0	6.225,0	77.000,0
Exportaciones (millones de bolívares)	778,4	7.725,0	63.210,0
Producción Agropecuaria (millones de bolívares)	995,0	2.282,0	14.910,0

Los inventarios tienen la virtud de poder ser analizados de acuerdo con la subjetividad propia del analista. Hay básicamente dos enfoques que conducen también a dos conclusiones: el petróleo ha sido determinante positivo en nuestra evolución cultural o el petróleo ha prostituido nuestra creatividad, extranjerizando nuestras costumbres, creando una nueva dependencia cultural. No voy a entrar en ese análisis. Las conclusiones serían siempre cuestionadas y el lector debe tomar su propia posición.

Lo que sí es cierto es que sin los recursos del petróleo, nuestra sociedad sería otra. Cómo analizar si los recursos han permitido la permanencia de una cultura pre-petrolera, o si de los recursos nació una nueva cultura objetable o aceptable, según el punto de vista de cada quien, o más difícil todavía: si la ausencia de recursos hubiese resultado en un sistema social y cultural mucho menos o más "conveniente". Por supuesto que los ejercicios intelectuales y especulativos sobre las consecuencias sociales de poder escribir nuevamente la historia, no están sujetos a un análisis lógico y riguroso. Hay mucho de deseo previo incorporado a la conclusión final.

Con la subjetividad y el deseo previo a la que me da derecho el ser protagonista del petróleo, concluyo que en lo que ha aportado al desarrollo cultural, el petróleo merece una alta calificación. (En una

escala del 1 al 20, por lo menos 18). En cuanto a su inhabilidad para demostrarle a la ciudadanía su verdadero aporte, el petróleo tiene una baja calificación. (En la misma escala, menos de 10). Ha adoptado visiblemente lo que todas las instituciones "ricas" han aceptado: el rol del villano. La forma ideal de no obligar al agradecimiento. Una forma disimulada de la envidia: "Yo no tengo. Tú tienes. Tú me ayudas. Pero tú me ayudas porque tú me quitaste. Tú eres malo". Mientras que como país éramos exclusivamente recipiendarios de ayuda externa, esta argumentación nos sirvió de mucho para justificar el no tener que dar las gracias. Ahora que pretendemos prestar ayuda en otros países del mundo y escuchamos en boca ajena el eco de nuestra voz de ayer, empezamos a comprender la naturaleza y la razón de la queja.

El petróleo nos ha permitido disfrutar de lo que somos y al mismo tiempo, hipócritamente lamentarnos de lo que, en su ausencia, quisiéramos creer que hubiésemos podido ser.

Uno de los aportes negativos del petróleo a la cultura nacional ha sido el hacer posible la institucionalización de la excusa. Peor aún, la excusa externa. El petróleo nunca ha sido nuestro. No ha sido ni es parte de nuestro patrimonio cultural. Nacionalizamos la operación extractiva, pero no lo hemos aún nacionalizado en la percepción popular como recurso propio. Sigue siendo extranjero en su propio país. La razón es que para las instituciones de poder es cómodo y conveniente el justificar el fracaso interno con la conocida tesis de las conspiraciones externa. Por eso se le recuerda constantemente a la población los orígenes extranjeros del petróleo. El entrenamiento "transnacional" que han tenido sus técnicos y administradores. Pero no deja de ser paradójico que los que critican la formación foránea del administrador, son en su mayoría formados bajo ideologías extrañas. Nadie osa criticar las influencias "parisienses" en nuestros pintores y escultores. Ni a nuestros escritores se les ocurriría negar las influencias externas sobre su obra. Somos orgullosamente cosmopolitas en los aspectos microculturales. Pero a un recurso como el petróleo, que pertenece al mundo de la energía, el cual en un sentido cultural más amplio, es básicamente internacional, le negamos el derecho de ser universal y venezolano al mismo tiempo. Una vez más, para explicar el fenómeno, hay que retomar el argumento de la excusa "externa". Los fracasos nuestros no se explican por nuestra propia inhabilidad, sino por acciones y decisiones tomadas en otra parte. Desde este punto de vista, el petróleo tiene todas las características necesarias para ser el chivo expiatorio ideal ¡y lo es!.

Nos hemos convertido, pues, en una sociedad "todo excusas" en lugar de una sociedad "todo acciones". Los recursos generados por el petróleo, nos han financiado esta actitud. Sin embargo, entre la sociedad rural, parroquial, aislada, metida mental y físicamente en la hamaca de la indiferencia y la abulia y ésta de hoy, moderna,

internacional, pujante, ineficiente y corrupta, me quedo con la de hoy. Por cuanto le veo más posibilidades inmediatas de que pueda corregir sus defectos. El tiempo es una larga carretera que inevitablemente hay que recorrer para llegar al "hoy". Nuestro problema intelectual sigue siendo el querer congelar el tiempo en una época que pretendemos idealizar. Que nunca existió. Si hubiésemos congelado en el tiempo nuestras inquietudes artísticas, como pretendemos congelar nuestros enfoques institucionales, sociales y políticos, es decir, culturales en su sentido más amplio, Jesús Soto sería un decadente pintor impresionista en vez de ser uno de los creadores del arte cinético. El fracaso del llamado modelo petrolero no ha estado en lo excesivo de sus aportes financieros. Ha estado en lo limitadamente inteligente de la aplicación de esos aportes.

A pesar de ser un pequeño país, con pocos habitantes y muchos recursos, hemos creado una sociedad de contrastes. Peor aún, después de muchos años ganamos la batalla externa de la nacionalización de nuestros recursos naturales, solamente para perder la batalla interna de la administración política de lo obtenido afuera. Por eso una de mis citas favoritas sigue siendo la de George Schultz, filósofo y caricaturista popular, quien pone en boca de uno de sus personajes, después de una exploración bélica en busca del enemigo, la frase siguiente: "Hemos encontrado el enemigo...y somos nosotros!"

Parte de la excusa es el sentimiento de culpa. Nos avergonzamos de ser ricos porque nos han instruido en lo negativo del éxito. La única razón para abochornarse por la riqueza, es el origen de la misma. No hay razón para sentirse culpable por recibir los beneficios del esfuerzo honesto. Eso también debería ser parte de nuestra cultura general. Los corruptos que se han hecho ricos sin esfuerzo, le han inculcado a la población la noción de que el éxito debe estar necesariamente asociado al dolo. Al colectivizar los orígenes del resultado, la corrupción se hizo parte del sistema. Por lo tanto, si todos somos ladrones, la nueva moralidad nos hace a todos honestos. No hay diferencia. Esta también es parte de la cultura global. No del petróleo necesariamente. Si hubiésemos desarrollado el hierro, o el aluminio y nos hubiesen dado los mismos recursos, tendríamos quizás otros culpables.

En el aspecto micro-cultural, podemos regresar al inventario de las artes. No lo haremos. Solamente agregaremos que la universalidad de nuestros artistas plásticos, literarios, se ha podido colectivizar gracia a los recursos del petróleo que abrieron las fronteras del país a la invasión externa. Buena y mala. De no haber sido así, estarían limitados a "fenómenos" individuales, independientes del entorno y que, esos sí, serían extranjeros en su propio país. Cuando el ambiente no está preparado para colectivizar lo universal, entonces lo universal es excepción. A pesar de que probablemente hubiésemos podido hacer más en este sentido, la

gran contribución de los recursos del petróleo a la cultura del país ha estado en permitirnos descubrir los nuevos mundos que existen y vibran más allá de nuestras fronteras. Si nos hubiésemos quedado presos en nuestra geografía, tendríamos, quizás, la falsa felicidad que se deriva de la ignorancia de las alternativas. Aquí está la clave del mensaje. El petróleo amplió nuestras opciones. Si escogimos mal, recomfortémonos con la seguridad de que la felicidad sin alternativa equivale a la pérdida de la libertad. En este sentido libertad es el tener, en todos los aspectos de la vida, el mayor número de opciones. No hay preso menos libre que aquel quien no tiene a donde ir. Por eso las prisiones más seguras son las pequeñas islas. Con espacios vacíos a su alrededor. Físicos y mentales.

En un siglo cuando el hombre ha violado las fronteras del espacio planetario, pareciera totalmente fuera de contexto el pregonar las virtudes de encerrarse dentro de las fronteras artificiales de un conglomerado político.

La cultura es universal. No tiene fronteras. El mundo de la energía es también universal. Se dice que el uno es técnico y el otro humanista. Esa también es otra de las fronteras que hay que borrar.

Los recursos del petróleo nos incorporaron al mundo moderno. Financiaron nuestro desarrollo político. Nos pusieron en el mapa de la importancia universal. Le permitieron a la cultura artística el redimensionar su aliento. No hay regreso posible. ¡Ni debe haberlo!

El petróleo ha permitido la construcción de una falsa nostalgia que añora y lamenta la pérdida de un presunto "Paraíso Perdido". Sin embargo, aun la nostalgia, con el tiempo, cambia su naturaleza. Un famoso "graffiti" en Londres expresaba que "la nostalgia ya no es lo que era antes". Para cambiarle el enfoque a la nostalgia, hay que reinventar el pasado. La diferencia está en que inventamos todos los días el pasado para justificar el presente. La nostalgia, entonces, se vuelve excusa.

La teoría de que la abundancia no es administrable, conduce a la desaceleración del proceso de crecimiento. Desaceleración que no es sino el reconocimiento de la inhabilidad para manejar bien los recursos disponibles. Bajo esta tesis, la influencia del petróleo en la vida cultural venezolana ha sido pernicioso, por haberle concedido a la sociedad recursos excesivos. Sin embargo, los recursos excesivos han podido y han debido ser administrados mejor. Un pequeño ejemplo ilustra el punto. Las pérdidas acumuladas desde 1974 hasta 1983 de las Empresas del Estado, pueden estimarse en Bs. 128.000 millones. Esta cifra se parece sospechosamente a la de nuestra deuda externa. La culpabilidad del petróleo en este resultado es, por lo menos, cuestionable. Sin embargo, su contribución al establecimiento de una cultura que razona en esta forma, es indudable.

Cuando el petróleo desaparezca escribiremos en la piedra de su tumba imaginaria, el siguiente epitafio: "Aquí yace el gran dispensador de oportunidades perdidas. Sirvió de excusa para nuestros fracasos hasta que se le terminó el aliento. Lo recordamos con nostalgia. Descanse en paz".

Caracas, 24 de Noviembre, 1983.

El 24 de Febrero de 1915, Ralph Arnold, el "abuelo de los geólogos de producción" produjo un informe sobre el Campo petrolero de Mene Grande en el Estado Zulia. Allí se refiere al pozo "Zumaque Nº 1" en los siguientes términos: "Está situado en el extremo oeste de la Cresta de Mene Grande, aproximadamente a 250 pies sobre el nivel del mar. Se comenzó a perforar el 12 de enero de 1.914 y se terminó el 15 de abril de 1.914. Tomando en cuenta el espesor y la calidad de las arenas petrolíferas, es mi opinión que el pozo producirá entre 50 y 100 barriles diarios, a lo largo de un período de tres a cuatro años, con un promedio de producción decreciente después, durante por los menos 15 a 20, y posiblemente durante más tiempo". "A pesar de que la perforación concluyó, como ya hemos dicho, el 15 de abril de 1.914, no fue sino hasta el 25 de julio cuando se dejó el pozo listo para su producción. El 31 de julio de 1.914, el pozo comenzó a producir a razón de 250 barriles diarios. El doble de lo que había pronosticado Arnold.

El Zumaque no fue el iniciador de la actividad petrolera en Venezuela. Pero sentó las bases para la explotación comercial en gran escala del petróleo venezolano. Algo parecido al descubrimiento de América. Colón no fue el primero en llegar. Pero para todos los efectos prácticos del futuro, el Almirante fue el "Descubridor". Por cierto que la referencia al descubrimiento, va más allá de una nota al margen. Hay que relatar una coincidencia. Eusebio Sandrea, uno de los testigos de la perforación del Zumaque I, nació el 12 de octubre de 1892. Justamente el día en el cual se celebraban los 400 años del descubrimiento de América. Otros testigos fueron Joaquín Cardozo y Samuel Smith. Hace 30 años la revista "Tópicos Shell" les hizo una deliciosa entrevista. en donde entre otras cosas, menciona lo siguiente: "Los materiales, por ejemplo se traían en bongos por el río Motatán y luego se transportaban por medio de bueyes hasta el sitio donde se estaba perforando. Después, cuando el pozo en perforación se terminaba, le instalaban un balancín de madera." (Sandrea) A la pregunta sobre qué combustible utilizaban las calderas, Cardozo informa "Trabajaban con leña". Y al pedirle una anécdota sobre el Zumaque I, cuenta Lo único que no se me olvida es que cuando el pozo empezó a producir, el Jefe de Perforación nos llamó y nos regaló tres pantalones, tres camisas de color kaki y un par de zapatos." Samuel Smith cuenta "vine a Mene Grande como intérprete de Jorge Brake, Jefe de Perforación de la entonces llamada The Caribbean Petroleum Company, pues los perforadores y técnicos que trabajaban en el pozo eran estadounidenses, y el resto del personal era venezolano".

Pero antes de iniciarse la perforación, había que "desmontar" el cerro, y preparar el terreno para instalar los equipos de perforación. Juan Páez formó parte del pequeño grupo de cinco personas. Los otros eran el Negro Loyola, Sebastián, Luis y Segundo Petit. En el tránsito del tiempo, algunos perdieron el apellido. Páez conservó la memoria como para relatar la odisea. A fines de 1913, se vino de Arenales, un pueblo cerca de Carora. Huyéndole al hambre. Resultado de la improductividad de los campos que habían sido asolados por una plaga de langostas en 1912. Vinieron a pie a través de picas, hechas por disposición de Castro, entre Carora y San Timoteo. Llegaron después a Mene Grande, porque habían oído hablar de una compañía que tenía trabajo. Se emplearon de "macheteros". Trabajaban de sol a sol y ganaban el equivalente de Bs. 5 diarios. Hay confusión en la memoria de los pioneros sobre cómo les pagaban. Páez habla de 5 bolívares diarios. Sandra recuerda que el bolívar "no existía" y le pagaban en pesos. Otros recuerdan las "moneditas de oro" que venían de Inglaterra. Lo cierto es que probablemente hubiese un poco de todo. La vida era dura, pero mejor que el hambre en los campos abandonados. Un saco de plátanos valía un bolívar. Una gallina "gorda" y un "lechón", un bolívar con 25 céntimos. Páez pasó de "machetero" a chofer. Dejemos que él mismo relate el tránsito de un oficio a otro: "El caso es que cuando tenía bastante tiempo cortando monte y también echando pico y pala de vez en cuando, llegó a Mene Grande el primer camioncito. Era de tres pedales: uno para echar pa'delante, uno para echar pa'tras y otro pa'frenar; la gasolina se le daba con una palanquita que tenía junto al volante. El negro Julio era el que manejaba el camioncito, y yo como que caí bien y me preguntó que si quería ser chofer del camioncito; contesté que sí, aprendí rápido y me pusieron a llevar gente a los taladros y las comidas a los supervisores.

Cuando el pozo Zumaque I cumplió 60 años, lo perforaron 400 pies más de profundidad y se puso de nuevo en producción. Hoy todavía produce aproximadamente 35 barriles diarios. Al cumplir 70 años, le da vigencia a la profecía de Arnold. "Producirá durante por lo menos 15 a 20 años y probablemente durante más tiempo."

Durante su larga vida, vio desde sus profundidades, surgir y decaer el campo de Mene Grande. La construcción de la Refinería de San Lorenzo. Y, a mayor distancia, el desarrollo de la Costa Oriental del Lago. Al principio con el agradecimiento propio de que "algo es mejor que nada". Después con las luchas y las dudas de su verdadera contribución. Establecido el petróleo, presencié huelgas y disputas sobre mejores condiciones de trabajo.

Primeros en los vientres de las calderas, el carbón sustituyó a la leña. Después vino el combustible líquido y el gas. Las técnicas de perforación cambiaron. Las de producción también. Poco a poco el color de la piel de los técnicos se oscureció y el pelo era cada día

menos rubio. El 1º de enero de 1976, sobre su espalda de pionero, se izó la bandera de la nacionalización Petrolera. Muchos recordaron entonces su historia. Pocos hicieron memoria de lo que habían visto. El largo camino para encontrarse a si mismo. El esfuerzo y la alegría de los "macheteros" que nivelaron su lecho. Los rudimentarios conocimientos técnicos de los que abrieron sus entrañas. La operación de rescate, de 1974, que le permitió saludar con flujo de sus profundidades el acto nacionalizador. Sintió, sin embargo, cuando izaron la bandera en sus dominios, que el gesto era innecesario. Por 62 años había contribuido riquezas de estirpe venezolana. La bandera no era sino una manera de ratificar una nacionalidad que siempre fue suya.

Los 70 años del Zumaque, que se celebran el próximo 25 de julio de 1984, podrían servir para que la industria petrolera nacional hiciese un inventario de su historia. Borrándole los mitos asociados con su desarrollo. Empeñándose en buscar una mejor integración con los otros sectores de la vida nacional. Dando y pidiendo comprensión para el establecimiento de una verdadera simbiosis con el resto del país. Humanizando el debate. Aportando su experiencia al desarrollo de otros sectores. Aprendiendo de la experiencia de otros. Tratando de demostrar que se puede ser eficiente sin ser soberbio. Informando sobre lo que los demás quieren saber, y no solamente sobre lo que se quiere decir. Correr el riesgo de la integración al país. Que al fin y al cabo no puede ser riesgo lo que no tiene alternativa. Borrar la cara exógena con la cual la miran todavía algunos sectores de la opinión pública. Y como ya dije en una ocasión, pasar de ser la "industria nacionalizada" a ser la "industria nacional". Al fin y al cabo, ya está próxima a cumplir 70 años.

Caracas, 26 de junio de 1984.

EL CUJÍ DE DIEGO

Al frente de uno de los complejos industriales más importantes del mundo, se encuentra una hermosa escultura de Narváez. Escultura que por lo demás se mezcla con el ambiente semidesértico del paisaje, en una perfecta simbiosis de arte con naturaleza. En este caso la naturaleza está representada por un estupendo cují, colocado en sitio destacado y, que al golpe de los vientos paraguayeses, se inclina respetuosamente ante la obra de Narváez. Al visitante de primera vez, le sorprende el cuidado con el cual la mano del hombre ha rodeado al cují. Podado cuidadosamente. Protegido por un brocal circular. Su majestad natural y centenaria preside la entrada a la Refinería de Lagoven en Amuay. Es, desde luego, obvio, que la escultura fue colocada allí por decisión del hombre. Lo que no es tan obvio para el observador es la decisión del hombre detrás de la presencia del cují. Y ésto en sí es una historia fascinante.

Cuando allá por el año 1946 se construía la Refinería de Amuay, el cují ya casi centenario, se erguía en solar distinto. Uno de los capataces de la construcción llamado Diego, se refugiaba bajo sus generosas ramas para protegerse del calor y el viento. Allí, en sus momentos de descanso, tomaba su almuerzo y su merienda. Hombre y árbol constituyeron una sociedad de amor. La visión popular los asoció en la historia y desde entonces y para siempre el cují tiene nombre propio: "El cují de Diego".

Corrieron los años. La Refinería pasó a nuevo dueño. Otras torres se levantaron dentro de sus límites. Se fue Diego. El cují con nombre propio y con admiradores diferentes continuó presidiendo con su presencia la sensibilidad oculta detrás de la máquina. En 1979, treinta años después, se comenzó en Amuay la construcción de un inmenso proyecto. Cambio de Patrón de Refinación. Grandes complejidades técnicas. Cuantiosas inversiones. El esfuerzo colectivo de los recursos humanos se volcó en concluir con éxito el nuevo reto. La planificación de la ubicación de la nueva planta pasó y se detuvo en el solar del Cují de Diego. Los dibujos de los planos de ingeniería incluían líneas de tuberías, equipos compresores y chimeneas. En los planos de la tecnología no tenía ubicación el árbol centenario. Fácil hubiera sido el camino expedito de limpiar el solar. Bajo las cadenas del tractor habrían desaparecido más de cien años de desarrollo vegetal. No fué así. Y no fué así, porque a pesar de la presión del proyecto, los responsables del mismo, encontraron tiempo para defender al cují. Un árbol identificado por un capataz ya ausente, pero que en una u otra forma se había constituido en

lección de historia. En biografía sentimental de una zona. En permanente memoria de tiempos ya pasados y en el símbolo de la coexistencia entre la tecnología, el humanismo y la naturaleza.

El cují fué mudado a su nuevo solar a la entrada de la Refinería. El trasplante fué en sí un alarde de tecnología. Cuarenta toneladas de masa vegetal fueron transportadas de un solar a otro. La operación fué un éxito. Como decía Casona: "Los árboles mueren de pie". Y éste no se iba a morir en la horizontalidad del trasplante. Recobró su verticalidad en otro solar, para poder morir con dignidad cuando le llegara el momento. Mientras tanto, la sensibilidad tecnológica le dio un pasaporte hacia la nueva vida.

Venezuela debe meditar sobre el cují de Diego. No se puede apartar en forma expedita todo lo que aparentemente nos estorba. Los símbolos del pasado tienen una enorme importancia estratégica. Aunque a veces haya que cambiarlos de lugar. La historia del árbol de Paraguaná está llena de un simbolismo aleccionador. Es lo permanente en un país de transitoriedades. Es lo humano en un desierto tecnológico. Es la naturaleza triunfante sobre la depredación del hombre. Es la demostración viviente de la sensibilidad del tecnócrata. Es la humanización de la ciencia. Es en sí una demostración del cariño del hombre venezolano por su tierra.

La nueva planta física de Amuay fué inaugurada el 10 de febrero de 1983, por el ciudadano Presidente de la República. El presidente de Lagoven se refirió a las bondades técnicas del proyecto. A sus dificultades. A los millones de horas-hombre invertidas en el esfuerzo. Y con admirable malabarismo de contenido, pasó el puente entre la tecnocracia y el humanismo y nos contó la historia del Cují de Diego. El Presidente de la República, por su parte, estaba lógicamente impresionado por la inmensidad y complejidad de las nuevas plantas de hierro y acero. A ello se refirió con propiedad. Se refirió también a la sensibilidad de los administradores de la industria petrolera. A la eficiencia que se deriva de la continuidad administrativa, la cual hace posible la conclusión de obras como la de Amuay, que rebasan a veces en el tiempo las fronteras de una gestión política. Todas éstas, virtudes que sirven de ejemplo para estimular "el cambio de mentalidad que tanta falta le está haciendo al país". Pero, la hermosura del hombre culto se manifestó realmente en la emoción y en la clara satisfacción por la historia del cují. Desde la majestad presidencial se permitió incluso, darnos una pequeña lección de botánica. Quizá una forma de regresar un poco a las complejidades de lo técnico. Como buen llanero, el Presidente remató su intervención con una referencia al folklore regional: "Aunque en alguna oportunidad haya dado sombra en los médanos, este cují no llora de dolor".

Ni tienen por qué "llorar de dolor" los muchos otros cujies de Venezuela. Ni sus niños. Ni sus adultos. La lección del Cují de Diego

está en el mensaje de optimismo que puede nacer detrás de una nueva actitud. Un mensaje de amor. Una demostración de convivencia. Una prueba de las bondades de un nuevo enfoque. Cuando se buscan y se exaltan las virtudes, en lugar de exagerar y destacar los defectos, siempre se encuentra detrás de cada pequeño o gran gesto, el enorme potencial de crecimiento que tiene el venezolano.

En estos días, donde la diatriba parece haber sustituido el elogio, ojalá que la sombra del Cují de Diego nos invite a meditar positivamente sobre las posibilidades del futuro.

LAS PERSONAS

¿POR QUÉ ME GUSTA EL DEPORTE?

Me gusta el deporte porque me gusta estar en movimiento, porque me gusta sentir el viento en la cara, porque me gusta sentir el sol en la piel, porque me gusta sentir el agua en la piel, porque me gusta sentir el viento en la cara, porque me gusta sentir el sol en la piel, porque me gusta sentir el agua en la piel.

Me gusta el deporte porque me gusta estar en movimiento, porque me gusta sentir el viento en la cara, porque me gusta sentir el sol en la piel, porque me gusta sentir el agua en la piel, porque me gusta sentir el viento en la cara, porque me gusta sentir el sol en la piel, porque me gusta sentir el agua en la piel.

Me gusta el deporte porque me gusta estar en movimiento, porque me gusta sentir el viento en la cara, porque me gusta sentir el sol en la piel, porque me gusta sentir el agua en la piel, porque me gusta sentir el viento en la cara, porque me gusta sentir el sol en la piel, porque me gusta sentir el agua en la piel.

LOS DEPORTISTAS

Los deportistas son aquellos que se dedican al deporte, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva.

Los deportistas son aquellos que se dedican al deporte, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva.

Los deportistas son aquellos que se dedican al deporte, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva, que se dedican a la actividad física, que se dedican a la actividad deportiva.

¿POR QUE ME GUSTA EL DEPORTE?

Más que gustarme confieso que le tengo un inmenso respeto. Quizás consecuencia de haberlo practicado con entusiasmo sin mayor éxito.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque en mi época escolar jugué fútbol, volibol, basquetbol y algo de béisbol. Ya después, adulto, repetí el basquetbol y descubrí el softbol. Este último más como una excusa para tomar cerveza, antes, durante y después del juego, bajo el calor despiadado de Bachaquero.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque años después, cuando en Inglaterra me invitaron a presenciar un juego de cricket en el campo de Lords, con té, galletitas y todo, me acordé de Bachaquero y del softbol como un acto social y eché de menos el calor y la cerveza fría. Y lo ingleses y las inglesas, de atuendo impecable y de exquisitas maneras, se desdibujaron en los sencillos hombres y mujeres de un campo petrolero con mucha honestidad cultural.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque un día en Cooperstown, en compañía de un entrañable amigo y su esposa, Armando y Elisa Segnini, presenciamos la incorporación al templo de los inmortales del béisbol del deportista más inmortal de Venezuela en nuestra época: el buen ciudadano Luis Aparicio, hijo. Y en el abrazo de muchos años de amistad, vi a Luisito recibir el guante de su no menos insigne padre: Luis Aparicio "El Grande". Y cuando miré a Luisito por sobre el hombro, en lo estrecho de la felicitación, vi a mi padre, un español como pocos, sentado en el viejo estadio de La Ciega en Maracaibo, hablando de Béisbol como si hubiera nacido en Brooklyn. O en Maracaibo, donde si le hubiera gustado nacer.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque si un español de pura cepa después de los 40 años de edad aprende y discute si la jugada correcta era el toque de bola o el "batting corrido" con nada más que un manager de la categoría del cubano Gustavo Solís, entonces, la "transferencia tecnológica" ya tiene olor de humanidad.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque ví desde muy joven desde la "Cafetería Caracas", que estaba situada al fin de la Calle Obispo Lazo, en frente del resguardo Marítimo de Maracaibo, defilar a pie desde el estadium la Ciega a El Chivo Capote, El Policía Camacho, Carlitos Rotjes, El Zurdo Liendo, los hermanos Pepe, Guigui y Vitico Lucas, el "Nica" Avila y muchos otros, de aquel

famoso "Venezuela" de Yanecito, que recorría itinerante los estudios del interior.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque ya adulto vi el fútbol mundial en Buenos Aires, España y México cambiar de nacionalidad sin modificar su entusiasmo. Y vi a los mexicanos convertirse en alemanes y argentinos en la final del año 1986 sin dejar de ser mexicanos. Y Madrid habló italiano en el año 1982. Solo en Buenos Aires en el año de 1978, casi no había nadie gritando por los holandeses, salvo mi esposa Yolanda, quien piensa que para mantener la individualidad hay que gritar siempre contra el de la casa.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque uno puede caerse con William Wuike, a quien no parecen sentarle los aires nuestros, y fracturarse con Carlos Lavado, y recordar a Cecotto con sazón de olvido. Y me recuerdo de mi primo y ahijado Manlio Corradi que corrió hacia la muerte en el circuito de San Carlos. Y me duele el deportista que no fué.

Y me gusta el deporte y lo respeto, porque puede ser memoria, identidad, sueño. Sustituto de ilusiones. Vínculo de amistad. Satisfacción por el éxito. Dolor por el fracaso.

Y lo respeto, porque ya en la edad madura, siento la nostalgia y el secreto deseo de poder empezar de nuevo. A ver si en esta oportunidad lo practico mejor.

Caracas, 17 de Septiembre de 1988

MENTE Y MUSCULO

Hay un lugar común. Un pensamiento obvio. Una conclusión popular. El esfuerzo y la habilidad física son el retrato en negativo de lo intelectual. Conclusión: los atletas son seres mentalmente inferiores. Los intelectuales tienen el monopolio del ejercicio y desarrollo de lo mental. De igual manera, los deportistas visualizan a los intelectuales como seres asociados con una inferioridad física. Parte de lo inadecuado de nuestro sistema educacional está asociado con el haber establecido esta dicotomía. Nuestro mejor estudiante es raramente nuestro mejor deportista. Y viceversa. Hay casi una barrera psicológica que impide construir el puente entre el ejercicio del músculo y el ejercicio de la mente. Todo tiene mucho que ver con lo punitivo y mentalmente elitescos de la estructura educacional.

Para ser un buen deportista hay que entrenar el cuerpo a fin de superar las obvias deficiencias de nuestra construcción anatómica. Entrenar y entrenar para buscar nuevas maneras de hacer las cosas. Por el contrario, nuestros maestros intelectuales nos "enseñan" hasta la saciedad, como continuar haciendo las cosas como ellos lo aprendieron. Es una lástima que en lo intelectual no haya como en lo deportivo, sistemas "cuantitativos" para medir la excelencia los 100 metros planos se corren en 11 segundos o en 10 segundos, o en algo menos. El mundo deportivo se traza metas concretas. El éxito está entonces relacionado con la magnitud del esfuerzo que hay que realizar para sobrepasar el "record", previamente medido y establecido. El mundo intelectual no puede ni sabe establecer sus futuras metas. Rechaza olímpicamente todo lo que es susceptible a ser comparado con logros anteriores. Establece sus propios éxitos apoyado en la subjetividad del momento. Visto de esta forma, los dos mundos tienen perfecto derecho a excluirse mutuamente.

Sin embargo, hay excepciones. Hay quienes han hecho el tránsito. En agosto de este año, ingresó al Salón de la Fama del Beisbol, Luis Aparicio. Mi amigo y compañero de toda la vida, Armando Segnini, me recordó el otro día que en las Grandes Ligas del beisbol, había varias categorías de protagonistas: los de habilidad "regular", que eran los menos. Los "buenos", que eran los más. Las "estrellas", que eran algunos. Las "super-estrellas" que eran escasas. Y los miembros del "Salón de la fama" que eran muy pocos. Los que habían pasado por el filtro de un proceso de selectividad muy estricto. Los que tenían "algo más" que el valor circunstancial de haber sido "super-estrellas". Los que podían fríamente comparar su actuación con lo mejor del pasado. Eliminando lo conyuntural de la emoción del instante. La fama

momentánea puede ser lograda por actitudes que no reflejan el verdadero valor de lo hecho.

Al hacerle un testimonio a Luis Aparicio, todos hablarán de sus éxitos deportivos. Con razón. Son muchos. Pero para lograrlos, además de entrenamiento físico, necesitó talento. Inteligencia. Saber dónde debía colocarse, para llegarle al lance al cual no se le podía llegar solamente con un esfuerzo muscular. La inteligencia en el deporte y en otras actividades de la vida está en hacer lo difícil con la facilidad de lo rutinario. Esa habilidad le permitió a Luis Aparicio pasar sin trauma de héroe deportivo a ciudadano ejemplar. Que siempre lo había sido. Pero que sus glorias temporales habían opacado.

Luis Aparicio entra al Salón de la Fama del Beisbol por sus méritos deportivos. Lo medible de su actuación. Pero a la vez, desde ese salón, proyecta una nueva dimensión. La de persona integral. Ejemplo para el presente y el futuro. No se necesita enterrar las virtudes éticas, intelectuales y ciudadanas para triunfar en el campo del músculo. Sociedades mucho más desarrolladas que la nuestra, lo han sabido siempre. La nuestra todavía coloca al éxito en los diferentes estratos de la actividad.

Saludo el éxito deportivo de Luis Aparicio, por razones diferentes a las convencionales. Lo saludo porque, mañana, se podrá salir del Salón de la Fama del Beisbol, sin perder su identidad. Sin perder su condición de buen ciudadano. De hombre inteligente. Lo saludo porque sé cuanto de ejemplo le legó su padre. Quien para ser inmortal, no necesitó de templo para su exaltación. Padre e hijo vivirán en el mundo popular por razones coincidentes. Lo saludo, porque sé también cuanto se lo merece por los logros más formales de la selección. Lo saludo, porque en un deporte que, por lo general, exalta la fuerza, en esta ocasión reconoció la habilidad. Lo saludo porque, dentro de mi 20% de parroquialismo, gozo con Luis, el reconocimiento terrenal que se le hace en vida. Gozo también, con el recuerdo amable que tengo de niño, cuando Luis El Grande, su padre, al caminar desde el Stadium de la Ciega hacia su casa, pasaba por la "Cafetería Caracas", propiedad de mi padre, para refrescarse en el camino.

A veces se requiere de tiempo para rescatar de la memoria los recuerdos que nos ayudan a entender lo trascendente.

Caracas, 28 de setiembre de 1984.

ARNOLDO DEVONISH

En 1947, en los Juegos Atléticos Estatales, un joven de 15 años ganó las seis pruebas en las cuales compitió. La Creole, a quien el joven representó ese año, de acuerdo con los periódicos locales del Zulia, "barrio con Shell". El Joven se llamaba Arnoldo Devonish.

El comentario general, al destacar lo prominente de las representaciones petroleras en los juegos estatales, habla por sí sólo. Las empresas petroleras en el Zulia y en el Oriente de la República, fueron semilleros de grandes atletas regionales, nacionales e internacionales. En 1952, en Helsinki, concurren ocho atletas, de los cuales cinco eran "petroleros". Cuatro de la Shell: Arnoldo Devonish, (quien para entonces trabajaba en la Shell), Chapy Leyva, Teófilo Davis Bell, Filemón Camacho, y Paulino Ferrer de Creole. Asistieron además: Brígido Iriarte, Mauricio Rodríguez y Guillermo Gutiérrez.

A pesar de la derrota de 1947, en los juegos estatales, la Shell fue sin duda la cuna de los más grandes atletas petroleros. A los cuatro ya mencionados como participantes en las Olimpiadas de Helsinki, tendríamos que agregar, entre otros, a: Vinicio Gutiérrez, José Salas, Clive Bonas, Pachenco Romero, Rafael Gandica, Jimmy Maldonado, Rafael Romero, Hortensio Fusil, Harold Saladín, Jesús Rodríguez, Rafael Camargo, Kenneth Robertson, Osman Ludovic. Entre las damas: las Hermanas Alma y Sheila Leyva, Teresa Melendey y Teresa Mujica. La Industria petrolera estimuló el deporte. Buscó instructores. Creó mística entre los participantes. Organizó juegos atléticos. Le dio a los atletas la jerarquía necesaria para motivarlos. Los identificó con las empresas. Formó equipos. Cuando nuestros atletas petroleros viajaban a competir en el exterior, llevaban ya un sentido de orgullo en las maletas.

Como es ya sabido, Arnoldo Devonish ganó la primera medalla olímpica para Venezuela. Bronce en salto triple. Además fue subcampeón panamericano en la misma especialidad en México en 1955. Salto 16.13 metros. Por 24 años, hasta 1979, esa marca se mantuvo como record nacional. Fue dos veces campeón Bolivariano y dos veces campeón Suramericano. Fue para decirlo de una vez un gran atleta. Pero como Luis Aparicio, y otros, fue y sigue siendo un buen ciudadano. Un hombre honesto e íntegro. Se dedicó a estudiar y mejorarse profesionalmente. Es graduado de Contador. Ha hecho cursos de Auditoría. Es locutor profesional. Graduado, también, como Entrenador Deportivo, en Atletismo, Beisbol, Baloncesto y Volleyball, en la Escuela Nacional de Entrenadores Deportivos. Actualmente es asesor deportivo de Petróleos de Venezuela y Asesor ad honorem de

FEDECAMARAS y de los Comités Organizadores de los Juegos Deportivos Bolivarianos (1985), Suramericanos (1986) y Panamericanos (1987), todos a celebrarse en el Ecuador.

Arnoldo Devonish nació en Maracaibo. Su familia siempre vivió en Campo Rojo, Lagunillas. En esa época, 1932, era común y corriente que las futuras madres fuesen a dar a luz a Maracaibo, ya que no había hospitales en la región que hoy conocemos como Costa Oriental del Lago. Otra anécdota de su nacimiento en Maracaibo es su nombre. Aun cuando la intención fue siempre que se llamara Arnoldo, en su cédula de identidad aparece como "Asnoldo". El cambio de letras se atribuye a un error de mecanografía. Pero conociendo la gama de nombres "raros" que circulan en Maracaibo, no sería de extrañar que el funcionario de Identificación que le extendió la cédula, pensase que la equivocación estaba en Arnoldo, y le corrigiese el nombre, al más maracuchamente diferente de "Asnoldo".

Sus hermanos son también ampliamente conocidos en el ambiente nacional. Juan Guillermo, ex-atleta como Arnoldo. Dirigente deportivo y ex-jugador de beisbol profesional. En algunas ocasiones llegó a codearse con jugadores del prestigio de Roy Campanella y Luis Rodríguez Olmos. Su hermana, María de Lourdes, es la conocida locutora, actriz, cantante y compositora. Figura de radio y televisión. Con un estilo propio que le ha merecido la atención del público y el elogio de la crítica especializada.

Arnoldo pertenece a la generación petrolera, hijos de los pioneros. Seran niños entrando a la adolescencia cuando la Revolución de octubre de 1945. Crecieron bajo la dictadura y se despertaron en lo político en 1958, a la caída de Pérez Jiménez. En los campos petroleros, los cambios políticos representaron a su vez cambios en las actitudes laborales, pero los activistas políticos de la generación de Arnoldo eran pocos. La industria petrolera permaneció aislada de las convulsiones nacionales, "protegida" por las cercas físicas de los campamentos y las cercas mentales de la comodidad. Las comunidades se dedicaron a movimientos culturales y al deporte. Los pioneros educaron a sus hijos y los protegieron contra el ambiente hostil y las dificultades vividas por ellos en el pasado. El contraste cultural les permitió pasar de una generación de obreros a una de profesionales. El recurso del petróleo les dio tranquilidad y la visión de una nueva forma de vivir, les dio el estímulo para continuar el esfuerzo y evitar el regreso a la vida de penurias, que todavía recordaban vagamente. Los hijos petroleros de los pioneros. Los que hoy tienen entre 45 y 55 años, transformaron a la industria petrolera. Hicieron posible la parte humana de la Nacionalización. Aportaron su profesionalismo y su prestigio al proceso. Esa generación, casi toda perdida para el proceso político, tuvo sin embargo éxitos notables en otros campos de la actividad diaria. Parte importante de sus éxitos fueron los logrados en los campos

deportivos. Los hombres como Arnoldd Devonish, trabajaron. Estudiaron. Entrenaron sus músculos. Desarrollaron sus mentes. Cuando se retiraron de la parte activa del deporte, tenían otras carreras que perseguir. Algunos se hicieron entrenadores. Otros profesionales. Y los que verdaderamente tenían múltiples talentos, incurrieron simultáneamente en varias áreas de la ocupación. No fueron, después de sus éxitos temporales, carga social. Ahora, todavía jóvenes, continúan contribuyendo con su esfuerzo al desarrollo del país.

Los atletas petroleros, se escaparon por algunos años, del injusto anonimato, en el cual permanecieron y siguen permaneciendo los pioneros y la segunda generación de trabajadores de la industria petrolera. Por algunos años los nombres extranjeros de las compañías vibraron con acento nacional y la industria se hizo nuestra mucho antes del acto formal de la Nacionalización.

Los juegos deportivos petroleros sacaron a la industria de la estrechez de sus operaciones. La medalla olímpica de Arnoldd Devonish sacó al deporte nacional de su parroquia al darle universalidad al éxito. La conducta ejemplar del ciudadano Devonish, a lo largo de toda su vida, ratificó la convicción de que el éxito no es obra de la casualidad.

Caracas, 27 de Noviembre de 1984

En el 22 de septiembre de 1922, en la ciudad de México, se fundó el Partido Revolucionario Mexicano (PRM), que pasó a ser el Partido Acción Nacional (PAN) en 1939. Este partido fue el resultado de la fusión de tres grupos políticos: el Partido Revolucionario Mexicano, el Partido Nacional Revolucionario y el Partido Revolucionario de los Estados Unidos Mexicanos. El PAN se convirtió en el principal partido opositor al gobierno de la Revolución Mexicana y, tras la caída de Lázaro Cárdenas, se convirtió en el partido gobernante del país durante más de cuarenta años.

El PAN fue fundado por un grupo de líderes políticos y religiosos, entre ellos, el sacerdote Rafael Ángel Ruiz, quien fue uno de los fundadores del partido. El PAN se convirtió en el principal partido opositor al gobierno de la Revolución Mexicana y, tras la caída de Lázaro Cárdenas, se convirtió en el partido gobernante del país durante más de cuarenta años.

EL MUSICO

El PAN fue fundado por un grupo de líderes políticos y religiosos, entre ellos, el sacerdote Rafael Ángel Ruiz, quien fue uno de los fundadores del partido. El PAN se convirtió en el principal partido opositor al gobierno de la Revolución Mexicana y, tras la caída de Lázaro Cárdenas, se convirtió en el partido gobernante del país durante más de cuarenta años.

El 30 de septiembre de 1922, en la prolongación de la calle Providencia, que quedaba entre las famosas bodegas marabinas "La Flor del Zulia" y "La Sin Rival", nació Rafael Rincón González. Vecino del barrio "El Saladillo". Conoció desde niño las calles "El Dátil", "El Sol", "Santa Inés" y "Fuego Vivo", acompañado de su madrina Chinca Garrillo cobraba los alquileres de varias casas de la propiedad de Doña Chinca. Años más tarde, en varias de sus gaitas populares y vales criollos, rescató los valores culturales de su barrio, y exaltó los viejos carnavales de su "Maracaibo Florido" al referirse a las carrozas que subían "por la Calle Derecha, hasta San Juan de Dios". Lo cual traducido a épocas más recientes quiere decir que subían por la Calle Ciencias hasta la Basílica de la "Chinita".

Rafael, antes de iniciar su carrera petrolera, fue maestro cortador de las Sastrerías de Marcos Roo. Más tarde montó su propio local que se llamaba "Rincón Sastres Anatómicos", lo cual respondía a la moda de la época. Trajes de mucha "hombreira", ajustados en la cintura. Los pantalones de doble pliegue y "tubitos" al final. No era barata la sastrería de Rafael. Hasta Bs. 600 cobraba por un flux de casimir. Mucho más caro que la sastrería "Sport", donde un español de apellido Fernández, amigo de mi padre, hacía fluxes parecidos por Bs. 180. Antes de ser sastre, Rafael había sido auxiliar de farmacia en la recordada Botica Inglesa del Dr. Adolfo Colina.

Todas estas profesiones las combinaba con una temprana inclinación musical que lo llevó a formar parte de muchos grupos musicales del Zulia. Entre los cuales hay que recordar al Trío América que integraban el Dr. Rafael Romay y Jesús Torres Alvarado. Se presentaban en algunas ocasiones en el ya desaparecido "Jardín Zulia", cuyo principal suplidor de Cerveza Zulia era Albino Arenas, padre de Américo Arenas Villasmil, uno de mis mejores amigos de la adolescencia, a quien recuerdo siempre con mucho cariño. El Trío Naiguatá con Ciro Adarme y Rafael Barboza. Luego "Los Melódicos" con el mismo Adarme y Adelina Valbuena.

En 1953 decidió retirarse de la vida artística y musical activa, ya que pensó "que se iba a poner viejo, cantando por allí". Empezó a trabajar en el excelente liceo Udón Pérez, donde fundó un coro y una estudiantina. Al fin, en 1959, con una experiencia vivencial acumulada, y con el entusiasmo de siempre, ingresó a la Compañía Shell de Venezuela, como profesor de música, en las escuelas de la compañía. Creó un coro infantil que se presentó en casi todos los campos petroleros del Zulia. Luego en 1962 fue fundador de la Coral Shell y con el personal holandés e inglés, que trabajaba en la

Empresa, organizó un coro que se especializaba en canciones navideñas de diferentes países. El folklorista intuitivo. El músico popular, había cruzado las fronteras de lo nacional, para ingresar en el concepto universal de lo artístico. Con la modestia que lo ha caracterizado siempre, pudo colocarse con su talento por encima de diferencias idiomáticas y culturales.

Era inevitable que una persona de su talento y de sus inquietudes no se quedara para siempre como profesor de música. Aunque en su caso ésto hubiese sido suficientemente motivador. Ingresó después en el campo de las relaciones públicas, y en 1974, fue concejal del Distrito bolívar en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo. Su experiencia política fue corta y sospecho que abandonó ya toda intención de repetirla. Un hombre como Rafael Rincón piensa que a los caminos tortuosos de las decisiones políticas les falta la melodía, el ritmo y la frescura de la música popular. En el alma del artista se frustró el político, en una demostración de la fuerza de la creatividad sobre el dogma.

Rafael Rincón González es el último trovador de Venezuela. Sus canciones recogen la vida y las costumbres de los barrios populares. Tuvo alguna competencia profesional con Armando Molero, quien, además de escribir lo propio, interpretaba mucho de lo de Rafael Rincón. Famosas eran las apuestas que hacían todos los días, de lunes a viernes, a la 1:00 p.m., los choferes de la Línea "Los Haticos", tratando de acertar las canciones que cantaría Armando, en su programa de media hora. Era una especie de 5 y 6 musical. Rafael siempre ha pensado que Armando Molero cantaba a "Maracaibo Florido" con demasiada "velocidad". Aún cuando reconozco que la versión más lenta de Rafael y de Tino Rodríguez responde más a lo que escribió el autor, debo confesar que aún me sigue gustando la interpretación de Molero.

Hace algunos años, y siendo Presidente de Maraven, me tocó el honor de promover, junto con el Concejo Municipal de Distrito Bolívar, la edición de un disco que recogió las canciones más conocidas de Rafael Rincón, interpretada por el más maracucho de los falconianos: el trovador Tino Rodríguez. Uno de los recuerdos más agradables que tengo de la industria petrolera, fue una reunión muy sencilla, que hicimos un pequeñísimo grupo de amigos, con Rafael y Tino, donde éstos interpretaron las canciones del disco...y muchas más. Ojalá que algún día podamos recoger en otro disco, las muchas composiciones de Rafael Rincón que se nos quedaron afuera.

Rafael y su esposa, Susana María, que también es Rincón por derecho propio, tienen 9 hijos. Cinco hembras y cuatro varones. Los nombres de las hembras empiezan todos con "m": Milagros, Minerva, Miloha, Mirena, Miriam. Sigue la cuenta con Miguel y Milton. Algún día le preguntaré a Rafael la raíz de su obsesión con la "m".

El 30 de septiembre de 1982, al cumplir sus 60 años, Rafael se jubiló de Maraven. Como debe ser. En cumplimiento de una norma de la industria petrolera, que asegura el retiro a tiempo y la sucesión ordenada por los más aptos. Los cuales a su vez saben que deberán entrenar a sus sucesores. Así se garantiza la no-perpetuidad en los cargos y la motivación y la competencia saludable entre los que aspiran a ascender dentro de la organización.

Los hombres como Rafael Rincón González, que no eran petroleros en el sentido técnico de la expresión, se convirtieron en petroleros por convicción. Aportaron su sensibilidad y su talento al complejo mundo de la industria. Reconocieron con humildad sus limitaciones y no cantaron jamás sus virtudes. Esta actitud les compró aprecio, pero les privó del reconocimiento nacional que se merecen.

La industria petrolera está en deuda con Rafael Rincón González. De alguna manera tiene que elevarlo por encima del reconocimiento regional. Tiene que rescatarlo del anonimato, en el cual la perniciosa centralización de nuestro país ha colocado a los valores del interior. Sus "Pregones Zulianos", "Soberana", "Maracaibo Florido", "Besos Inocentes", "Maracaibera", "Danza Zuliana", "Plegaria" y muchos más son suficientes credenciales para optar por lo menos al reconocimiento nacional que mucha mediocridad engreida recibe a diario sin esfuerzo previo.

Diferentes organizaciones e instituciones le han dado placas y diplomas. Pocas le han ofrecido apoyo material y espiritual concreto. Característicamente los diferentes gobiernos nacionales no le han brindado ni lo uno ni lo otro.

Quizás en el Mercado Libre que son nuestros reconocimientos oficiales, la ausencia que de ellos exhibe Rafael Rincón González será, a la postre, su mejor condecoración.

Caracas, 29 de Octubre de 1984

LOS PROFESIONALES

ODOSEO VELASQUEZ

Cuando Odoseo llegó a Lagunillas en 1927, a trabajar con la Venezuelan Oil Company (VOC), tenía 18 años y muchos de los que hoy nos consideramos veteranos de la industria no habíamos nacido. Venía de Margarita, como muchos otros que sembraron en el Zulia sus intranquilidades orientales, su dedicación al trabajo y su preocupación por el movimiento obrero organizado. Mejor dicho por organizar el movimiento obrero. Y todo eso lo hizo Odoseo a lo largo de casi 40 años de trabajo en la industria petrolera. Todos con la Shell.

Fue fundador del Sindicato "Unión de Obreros y Empleados Petroleros de Lagunillas", conocido como "Sindicato Azul". Ilegalizado por la dictadura de Pérez Jiménez. Caída la dictadura, el sindicato se agrupó de nuevo bajo las siglas STPL. Allí lo conocí a mediados de 1959, hace ya 25 años. Odoseo ocupó diversos cargos directivos, incluyendo la Presidencia, la cual desempeñó con la honestidad, la lealtad, la humildad y el entusiasmo que lo ha caracterizado siempre. Pero antes, mucho antes, ya Odoseo había participado en la famosa huelga petrolera de 1936. La misma que fue un verdadero movimiento popular de masas. La que contó con la solidaridad del pueblo y costó no pocas vidas. Bajo el gobierno de Medina Angarita, batalló por que la compensación de Bs.2 diarios creada por el Mandatario, formara parte del salario. Fue activista en lograr aumentar las cantidades de productos alimenticios vendidos en los "Comisariatos". Desde entonces se les conoce con el nombre más castizo de "Casas de Abastos", aunque en esto último Odoseo no obtuvo el mismo éxito que logró en el aumento de los renglones para la venta a los trabajadores. En efecto en el lenguaje popular petrolero, estos expendios, siguen siendo más "Comisariatos" que "Casas de Abastos".

Cuando en 1958, junto con Sixto Martínez, dirigía el STPL, lejos habían quedado los años de penuria. La persecución policial Gomecista y Pérez Jimenista. El agua fría de las casas. La falta de cloacas. El largo, difícil y áspero camino de los pioneros. Los que conocen a la industria petrolera solamente a partir de los años '40, para no hablar de los que llegaron después de la Nacionalización, no saben cuánto de su actual comodidad, a todos los niveles, se les debe a hombres como Odoseo Velásquez. Margariteño bregador. Creador de una nueva convivencia social. Co-autor de las modernas relaciones petroleras entre el capital y el trabajo. Descubridor anónimo de un nuevo equilibrio social. Navegante continuo por las aguas que conducían a la superación. Al mejoramiento del nivel de vida. Los

hombres como Odoseo, nunca miraron al pasado por encima del hombro. Ni para detener su impulso. Ni para recordar lecciones inútiles. Nunca tuvieron que reducir sus ambiciones de un mundo mejor, porque nunca participaron ni actuaron en la época de la corrupción y la pérdida de valores. El mundo a su alrededor era relativamente simple. Había mucho que repartir y el objetivo primordial era repartirlo lo más equitativamente posible. A Odoseo nunca le molestaron algunas comodidades que tenían los demás, y que él no había alcanzado todavía. Su lucha era para obtenerlas también. No para que hubieran muchos con poco. Si no para que hubiesen muchos con todo. La base de recursos del país no había sido aún saqueada, despilfarrada y mal administrada, por las modernas y reducidas élites privilegiadas que vinieron después. Un día de estos voy a visitar a Odoseo, para compartir sus sentimientos al respecto.

Odoseo fue el primer sindicalista que conocí de indiscutible trayectoria previa. Aprendí mucho con él. Cariñosamente y tal vez con algo de sorna me llamaba el "Profesor". Quizás porque yo pretendía explicárselo todo, apoyado en lo que acaba de aprender, en un rápido post-grado en Relaciones Industriales que hice en la Universidad de Cornell. Odoseo no había estado en Cornell, pero si había estado donde ya yo no podía ir jamás. Tenía también todos los "cursos" prácticos del mundo en relaciones obreros-patronales. Desde Gómez, pasando por López Contreras y Medina Angarita, hasta la junta de Gobierno de 1958, cuando lo conocí. Había visto huelgas, sindicatos fuertes y sindicatos débiles. Democracia y represión. Condiciones de vida paupérrimas y campos petroleros modelos. Había tratado con extranjeros de la Shell, experimentados y curtidos en otras latitudes; y ahora, hasta cierto punto también por primera vez, tenía frente a sí, a un venezolano imberbe, con pretensiones de conocimientos académicos, quien pretendía darle lecciones de vida. Por alguna extraña razón, de la química inexplorada que gobierna a la empatía entre personas, la combinación fue exitosa y la relación afectiva, extraordinaria. Odoseo me enseñó que cada grupo tiene su propia verdad. Que lo que es obvio para algunos no lo es para los otros. Que el liderazgo no lo da el cuadro de organización sino la habilidad de la persona. Que se puede tener poder sin ostentación. Que las masas no son tan impredecibles como algunos sociólogos quisieran hacernos creer. Que en toda negociación que tenga que ver con beneficios para las personas, hay que saber primero, lo que esas personas quieren. Que se puede negociar a nombre de las personas, pero no por las personas. Que las personas que tienen siempre la razón terminan siendo antipáticas. Y que la humildad, la inmodestia y el poder, tiene extrañas maneras de mezclarse y que no siempre se puede predecir la dosis correcta.

Odoseo en 1959, ocupaba una posición digna, aunque modesta, en la Cía. Shell de Venezuela. Tenía 50 años y un aspecto respetable y distinguido a pesar de su corta estatura y su ropa de trabajo.

Participó en numerosas reuniones con la gerencia de la empresa, para tratar de mantener cierta difícil armonía en las relaciones, en la época de la transición de la dictadura a la democracia. El que esto se lograra y el país pudiera seguir beneficiándose de los resultados, cada vez mejores, de una industria petrolera operando sin interrupciones, se debe en gran parte a hombres como Odoseo Velázquez. El movimiento sindical venezolano en general, y el petrolero en particular, han sido afortunados en haber tenido hombres que supieron desarrollar sin traumas una nueva y mejor posición social para el trabajador venezolano. El movimiento empresarial venezolano tiene mucho que agradecerles a los pioneros. Y entender que en muchos aspectos de la interrelación entre capital y trabajo, el dirigente sindical no debe ni pensar como un gerente profesional. Esto es solamente posible en sociedades donde la propiedad de los medios de producción es de todos. Aún allí, hay dudas razonables. Pareciera que la represión es el destino de las sociedades, donde todos los sectores tienen la misma opinión.

Odoseo se retiró del trabajo petrolero en 1968 y vive en Maracaibo. Tiene 7 hijos y una esposa margariteña como él. Estoy seguro que cuando repasa su experiencia se siente inmensamente satisfecho por lo cumplido hasta la fecha. No tengo confirmación de ello, pero sospecho que se siente un poco defraudado del presente. No debería ser de otra manera. Sus esperanzas basadas en el esfuerzo no han construido el país que soñaron los pioneros.

Caracas, 2 de Abril de 1984.

LUIS GUILLERMO BLANK

Cuando Luis Guillermo, "El Padre Blank", como se le conoce cariñosamente, ingresó a la "Petroleum Utensil Company" en 1924, no tenía mucha idea de lo que era la industria petrolera. Es más, durante los primeros meses de trabajo, no logró satisfacer su curiosidad. La Empresa se dedicaba al comercio de utensilios que utilizaban productos petroleros para su funcionamiento. Casi siempre kerosene.

Así vendían lámparas, cocinas, reverberos, hornos y otras muchas cosas más. Eran los días en los cuales una venta diaria de un millón de litros de gasolina en el país constituía un record nacional. Hoy en día hay varias estaciones de servicio que venden más que eso en medio día.

Durante la etapa de sus inicios en la Empresa, Luis Guillermo viajaba a Maturín. Había que tomar un barco, por lo general francés, que iba hasta Puerto España, en Trinidad. De allá una goleta de la "Lago Petroleum", después Creole, lo conducía hasta Caño Colorado, haciendo escala en Caño Francés. En Caño Colorado, se tomaban los vehículos hasta Maturín, cuando los caminos estaban transitables. Toda lo anterior se complicaba aún más por las continuas "requisas" de las autoridades de turno. Sin embargo, Luis Guillermo, tenía el mejor de los pasaportes de la época: una carta firmada por el General Juan Vicente Gómez, dirigida al General Ledezma, a la sazón Gobernador del Estado Monagas. Carta que el famoso Colorado Doyle, Jefe máximo de la Shell para entonces, y amigo personal del Dictador, le había conseguido para el viaje.

Luis Guillermo estaba en Oriente, donde se había instalado en Maturín, cuando el famoso terremoto de Cumaná en 1929. Instaló agencias de la Empresa en Carúpano, Cumaná, Porlamar y Barcelona.

A lo largo de su trayectoria, estuvo en la Guaira, Puerto Cabello y supervisó la construcción de las instalaciones de almacenamiento de productos de la Shell en Borburata. Luis Guillermo, junto con el recordado Catire Maal, y otros. Fueron los primeros de los petroleros "urbanos". El de las ciudades. El que nunca conoció la operación extractiva propiamente dicha. Fueron los primeros venezolanos, que realmente estuvieron en contacto con la "alta gerencia" extranjera.

Por años estuvieron separados de los venezolanos que "hacían campaña" de aprendizaje operacional en los campos petroleros del

interior de la República. No fue sino muchos años más tarde, en la década de los '50, cuando las dos corrientes se integraron. El petrolero de ciudad fue, como hemos sugerido, por muchos años, un factor casi desconocido para el resto del personal de la industria. Sobre todo el de Caracas. En Maracaibo, los oficinistas y los empleados de los campos petroleros, tenían algún contacto por la cercanía de las operaciones, y por las vías rápidas de comunicación, a pesar de la relativa lentitud de las lanchas de pasajeros primero, y de los "ferrys" después. El petrolero caraqueño conocía la parte administrativa y de apoyo de la industria. Conoció también el poder político que en lo pequeño tenían los gerentes extranjeros que vivían en la Capital. Los favores personales intranscendentes. El poderse jactar de "conocer" a las autoridades. La "óptica" del poder petrolero estaba en Caracas. El "verdadero" poder estaba en otra parte. La nacionalización cortó el poder externo. El mundo político nacional lo heredó casi sin darse cuenta. La industria petrolera nacional heredó la óptica. Hasta hace muy poco, los protagonista no se habían dado cuenta, y seguían manteniendo el mito de la apariencia. La tecnocracia nacional del petróleo, se frustra ante las demostraciones de poder que en los últimos 3 años ha dado el mundo político. El problema está en que no hay poder que rescatar. ¡Nunca lo tuvo! De lo que se trata es de crearlo por primera vez. Cuando esto se entienda, la tecnocracia se lamentará menos de haber perdido lo que nunca fue, y se preparará mejor para desarrollar el poder que nunca tuvo.

Luis Guillermo Blank cumple el 14 de mayo de 1984 60 años en la industria petrolera. Treintisiete en servicio activo y 23 como jubilado activo también. En la Shell primero, y en Maraven después, su presencia diaria en las oficinas es y seguirá siendo símbolo de permanencia, de autoridad y de amor institucional.

El 31 de diciembre de 1953, se firmó el Acta Constitutiva del "Club de los 25". Una institución que agrupa a todos aquellos que han cumplido 25 años de servicio en la Empresa. Desde su fundación Luis Guillermo ha sido su Secretario, excepto en 1958 cuando fue su Presidente. Pocas son las instituciones en Venezuela que ofrecen el ejemplo institucional que da el "Club de los 25". Pocos los que administran la emoción del deber cumplido como éste. La continuidad. La honestidad del esfuerzo. El orgullo de la permanencia. Los que nunca se han podido identificar con alguna institución por largo tiempo, no saben de la emoción que se siente al ingresar a las selectas filas de este exclusivo Club. Hay una sola condición para ser admitido: tener 25 años de servicio en la Empresa. Por eso, cuando algunas personas pretenden que los petroleros nos olvidemos de nuestro pasado, o reneguemos de nuestro esfuerzos prestados al país por largo tiempo, nos miramos todos la cara, en el "Club de los 25", frente a frente, como se miran los hombres honestos, y no hallamos nada de lo cual avergonzarnos. Al contrario, tenemos mucho orgullo adentro y vemos mucha vergüenza afuera.

En 1979, siendo de Maraven, le entregué orgullosamente a Luis Guillermo Blank un "botón" por 55 años de servicio en la industria petrolera. Este año, el Presidente de Maraven le entregará otro por 60 años de presencia. Allí estaré.

Luis Guillermo nació en La Victoria, pero la invasión maracucha petrolera que llegó a Caracas en la década del '60, lo hizo suyo. Como suyo hizo al Catire Maal. Entre ambos, han llenado, más de veinte años del quehacer petrolero en Caracas. Entre ambos, le enseñaron a los maracuchos que el petróleo también se "produce" en Caracas. Nadie ha hecho tanto por tender el puente emocional de la comprensión entre Caracas y Maracaibo como estos dos veteranos, que permanecerán siempre en la memoria del petróleo.

Luis Guillermo sigue yendo todos los días a Maraven, excepto cuando su salud se lo impide. Allí tiene su casa de toda la vida. Allí sigue siendo símbolo de lo importante. De lo ejemplar. Allí permanecerá por mucho tiempo, sembrado en el recuerdo, al lado del Catire Maal y de otros petroleros "caraqueños". Allí estará siempre, diciéndole con su ejemplo a las nuevas generaciones de petroleros, que la honestidad y la constancia si son oficio de todos.

Caracas, 9 de Abril 1984.

JESUS "TONY" ROJAS

El 7 de octubre de 1938, un ingeniero civil margariteño ingresó en la Caribbean Petroleum Company. Eran tiempos de escasos profesionales venezolanos. Como muchos otros de origen oriental, este ingeniero ingresó en la compañía, que luego se transformaría en la Compañía Shell de Venezuela, por la puerta de Maracaibo. Su nombre margariteño: Jesús Antonio Rojas, se lo extranjerizaron parcialmente. "Tony" Rojas para muchos. Jesús para otros. Y Jesús Antonio para pocos. A lo largo de 34 años de su carrera, fue lo único que le extranjerizaron.

Alegre. Dicharachero. Amigo de parrandas y sancochos en su juventud. Dejó fama de popularidad en los campos petroleros por donde pasó. Que fueron muchos. Dejó fama de pichirre también. De hombre extremadamente cuidadoso con los gastos de operación. Se dice que cuando fue superintendente del campo de Mene Grande, iba una vez a la semana al hospital de la localidad, para contar personalmente la lencería. Honesto a carta cabal, no permitió jamás que bajo su dirección se sospechara de actos de negligencia administrativa.

Tony fue el primero en muchas cosas en la historia de la Shell. Fue el primer venezolano en asumir la superintendencia de un campo petrolero. Uno de los primeros en llegar a la Junta Directiva. Y el primero en llegar a la vicepresidencia de la Compañía Shell de Venezuela. En 1972 me tocó el honor de reemplazarlo en esa posición, cuando se retiró de la empresa. Por cierto que su fama de pichirre lo acompañó hasta el último día de trabajo. Sacó sus cuentas y decidió no acogerse al Plan de Jubilación. Pensó que si cobraba completo y de una vez, le rendiría más el dinero. Y tenía razón. Contrario a la percepción popular, las jubilaciones en la industria petrolera ni son extremadamente generosas, ni son "gratuitas". El empleado tiene que contribuir con una parte importante de sus presentaciones sociales (un mínimo del 25%). Y aún así recibe, por lo general, menos del 50% de su último salario. Tiene además que jubilarse por límite de edad (60 años). Y los años de servicio, no importa cuantos sean, no son un sustituto a la edad. Es decir, nadie se jubila antes de tener la edad requerida. Cuando contemplo la cantidad de jubilaciones "graciosas" que se otorgan a otros empleados de la administración pública, a sueldo completo y gente joven. O cuando analizo otros planes de jubilación públicos y privados, me doy cuenta que la industria petrolera "cuida" muy bien a su personal activo y muy poco al que se retira.

Tony puso a buen uso su experiencia petrolera en la administración de sus propios recursos después de su retiro. Hoy en día tiene una posición económica holgada, que ya quisieran poseer los que aún trabajan en la industria petrolera. Tony es un ejemplo de la versatilidad de nuestros gerentes y de sus posibilidades de éxito en el mundo externo.

La mejor definición de Tony es que es un hombre de espíritu de competencia. De combate. Esa garra la demostró en su trabajo petrolero para ascender por mérito propio a las más altas posiciones de la industria. Lo demostró después en sus gestiones fuera de la industria, donde, como ya hemos dicho, también ha cosechado éxitos importantes. Lo demostró y lo sigue demostrando a diario en la práctica de sus deportes preferidos: el golf y el dominó. El golf ya no lo practica mucho. En su época había que vigilarlo muy de cerca. Las pelotas se le "caían" del bolsillo en el lugar más apropiado, y según cuentan sus adversarios, a veces le daba con el pie una "ayudita" a la elusiva pelotita. En dominó, forma con sus amigos de siempre, Samuel Wilhelm, Rafael Pardo, Ramón Monzant y Américo Giusti, un circuito peligroso, por la emoción que le ponen al juego. Tony juega ahora un dominó más o menos clásico. Lejos están los días de las "señas": tres dedos en la frente. Un dedo en la nariz. Pañuelo en la frente para "borrar" las señas anteriores, etc. Sus compañeros de juego ya no le permiten esas extravagancias. Desde que juega "limpio", su juego ha mejorado considerablemente. Aún cuando está todavía bastante lejos de Wilhelm y Monzant, sus maestros maracuchos. Aún cuando es más generoso con sus amigos de lo que era con sus subordinados, todavía de vez en cuando pasa el "rastrillo" para recoger la contribución de los presentes, a fin de comprar las comidas y la bebidas en su casa, cuando los asistentes pasan de seis.

La Compañía Shell de Venezuela desarrollo hace muchos años el principio de gerencia participativa. Para ello utilizó la herramienta del "desarrollo organizacional". Este estilo de gerencia estimula el libre intercambio de opinión. Estimula además la abierta discusión de los conflictos que inevitablemente surgen en las interrelaciones humanas dentro de las estructuras organizacionales complejas. Tony Rojas tenía su propia visión sobre este proceso. Cuando sus instrucciones eran cuestionadas por no ser del todo comprensibles o comprendidas, invariablemente respondía, que estaba "clarito". Así se desarrolló un novedoso sistema comunicacional donde los subordinados pretendían entenderlo todo, ya que obviamente estaba "clarito". Luego hacían su trabajo a su manera. ¡Y todos felices!

Sin embargo, las graciosas anécdotas sobre Tony Rojas no deben opacar ni su indiscutible habilidad como administrador, ni las virtudes de un sistema gerencial que hizo posible la emergencia de gerentes modernos. Que no le temen al conflicto. Que siempre han estado dispuestos a discutir abiertamente los problemas humanos

de la institución. Por eso, a algunos, les ha sido difícil integrarse a la manera de ser otras instituciones. Que manejan el silencio y el subterfugio como forma de supervivencia. Que prefieren la vía del atajo al camino recto, a veces lento pero honesto y seguro. Los que dicen una cosa y piensan otra. Hombres como Tony Rojas basaron su éxito pasado y presente en su honestidad intelectual. En sobrevivir. Tener éxito. No dejar de ser quienes son... y dormir tranquilos.

A pesar de que se retiró en 1972, Tony mantiene sus nexos informales con la industria petrolera. Sin exigir nada que legítimamente no se hubiera ganado. Dando y recibiendo demostraciones de amistad en relaciones interpersonales que en algunos casos rebasan una historia de más de cuarenta años. Asistiendo a eventos formales. Paseando con justificado orgullo, su pequeña estatura y sus enormes contribuciones a la industria petrolera. Paseando también su condición de pionero. De haber sido primero en muchos de los de un camino difícil que llevó a los venezolanos a las más altas posiciones de la industria petrolera, antes de la nacionalización. En la época en la cual ser venezolano no era ni condición ni ventaja para lograr el éxito. Donde la competencia venía de cualquier parte del mundo.

Los venezolanos exitosos de antes eran hombres sin padrinos. Tony Rojas levantó a pulso su éxito. Por eso, a doce años de su retiro, lo seguimos queriendo y respetando.

Caracas, 3 de Agosto de 1984.

En 1956, durante mi segunda incursión en el Campo de la Concepción, estrenándome como recién casado, César Rosales estaba en Maracaibo. Lo había conocido, desde mi ingreso a la Compañía Shell de Venezuela en 1953, pero la verdadera amistad comenzó a través del padre de mi esposa, un técnico de origen checoslovaco. Un gran señor, que también se merece un capítulo aparte.

César, su esposa Germania, mi esposa Yolanda y yo, somos compadres por partida doble. Ellos, padrinos de confirmación de mi hijo mayor, y nosotros, padrinos de confirmación también de su única hija. César es de los pioneros venezolanos de la gerencia petrolera. Ingresó a la compañía Shell de Venezuela en 1942. Se retiró en 1972. Tuvo una variada carrera. Geólogo de profesión, fue miembro de la primera promoción de geólogos egresados de la Universidad Central de Venezuela en 1942. Junto con Jesús Antonio Rojas y José Rafael Domínguez, constituyó una trilogía técnica importante de la Compañía Shell de Venezuela, que se desarrolló bajo los paraguas de los pasos progresivos, a veces lentos pero seguros, de la meritocracia. José Martorano, José Antonio Giacopini y Gustavo Thery Fombona llegaron también a posiciones directivas, después de haber hecho carrera meritoria en el sector público. Todos son miembros de una generación que aportó las bases para una disciplina organizacional que hasta hoy subsiste. En otras empresas, tuvo también su contrapartida. Guillermo Zuloaga, Siro Vásquez en Creole. Juan Jones Parra en Mobil. Luis Alcalá Sucre en Mene Grande. En época más reciente, pero con igual mérito, Rubén Sader Pérez en la CVP.

César Rosales es un testigo excepcional del desarrollo de una formación geológica profunda al oeste de Maracaibo. El cretáceo. El pozo P-62 se considera como el primero que explotó esta rica formación en Venezuela. Allí estuvo César.

En sus años mozos, César usaba un sombrero de fieltro alón, que por la distribución y textura de su "pelo", alguien bautizó como "Panza de Burro". Una vez en el campo de La Paz, un pozo había perdido la "circulación" y como se acostumbra en estos casos, se aumentó el peso del "barro", sin mucho éxito. Después de una noche matando zancudos en la "localización", Cesar aprovechó cuando desconectaron el "Kelly", y la tubería "chupó", para meterle a Panza de Burro al pozo. El sombrero forma parte indivisible de alguna grieta de la formación "cogollo". Único caso que se conoce hasta ahora, donde la frustración y el enojo resultaron en una inyección de

cuerpos extraños y modernos en las formaciones arcáicas de nuestra geología. El P-84, que así se denominaba el pozo en cuestión, llegó a ser el más prolífero del Campo de la Paz, con una producción de 27.000 barriles diarios. Algo no repetido desde entonces en el país. Las propiedades "secretas" del pelo de "Panza de Burro" se perdieron para siempre en las profundidades del pozo.

César se dedicó al entrenamiento del personal venezolano de la industria petrolera. Se interesó también en la fundación y buen funcionamiento del Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), del cual fue Vice Presidente Ejecutivo y Presidente Encargado. En Venezuela, el IESA constituye un extraordinario esfuerzo para intentar armonizar las necesidades profesionales de la gerencia nacional con los "pensum" académicos. La integración entre "academia" y las instituciones productivas. El puente ideológico entre los valores permanentes de la sociedad y el mundo de las realidades. Carlos Lander, otro de los pioneros, le dio a la institución del IESA una lección de lo que la voluntad y el tesón puede hacer para construir lo difícil.

César, como Daniel Bendahán, y otros muchos de la industria petrolera, fue un ejemplo de versatilidad. Geólogo, como ya hemos dicho. Gerente de Relaciones Públicas. Gremialista. Colaborador activo en la promoción de la Fundación Juan Manuel Cajigal del Colegio de Ingenieros de Venezuela, destinada a difundir información técnica a los ingenieros, arquitectos y otras profesiones afines. Contribuyó también a desarrollar programas de mejoramiento social, para las personas de menores recursos económicos. Fue Presidente del Rotary Club de Maracaibo. Colaboró en la creación de la Fundación Rotaria la cual, con algunos aportes económicos de la Alianza para el progreso y terrenos donados por la Cía. Shell de Venezuela, construyó la Urbanización Rotaria para personas de escasos recursos.

César, su esposa Germania y su hija Mimina, constituyen uno de los núcleos familiares más homogéneos que haya conocido en mi vida. Su unidad de propósito es admirable. Su complementación humana e ideológica casi "extra-terrestre". El grupo familiar logró lo intelectualmente difícil. El verdadero consenso. El que es el resultado de la unanimidad, en la definición del propósito. Como en los países, la sociedad familiar a veces compra el consenso por la vía expedita de la satisfacción de la convivencia o el capricho individual.

No así en el caso de los Rosales. Solamente por esa lección, dada con el ejemplo a varias generaciones, César y Germania se merecen un reconocimiento en el "templo" de los héroes anónimos de nuestro país.

César se retiró de la industria con la misma dignidad con la cual convivió en ella. Sin pedir más de lo que correspondía. Sin

insistir en que la post-jubilación se le reconociera por la vía de la consulta, los méritos y la sabiduría acumulados. Se ha dedicado a su hacienda, donde seguramente revisa con orgullo el inventario de su vida petrolera. Cuando sus amigos lo invitan a algún acto social, César atiende, con la confianza que da la buena historia ya vivida.

Los pioneros sembraron el camino. Aportaron el ejemplo. Legaron la actitud. Cuando las generaciones actuales de la industria petrolera nos dediquemos a defender públicamente nuestros sistemas y nuestra institución de los ataques insolentes de una minoría desacreditada, podremos apoyarnos en los que, habiendo servido en la época de los concesionarios, ayudaron y contribuyeron a construir un país.

Los pioneros del petróleo, como César Rosales, le dieron al país una lección que las instituciones no han aprendido aún. Se retiraron, cuando el sistema se lo pidió. Se mudaron a otras actividades, sin el resentimiento de la ausencia. Todos sabemos que cuando los necesitamos, César y los otros estarán allí. Sin hacernos sentir mal por no haberlos llamado antes. Sin presiones emocionales. Si pecamos por omisión, la culpa será nuestra. Y a veces pienso que ya lo es...

Caracas, 11 de Junio de 1984.

Hay personajes que sin proponérselo hacen historia. Hay otros que trabajan para la historia. Todavía hay algunos que mal interpretan el sentido de la historia. José Lourdes Carrillo pertenece a la primera categoría. Cuando empiecen a descubrirse los héroes, hasta hoy anónimos, de la Industria Petrolera, "Jota Ele", como se le conocía en círculos formales, o "el ñato", como se le decía, casi siempre a sus espaldas, tendrá figuración de primer plano. "Jota Ele" fue uno de los pocos pioneros que sobrevivió la transición de la época de los "misteres", a la época de la venezolanización, sin traumas, sin problemas y con una capacidad de adaptación casi morfológica. En otras palabras, cambió de apariencia sin dejar de ser el mismo.

El más zuliano de los zulianos de la Industria Petrolera nació en Ciudad Bolívar, por allá en el año 1918. Se casó con Mercedes, una de las mujeres más hermosas de Cabimas y desde entonces jamás miró al Zulia por encima del hombro, sino de frente al futuro, como se miran los paisajes que se ansían. Con sentido de permanencia.

Como muchos otros miembros de la Industria Petrolera, "Jota Ele" trabajó en ella toda su vida. Desde la post-infancia hasta la jubilación. Sus anécdotas son petroleras. Sus recuerdos petroleros. Sus hijos petroleros. Su esposa petrolera. Pero petroleros en el sentido cultural más amplio. De los que entienden la necesidad de armonizar el petróleo con el país. De los que nunca se han sentido extranjeros en su tierra. De los que resienten los esfuerzos de cierta "inteligencia" que pretende mantener dividido mentalmente al país, entre los que viven de los recursos petroleros y los que contribuyen a generar dichos recursos. Al mismo tiempo, petroleros que no se avergüenzan de haber aprendido algo de los "misteres", y que tienen la inmodestia de saber que también les enseñaron mucho.

Fue autodidacta. Profesor de la Universidad del Trabajo. Borlado 39 veces, en tantos años de esfuerzo y duro aprendizaje. De obrero a Director de una de las empresas más importante del país, la Compañía Shell de Venezuela. Maraven, después.

Como todos los hombres exitosos, "Jota Ele" administró su ambición por etapas. Cuando era obrero, quiso ser oficinista. Cuando fue oficinista, quiso ser Jefe de Oficina. Cuando fue Jefe de Oficina, quiso ser Supervisor de Relaciones Industriales. Cuando fue

Supervisor de Relaciones Industriales, quiso ser Jefe de Departamento. Cuando fue Jefe de Departamento quiso ser Gerente. Cuando fue Gerente, quiso ser Director y cuando fue Director, cumplió 60 años y se le acabó el tiempo, por imperativo de la jubilación obligatoria. Los hombres como "Jota Ele" no conocieron nunca la vía del atajo. La prostitución del mérito por la politiquería. El cabildeo nocturno para escalar posiciones. Estudiaban, trabajaban, aportaban su esfuerzo todas las horas del día y sabían instintivamente que el reconocimiento les llegaría por la vía ordinaria de su propio mérito.

"Jota Ele" fue deportista. Jugaba al basquetbol con los "Gatos Negros" del Zulia, en la época gloriosa donde no se necesitaba tener 2 metros y medio de altura para ingresar al equipo. Era la época donde la astucia sustituía a la técnica. La intuición, al aprendizaje formal. Años más tarde, las mismas virtudes que le permitieron destacarse en el deporte, lo ayudaron a sobresalir en la Administración. Pero no como virtudes únicas. Su gran sabiduría estuvo siempre en saber complementar su talento natural con el aprendizaje formal. Nunca dependió exclusivamente ni de lo uno ni de lo otro. Eso, al final de su carrera, lo convirtió en un hombre invaluable en la Junta Directiva de la Compañía Shell de Venezuela y luego en Maraven.

Como todo buen veterano del petróleo, "Jota Ele" está lleno de anécdotas. De jugador de basquetbol paso a instructor deportivo, ad honorem, de un grupo de "místeres", que un superintendente, extranjero también, quería conservar físicamente sanos. Con los ejercicios fuertes a los cuales los sometía, "Jota Ele" les cobrara un poco la frustración del subordinado ante el jefe. Orgullosamente decía que él fue realmente el primer venezolano que "mando a los "místeres". Contrario a lo que pudiera parecer derogativo, la palabra "místeres", invención de "jota Ele", no tenía ese significado. La connotación era más bien la de un recuerdo de tiempos pasados, con algunas facetas mejores y otras peores. Cuando quería restituir disciplina en su organización, recordaba con algo de nostalgia que "esto no sucedía cuando los "místeres", y cuando quería destacar lo positivo de la evolución, decía entonces con alivio" estos avances no hubiesen sido posibles bajo los místeres". "Jota Ele" fue uno de los pocos que hizo el tránsito de un sistema a otro, reconociendo objetivamente los méritos relativos de cada uno y la inutilidad de querer perpetuar anacronismos en el tiempo.

Yo fui a la Universidad y "Jota Ele" no. Pero nunca aprendí en el claustro lo que aprendí, por muchos años, en el trabajo y en el post-trabajo, entre whisky y whisky, con "Jota Ele". Durante sus años de Director de la Compañía Shell de Venezuela y luego en Maraven, siempre encargado de la función de Administración de Personal, no hubo decisión importante que no le consultara. No hubo evaluación de personal gerencial, que no pasara sobre la mesa de

nuestra conversación. Los compañeros de la Junta Directiva, mas instruidos formalmente, pero menos astutos, quizás no comprendieron nunca el aprecio genuino que le tuve siempre a su talento. Muchos de ellos, más jóvenes, pensaban que mi relación con "Jota Ele" era una especie de apego nostálgico hacia el pasado. ¡No era así!.

"Jota Ele" se retiró de la Industria Petrolera en 1977, cuando cumplió 60 años. Respetando así, como ya hemos dicho, las normas internas de la Institución. Por algún tiempo después le dio su asesoramiento al Instituto de Canalizaciones. Aprendió también a entender la naturaleza de los Institutos Autónomos. Su pasantía fue productiva y positiva.

En 1953 cuando ingresé a la Compañía Shell de Venezuela, "Jota Ele" era ya casi una leyenda. Los Jóvenes tenían trabajar con él. Era, se decía, muy estricto. No cordializaba con los jóvenes recién graduados, a quienes miraba con suspicacia. Ya para 1958, la imagen era otra; "Jota Ele" fue el maestro más efectivo de las nuevas generaciones. Así como había vivido y comprendido la época de los "misteres", así también entendió la necesidad del cambio. Trabajar con "Jota Ele" para las nuevas generaciones se convirtió casi en un símbolo del "status". Quien saliera de su "escuela" con altas calificaciones, sabía que tenía un futuro promisor. La compresión del pasado, como mecanismo para administrar el futuro, se le debe mucho a "Jota Ele" en la Industria Petrolera. En la negociación de los Contratos Colectivos. En la selección de personal. En el mantenimiento y desarrollo de las condiciones de trabajo. En las relaciones sindicales. En las relaciones con el mundo exterior. En la armonización de la astucia criolla con los desarrollos más modernos de la administración científica. En otras palabras, "Jota Ele" "tropicalizó" las ideas y normas foráneas de la administración del personal. Las hizo propias. Y lo pudo hacer porque por 40 años se paseó por culturas foráneas, ¡sin dejar de ser nuestro!.

Caracas, 23 de Enero de 1984

El 16 de abril de 1938, llegó a Maracaibo para trabajar en la "Caribbean Petroleum Company" un rubio "diferente" a los que se conocían en el país. No era ingeniero petrolero. Ni mecánico. Ni geólogo. Ni perforador. Era ingeniero agrónomo. Con alguna experiencia en Relaciones Laborales. Estuvo en Venezuela hasta el año 1943. De allí hasta el año 1946, prestó servicio en el ejército británico. De donde egresó con el grado de Capitán. En diciembre de 1946, regresó a Venezuela, donde se quedó para siempre. No solamente era diferente, en lo "extraño" de su especialización. Nacido en México. En un pueblo con un nombre encantador: "Tapachula". Estado de Chiapas. Educado en Inglaterra. Graduado en los Estados Unidos de Norte América. Desde el año 1935 hasta el año de la nacionalización de la industria petrolera en México, trabajó en la Compañía "El Aguila" mejicana. Una subsidiaria del Grupo Shell.

Cuando llegó a Venezuela, traía en su maleta de viajero experimentado una mezcla institucional de varias culturas y una experiencia previa como empleado de empresa multinacional en país petrolero latinoamericano. Hablaba, por supuesto, perfecto español, lo cual lo hacía aún más diferentes de casi todos los colegas de ultramar. Su esposa, Gladys, había también nacido en México, y durante toda su carrera fue un punto de apoyo invaluable. Una de las primera esposas que, sin dificultad y con naturalidad, cruzó el difícil puente entre las señoras extranjeras y las venezolanas. La verdadera "venezolanización" de la industria petrolera empezó cuando, en los aislados campos petroleros, las familias extranjeras y venezolanas descubrían la compatibilidad posible entre costumbres diferentes.

Cuando Ken Moody se retiró de la Shell en 1969, trabajaba yo en Londres y lamenté mucho no haberlo acompañado en su despedida oficial. Hubiera querido decir en aquella ocasión mucho de lo que su presencia de toda la vida me había inspirado. Mucho menos quizás de lo que su ausencia definitiva me recuerda hoy.

Las instituciones complejas requieren de una multiplicidad de personas con talentos y virtudes variadas. Profesionales eficientes. Trabajadores incansables. Respetuosos del sistema. Iconoclastas (una especie lamentablemente en extinción). Comprensivos. Intolerantes. Leales. Esta última condición si no tiene contrapartida. Ken Moody perteneció a ese grupo de hombres profundamente leales a la institución. Con la lealtad bien entendida. No quiere decir que no cuestionen. Ni tampoco que se plieguen al capricho de los "jefes".

Lo que quiere decir es que en el último análisis, después que todo se había dicho, Ken "enterraba" el hacha de la guerra para proteger a la institución. Así como también la hubiera "afilado" si el esgrimirla hubiese sido necesario. Ken le enseñó a toda una generación de petroleros, como se puede armonizar la inquietud personal con la lealtad institucional. Algo que a muchos de nuestros jóvenes empieza a preocuparles de nuevo. No sólo en el ámbito de la industria petrolera, sino en la mayoría de nuestras instituciones. Cómo cuestionar sin aparentar ser desleal. Cómo respetar el derecho de autoridad sin que éste se constituya en una patente de corso para el abuso. Para la construcción y defensa del dogma inconveniente. La respuesta, en muchos aspectos, la tenía Ken Moody: No aceptar chantajes intelectuales ni de "arriba" ni de "abajo". Hay quienes pretenden hacerse populares y ganar prestigio, mediante la estrategia de no imponer disciplina a los subordinados. Hay quienes pretenden el mismo resultado, mediante la adulación y el seguimiento ciego de la autoridad superior. Tanto el uno como el otro entregan lo mejor de sí. Podrán llegar a la cúspide, pero algún día se darán cuenta del precio excesivo que pagaron en el camino. Ken Moody, por sus mismas cualidades, no era un hombre "fácil" de trato. Para algunos era brusco. Para otros intolerante. Para muchos inflexible. Pero ante todo, un verdadero profesional. Una de las pocas personas en el país que se dedicó con constancia y continuidad al estudio de las modernas tendencias de las relaciones industriales. Estimulador de unos cursos de Contratación Colectiva que dictó la Compañía Shell de Venezuela, por muchos años, a partir de la década del sesenta, en la Asociación Venezolana de Ejecutivos. Que todavía al releerlos hoy, a pesar del tiempo transcurrido, no dejan de impresionarme por su vigencia.

No siempre estuve de acuerdo con sus ideas. No siempre estuve de acuerdo con sus decisiones. Pero siempre respeté su motivación. Siempre respeté el grado de compromiso que adquiría con sus opiniones. Hombre de estadísticas. De apoyo numérico a su juicio. De análisis previo y detallado a sus conclusiones. Su instrucción era su experiencia. Su emoción su profesionalismo. Hombre que, al ser descrito así, pareciera reflejar lo frío y lo impersonal de una máquina de computación.

La diferencia está precisamente en lo de máquina. Ken Moody fue un hombre de alta sensibilidad y gran comprensión. La diferencia estaba en que era disciplinado. Venía de una vida difícil. Le molestaba la vía del atajo. La improvisación. Las personas que pretendían adquirir mucho sin dar nada. Para él la magnitud del esfuerzo requerido estaba asociado con la habilidad personal. A los tontos se le perdonan las estupideces. Con los inteligentes había que ser más estricto. El perdón no está tan asociado con la magnitud del error como lo está con la capacidad de juicio de quien comete la falta.

La casa y la oficina de Ken Moody estuvieron siempre abiertos al talento. Venezolanizó a las relaciones industriales petroleras y luego en gran escala, a las relaciones industriales del sector público y privado a través de la Asociación Nacional de Relaciones Industriales (ANRI). Característicamente, no lo hizo porque quería promover a los venezolanos por ser venezolanos. Lo hizo porque descubrió hace muchos años que los venezolanos, si se les daba la oportunidad, podían competir de igual a igual con lo mejor del mundo. Eso se lo agradecemos más que si nos hubiese dado una ventaja, derivada de una situación geográfica y de una geología circunstancial y temporal.

Ken Moody vivió 46 años en Venezuela (con tres años de interrupción durante la segunda Guerra Mundial). Trabajó en una empresa multinacional. Sirvió después de asesor de muchas empresas. Fundó la Asociación de Relaciones Industriales en el País, a la cual le dedicó tiempo y talento. Jamás comprometió su manera de pensar. Ni dejó de decir lo que creyó útil, oportuno y conveniente. Le dejó a sus compañeros y discípulos de la industria petrolera, y el que hacer nacional, una lección difícil de emular. Una cualidad a veces lamentablemente escarnecida. Le dejó ejemplo de trabajo. Ejemplo de lealtad institucional. Y para decirlo de una vez, lección de integridad.

El 25 de febrero de 1984, murió uno de los hombres más íntegros que he conocido en mi vida.....Paz a sus restos.

Caracas, 9 de julio de 1984.

DANIEL BENDAHAN

En 1964, un ingeniero petrolero venezolano le comentaba a su suegro, ambos empleados de la Compañía Shell de Venezuela, lo impresionado que estaba con la versatilidad profesional que tenía un abogado de la empresa. El ingeniero estaba viendo televisión y el suegro en la cocina, calentaba la comida de la noche. La reunión se celebraba en un apartamento en Caracas, que la Shell proporcionaba temporalmente a los empleados del interior de la República mientras atendían cursos de adiestramiento sobre la economía nacional y la industria petrolera. El ingeniero hablaba inspirado en parte por lo atractivos olores que provenían de la cocina. "Hay un abogado", decía, "que introduce el curso hablando sobre los orígenes de la legislación minera en Venezuela". "Nos da una lección de historia desde la colonia hasta nuestros días". "En la misma tarde habla sobre el Impuesto sobre la Renta y su evolución histórica". "Al día siguiente sobre el Régimen de Concesiones". "Las inversiones en exploración". "En el transcurso de la semana comenta la contratación colectiva y el movimiento sindical, para concluir el día final con una charla sobre las perspectivas futuras del petróleo venezolano, la OPEP y la estrategia de las trasnacionales". En medio de la perorata del ingeniero, el canal de televisión anunció la presentación de un segmento de la ópera "Rigoletto". Apareció en el papel de Sparafucile, un cantante, el cual fue reconocido inmediatamente por el ingeniero. Casi sin poder recuperarse de su asombro, gritó a su suegro: "Luis, Luis, es él. Es el abogado del cual te estoy hablando. Es Daniel Bendahán".

Daniel nació en Caracas en la Parroquia San José. Se graduó de Doctor en Ciencias Políticas en la UCV en 1947 y ha hecho desde entonces cursos de post grado en Londres y en los Estados Unidos. Su mejor post-gradó, sin embargo, fue siempre y sigue siendo su curiosidad. Su enorme capacidad de trabajo y algo muy especial, que poseen muy pocas personas: una habilidad increíble para administrar el tiempo.

Antes de ingresar a la Compañía Shell de Venezuela en 1963, había trabajado, antes y después de graduarse de abogado, en la Standard Oil Corporation of Venezuela -después Creole- entre 1942 y 1949. En el Ministerio del Trabajo. En la Venezuela Atlantic Refining Co. desde 1950 hasta 1963. Allí lo conocí en 1962, cuando empezábamos a prepararnos en la industria petrolera para negociar el Contrato Colectivo. Estaba yo en la Compañía Shell de Venezuela, y era en ese momento negociador patronal. Daniel demostró tal habilidad y profesionalismo en su gestión que la Compañía Shell le

ofreció empleo y fue, como ya hemos dicho, a partir de 1963, que comenzó su trayectoria en dicha empresa. Daniel y yo fuimos nombrados directores de la Compañía Shell el mismo día. Un 1º de septiembre de 1970. Después estuvimos junto en la Directiva hasta la nacionalización el 1º de enero de 1976. En el camino, fui nombrado Vice Presidente en 1972 y presidente en 1974. Tanto como él como yo, habíamos transitado una larga senda de aprendizaje antes de culminar en la Directiva de una de las empresas petroleras más importantes del país. Con toda su versatilidad, Daniel nunca tuvo que improvisar sus conocimientos, ni sustituir su experiencia por el aventurismo fácil tan común hoy en día. Daniel pertenece a ese selecto grupo de Venezolanos que lamenta el que virtudes tales como esfuerzo, constancia y honestidad se ignoren, se ataquen, y hasta sirvan como mofa de una generación que tuvo la desgracia de presenciar el éxito de muchos; sin esfuerzo. Donde las reputaciones quieren ser destruidas por los aventureros de la información. Donde la corrupción pretende sustituir al trabajo.

Daniel paseó su esfuerzo como su condecoración mas apreciada en posiciones tales como Presidente de la Asociación Venezolana de ejecutivos, Presidente de la Cámara de la Industria del Petróleo, miembro del directorio Ejecutivo de Fedecámaras, Vice Presidente de la Cámara Internacional de Comercio y Presidente de la Cámara Venezolano-Británica de Comercio e Industria, entre otras muchas.

Ha sido un venezolano internacional y eso tampoco lo perdonarán los seguidores de lo parroquial. Los Mascadores de Chimó. Refraneros y adoradores de "colcha y cobija". Que piensan que para disfrutar de lo vernáculo, hay que denigrar de lo externo. Se puede hablar bien idiomas extranjeros y ser capaz de escribir en exelente español una biografía sobre "Reinaldo Hahn". Se puede ser un experto en derecho internacional y escribir un "Manual de Legislación Colonial Venezolana". Todo eso lo ha hecho Daniel.

A mediados de la década de los cincuenta, Daniel se encontraba en Guatemala, donde había solicitado concesiones petroleras, como Abogado de un Consorcio Norteamericano. Por aquellos días, se anunciaba el oratorio musical "El Mesias" de Haendel, con la Orquesta Sinfónica de Guatemala bajo la dirección del famoso maestro Werner Goldstaub.

Uno de los cantantes invitados por la Sinfónica enfermó y alguien recomendó a Daniel para que lo sustituyera a última hora. La función fue todo un éxito artístico y al final el Presidente de la República y su séquito pasaron al escenario para felicitar tanto al maestro Goldstaub como a los cantantes.

Varios días después tuvo lugar en el Palacio de Gobierno, la apertura de las ofertas para la licitación de las concesiones petroleras, en presencia del Presidente de la República y su

Gabinete. Cuando correspondió el turno al Consorcio que representaba Daniel y éste se acercó para abrir el sobre contentivo de su oferta, de pronto, el Presidente interrumpió el acto, y exclamó en alta voz: "¡Pero si usted es el cantante! ¿Qué está haciendo en esta licitación?" Lo que Daniel estaba haciendo en esa licitación era lo que ha estado haciendo toda su vida. Ser genuino. Ser profesional. Ser eficiente.

La percepción popular visualiza a los hombres del petróleo como personas insensibles. Técnicos pero incultos. Incapaces de entender nuestra cultura y nuestros problemas. Casi todos circunscritos a un mundo pequeño y distante. Sin versatilidad. A dedicación en forma exclusiva a una operación extractiva poco comprensible y compleja. Daniel ha demostrado que en todo hay excepciones.

El 10 de mayo de 1984 acompañé a Daniel en una fiesta de despedida que le dio Shell de Venezuela S.A., empresa con la cual permaneció hasta ese día. Me reconforté con el acto. Allí estábamos sus amigos, recordando que los venezolanos de la Industria Petrolera pueden tener espíritu universal, sin dejar de ser nacionalistas. Los colores patrios los exhibe Daniel como resultado de su trayectoria. Perteneció al selecto grupo de los petroleros venezolanos que se salieron, sin esfuerzo aparente, del traje estrecho que le quisieron cortar los abanderados de la mediocridad.

Caracas, 15 de Mayo de 1984.

JOSEF HORAK

En 1928 llegó al país, procedente de México, Josef Horak. Para la época, México y Cuba eran los puertos de entrada para la emigración europea en Latino América. José como le españolizó su nombre el medio venezolano, era un técnico automotriz. Empezó a trabajar en la Shell en el año 1929. Toda su vida petrolera la pasó en los departamentos de transporte de los diferentes campos de la Shell. Fue uno de los pocos que compartió la aventura de la Shell en Oriente. En el campo de las Garzas, cerca de Puerto la Cruz y Barcelona. Cuando el Puerto ni soñaba con la expansión que lo ha convertido en uno de los centros urbanos mas importantes del país.

En Venezuela se casó. Tuvo cinco hijos. Aquí está enterrado. En la única tierra que como adulto maduro pudo llamar suya.

Josef Horak formó parte de un pequeño pero selecto grupo de checoslovacos que trabajaron en la Shell. Todos ocuparon posiciones relevantes. Ondricheck. Kulkas. Yelineck. Onderkas y Horak.

A Don José lo conocí en Casigua, en 1953, cuando empezaba yo en la industria petrolera. Antes, durante mis recorridos de estudiante por el mundo nocturno de Maracaibo, había conocido a su hijo mayor, Joseito. Para la época, un personaje fascinante. Joven. Ganaba buen dinero. Y estaba dispuesto a gastarlo con nosotros. De esa bohemia, hay aprendizajes importantes, que recogeremos algún día. Después en el año 1955, Don José y yo coincidimos de nuevo en La Concepción. De una conversación intrascendente, y de un gesto de mi parte, se originó mi vida familiar como esposo y padre. Don José quería una noche ir a Maracaibo y no tenía vehículo disponible. Le ofrecí uno que acababa de comprar (usado). No quiso aceptar a menos que yo le acompañara. Lo acompañé y conocí en su casa a quien después de seis meses, sería mi esposa.

Don José, en las palabras de uno de mis más entrañables amigos, el Dr. Anibal Latuff, era un caballero. Un patricio. Un hombre que destilaba bondad y esa cualidad abstracta que en algunas sociedades la llaman "clase". Don José era un hombre de clase. No por su instrucción que la tenía. No por sus modales, que los tenía. Sino por una actitud ante la vida que le permitió siempre jerarquizar sus prioridades. Dedicarle a su familia lo mejor de sí. Que era mucho. Administrar las dificultades. La incomprensión. Un mundo circundante que no se parecía a él. Y salir triunfante en el esfuerzo.

Don José perteneció a ese selecto grupo de personas de la industria petrolera que llegaron de "afuera" y se dedicaron a entrenar sin egoísmo ni hipocresía al personal venezolano. Junto con Pieter van der Ent, Ken Moody y otros. Cada uno con su estilo se adaptó al medio. No pretendían cambiar al entorno para hacerlo extranjero. Extrajeron del medio lo mejor que tenía. Lo mezclaron con sus costumbres y de la simbiosis surgió una manera mejor de hacer las cosas. Una actitud ante la vida que la hacía más amable. Más digna de vivirla.

Fue pionero, con su esposa venezolana, Trina, de la integración de los venezolanos a la gerencia petrolera. No solo en lo técnico. También en lo social. Su esposa todavía recuerda, sin amargura pero con claridad, las discriminaciones que sufría el personal venezolano, en cuanto a los sitios donde vivía. El servicio médico que recibía. El club al cual asistía. Para la época de los años '30, sólo los médicos venezolanos tenían acceso a los privilegios del más alto nivel. Trina, y otras pocas venezolanas, por estar casadas con "extranjeros" lograron penetrar las áreas reservadas. En el fondo no se trataba de una discriminación social. Aunque algunos de los extranjeros se portaban de manera tal que así podía interpretarse. Lo que había era una jerarquización de los beneficios de acuerdo al nivel de la posición ocupada. Por muchos años las altas posiciones no fueron desempeñadas por los venezolanos. Algún día habrá que hacer una interpretación sociológica seria de este fenómeno. La pregunta es: ¿Había una estrategia consciente de colonialización cultural por parte de la gerencia extranjera en relación con los venezolanos? ¿Hubo después una revisión de la estrategia, para llevar a los venezolanos a posiciones de alta gerencia? ¿A quiénes llevaron y por qué? ¿O fue el resultado natural de una evolución participativa de diferentes grupos en una estructura técnica de poder?. Los que llegamos a las más altas posiciones de la gerencia dentro del sistema, en su momento tendremos mucho que decir al respecto.

Don José llevó dentro de su trabajo y en su entorno familiar una vida ejemplar. Sin poses. Con la credibilidad de lo genuino. Entrenó a centenares de venezolanos en los aspectos administrativos y técnicos de la logística del transporte. Sus camiones, sus gandolas, sus automóviles, llevaron a gente y a materiales, a los lugares más apartados y de más difícil acceso. Desde Casigua. Pasando por la Concepción. Campo Mara. Lagunillas. Mene grande. Bachaquero y las Garzas. Paseó su personalidad de gentil-hombre no en el sentido aristocrático de la palabra, sino en el sentido de la humanidad. Hombre-gentil hubiese sido más adecuado.

Venezolano de pura cepa. Supo combinar la cultura centro-europea que lo formó, con el medio local que lo desarrolló. Uno de los pocos hombres que he conocido que sabía administrar los éxitos y los fracasos con la misma dignidad. En algunas ocasiones, esa comprensión pudo molestar a personas acostumbradas al

enfrentamiento físico. En esas escasas ocasiones, su esposa, una andina de armas tomar, salía al paso para explicarle al agresor que en su casa había alguien que entendía el arreglarse "por las malas". De esa combinación de culturas, surgió una familia con rasgos contrastantes. No siempre fáciles de entender, pero con la indudable ventaja de haber vivido en carne propia los conflictos de dos sociedades tremendamente diferentes. El verdadero resultado de la mezcla lo veremos varias generaciones después. Como se ven todos los procesos de mestizaje. Raciales, culturales o ambos.

Don José fue una de las personas más bondadosas que he conocido en mi vida. Quizás bondadoso no es la definición.

Poco egoísta. Generoso. Un hombre que ponía sus propios intereses en la cola de las prioridades colectivas.

Como gerente dejó una escuela de afecto y una lección de que se puede ser eficiente sin ser arbitrario. La gente de la Shell y Maraven, lo recuerdan con cariño. Luego se dedicó a trabajar en empresas automotrices establecidas en el país. Allí también dejó lección de dignidad. En su vida familiar, le dio a sus nietos la misma paciencia y cariño que le había dado a sus hijos. Todos, en alguna forma, han sido extensión de su actitud.

Cuando en 1978 enfermó, manejó su enfermedad con la misma dignidad con la cual había administrado su vida. Se murió en paz. Sin molestar a nadie. Sin sobreimponerle a la familia el trauma de su dolencia. Cuando expiró, todos estábamos allí. Casi sin darnos cuenta. Como testigos de un acto natural. En ese momento aprendimos que hasta para morir hay que tener clase.

Caracas, 17 de Julio de 1984

PIETER VAN DER ENT

Cuando oigo hablar del "daño" que le hicieron al país los desarrollos petroleros y en especial los "extranjeros" que pasaron por aquí, me acuerdo de Pieter Van Der Ent y me doy cuenta de lo injustas que son las generalizaciones. Pieter es venezolano hace ya muchos años, con un amor por Venezuela y su gente que ya quisieran tener muchos de los que aquí nacieron, se criaron, probablemente afuera, y que cada vez que pueden, o lo que es peor, no pueden, se van al exterior a "descansar" de este país. A Pieter, nunca le cansó este país. Al contrario, le gustó tanto que desde que llegó a Venezuela allá por el año 1948, se quedó aquí. Con firmes raíces de prolongación venezolana en dos de sus tres hijos. Con su esposa, Leni, que sin maestro formal, se empeñó en hablar español con la gente del pueblo y aprendió el lenguaje popular venezolano, el cual escuchaban con asombro algunas señoras venezolanas de pretendida alcurnia, que pensaban que con las señoras extranjeras, lo "correcto" era hablar inglés.

Cuando llegué al campo de la Concepción en 1955, ya Pieter tenía varios años trabajando en la Planta de Generación Eléctrica de la Shell, en esa localidad. Había empezado como operador en la época en que los trabajos de operar y mantener las plantas se hacían casi exclusivamente con extranjeros. Pieter no era ingeniero graduado. Era tecnólogo, una categoría del aprendizaje que 35 años después, todavía no se ha desarrollado plenamente en Venezuela. En 1948, y todavía en 1955 y por algunos años más, el perfil del mercado del trabajo en Venezuela incluía a los ingenieros que no se rebajaban a aprender a "operar" plantas industriales y los obreros, a quienes, según algunos, les costaba bastante trabajo el aprender las complejidades de una operación tecnológica, por sencilla que fuera. No había, pues, entre el ingeniero y el obrero, esa categoría intermedia del "técnico" que tanto ha hecho en los países del desarrollo, por operar y mantener su infraestructura industrial. Pieter fue la primera persona que conocí, que estuvo siempre plenamente convencido que al obrero venezolano se le podía entrenar en el trabajo para que escalara posiciones técnicas de nivel medio, sin necesidad de que tuviese un aprendizaje formal previo.

No solamente lo pensó sino que lo puso en práctica. Cuando empezó en la Planta Eléctrica, todos los operadores y los supervisores de los tres turnos de trabajo diario, y el jefe, eran extranjeros. Cuando la dejó, todos eran venezolanos. Después siguió trabajando como supervisor de la infraestructura industrial de apoyo, en el mismo distrito petrolero de la Concepción. Por todas las plantas industriales que pasó, dejó la misma huella. Se retiró de la Shell en

1965 y no había aun cumplido los 50 años de edad. Pero su trabajo ya estaba hecho. Los venezolanos lo habían sustituido. Como dije, en otra ocasión, Pieter ha sido la única persona que conocí que conscientemente construyó su propia obsolescencia. Con amor. Con dignidad. Con pleno conocimiento del riesgo que esa acción constituía para su propia seguridad futura; entrenó a venezolanos. Les enseñó lo mucho que sabía. Les transfirió su experiencia, su disciplina y me gustaría pensar que también les inculcó esa falta de egoísmo tan necesaria en los líderes para asegurar la sucesión eficiente.

Cuando en 1956 me "estrené" como casado en el Campo de la Concepción, Leni nos invitaba a cenar y a almorzar con regularidad, pensando tal vez que mi natural flacura de aquellos años corría grave peligro de acrecentarse, si iba a depender exclusivamente de la cocina de una recién casada. En el medio de salsas deliciosas y abundantes carnes, no faltaban nunca una enorme cantidad de papas hervidas, que hubieran hecho la delicia y satisfecho el apetito de todo un cuartel. Cuando nació nuestro primer hijo, Leni fue de las primeras en llegar a la casa, ayudándonos, y sobre todo con una actitud de madurez que ayudó no pocas veces a calmar las pequeñas tormentas que siempre aparecen en los hogares de formación reciente.

Pieter y Leni tienen un hijo que nació en Holanda, antes de que ellos vinieran a Venezuela, y dos hijos que nacieran aquí. El hijo se casó con una joven de la Concepción y tienen una hija nacida en Maracaibo. Pero la descendencia venezolana no es la causa sino la consecuencia de su decisión de quedarse aquí siempre. Cuando Pieter decidió nacionalizarse, causó un pequeña conmoción en la Shell. Que yo recuerde, fue el primer caso de un holandés activo en su trabajo, traído a Venezuela por la empresa que decidió cortar las armas con el exterior y quedarse en Venezuela, viviendo y trabajando como un venezolano más. Puede ser que en la industria petrolera de la Venezuela de 1984 esto parezca muy natural. Pero les puedo asegurar que en 1956, la situación era muy difícil y se necesitaba de una buena dosis de coraje para correr el riesgo de romper con la "vieja familia" sin tener asegurado la aceptación de la nueva.

Pieter, a diferencia de Leni, siempre tuvo algunas dificultades para expresarse fluidamente en español. Pero, con "media lengua" y todo, les explicó y logró hacerse entender, por la primera generación de obreros venezolanos que ascendieron a operadores en la Concepción. Los venezolanos lo apreciaban enormemente y se reían sanamente de sus esfuerzos por hablar fluidamente el español. Pieter se sonreía también. Pero detrás de su sonrisa había una férrea voluntad y un sentido muy estricto de la disciplina. "Su" planta tenía siempre que ser la más limpia. La más eficiente. La mejor mantenida. Cuando veo en Caracas el excelente estado de mantenimiento de las instalaciones del Metro, me reconforta el saber que Pieter tiene en el país algunos hermanos espirituales. Sin embargo, me preocupa de que no tenga "suficientes" cuando veo el

desastroso estado de mantenimiento en el cual se encuentran casi todas las otras instalaciones de servicio del país.

En 1965, Pieter comenzó a trabajar con Enlven, donde estuvo por 7 años. Luego pasó al IVP, (después Pequiven), donde trabajó por 8 años. En el Tablazo en 1982, sus compañeros le dieron una placa por su "gran espíritu de compañerismo". En 1981 el Gobierno Nacional le otorgó la "Orden al Mérito en el Trabajo" en su primera clase.

Allá en su casa donde vive desde hace 21 años, situada en la carretera que conduce a la Concepción, Pieter y Leni pueden contemplar y compartir con orgullo el aprecio genuino de la comunidad. Lo cual al fin y al cabo, es su condecoración más apreciada.

Caracas, 2 de Marzo de 1984.

La Industria Petrolera concesionaria produjo un grupo de hombres expertos en las interacciones humanas. El arte de administrar estas interacciones tomó forma y estructura en el Departamento de Relaciones Industriales. Todo empezó en forma algo arbitraria, para "controlar" al personal. Horas de llegada y de salida. Dedicación al trabajo. Progresión salarial. Luego vino la parte más importante. Las relaciones con los Sindicatos. Dirigentes laborales y empresariales crecieron juntos, por diferentes caminos, en sus habilidades gerenciales. La Contratación Colectiva se hizo profesional. Y profesionales fueron sus protagonistas. De las relaciones sindicales se pasó al campo más amplio de la Administración de Personal. Planificación de Carrera. Entrenamiento. Servicios de Personal. Administración profesional de Salarios. Y para rematar: Desarrollo Organizacional. Que es el diagnóstico de la interacción humana de la organización, en contraste con el diagnóstico de su estructura.

Los hombres de Relaciones Industriales de la vieja guardia petrolera, tienen en sus maletas intelectuales, mucho de la historia de las Relaciones Industriales de Venezuela. Dentro de ese grupo figura en forma destacada un hombre nacido en Rubio, en 1924. Carlos Irwin empezó a trabajar en la Shell en Cabimas en 1943, como aprendiz de Oficinista. Después, en sus propias palabras, ocupó "todos los puestos imaginables en Relaciones Industriales y Administración de Personal, hasta culminar como Gerente de Administración de Personal de Maraven".

A lo largo de su peregrinación por los campos petroleros, como se aprendía antes, fue el Gerente de Personal de Cardón, Lagunillas, Bachaquero y Caracas. En funciones de menor jerarquía trabajó también en Cabimas, Maracaibo, Mara, La Paz y La Concepción. Recorrió casi completo el mapa petrolero de Occidente. Con su esposa Estela. Una marabina simpatiquísima. Atractiva. Que ha acompañado a Carlos con entusiasmo en toda su carrera y que en los diversos caminos y en medio de múltiples ocupaciones, tuvo tiempo para tener y educar a seis hijos. Cuatro profesionales y dos estudiando y trabajando.

Carlos fue mi jefe en Bachaquero en 1959. Era Gerente de Administración de Personal y yo era Supervisor de Relaciones Industriales. Tuvimos una armonía perfecta. Aprendí mucho de lo que no se aprende en las Universidades. De la experiencia acumulada. De la intuición que da la inteligencia y el "trajín". Pero aprendí algo mucho más vital. Aprendí lo importante que es el no ser

egoísta. El reconocer el talento de los demás. El hablar con los subordinados sobre sus virtudes y no sólo sobre sus defectos. El reconocer y premiar los aciertos. El tolerar los errores. Carlos fue una de las primeras personas en la Shell, que sin egoísmo y siendo mi jefe, me pronosticó mi futuro ascenso en la Industria Petrolera. Años más tarde, cuando fui Presidente de la Shell y luego de Maravén, recordé siempre con agradecimiento la bondad y la gallardía de Carlos Irwin.

Carlos ha sido siempre un enamorado de la comida. Buen cocinero. Todos los años, sus amigos esperamos en Diciembre el paquete de hayacas de Carlos. hechas por él mismo. No son hayacas corrientes, en vez de masa de maíz, están hechas con arroz. El arroz encierra y contiene el exquisito guiso. Como buen cocinero y buen "diente", Carlos tuvo por mucho tiempo problemas de peso. Uno de mis éxitos más preciados, fue el lograr que Carlos rebajara trece kilos en Bachaquero cuando trabajamos juntos, Después cuando Carlos fue transferido a Lagunillas, recuperó el peso. La batalla con la balanza, la ganó Carlos hace pocos años, aún cuando todavía cocina y como bien.

A veces la sinceridad se puede confundir con "bravura" o mal humor. Carlos siempre le habló de frente a los problemas. Esto en algunas ocasiones no era totalmente comprendido por todos. En un país de eufemismos el que habla claro a veces es visto con suspicacia. Cuando en casos sencillos, no se tomaba una decisión, y se remitía el problema a algún grupo de estudio, Carlos le exigía al responsable, en palabras de un sola sílaba, la decisión inmediata. Las puertas de su oficina siempre estuvieron abiertas para todos. Manejaba varios problemas a la vez. después de su jubilación, sus sucesores tuvieron la suerte de heredar unos archivos de trabajo estupendamente organizados que los ayudaron a controlar con efectividad las variadas funciones de la organización.

En el terreno de lo social, Carlos y Estela fueron siempre magníficos anfitriones. Ocupados en actividades culturales. Con un alto sentido de la amistad y una gran orientación hacia lo humanitario. Su pasantía por múltiples campos petroleros dejó una huella, no solamente asociada con gratos recuerdos, sino con obras concretas de interés social.

Carlos tiene varios hermanos. Algunos de ellos trabajaron también en la Industria Petrolera. Su hermano Roberto, me empleó en la Shell. Me hizo la entrevista de trabajo. Por cierto, que como me estaba entrevistando para un puesto de traductor (español-inglés) que estaba vacante, al entrar en su oficina, y verlo de pelo rubio y de apellido Irwin, decidí que debía ser extranjero y le hablé en inglés. El primero de muchos errores que he cometido desde entonces.

Los hombres como Carlos Irwin, y otros de su época y temple, abrieron caminos. Se codearon a diario con la dificultad. Vieron el arco iris al final del horizonte. Enrumbaron sus pasos hacia el futuro con dedicación y sin egoísmo. Con la seguridad de que mucho de lo que estaban construyendo no lo disfrutarían jamás. Otros vendrían a comerse el fruto de la cosecha. Pero su deseo de superación estaba, en su humildad, proyectado hacia sus hijos y los hijos de todos. Por eso los pioneros educaron a sus hijos, tanto en lo formal como con el ejemplo del trabajo y la honestidad. Por eso la Industria Petrolera Nacional puede exhibir su historia con orgullo. Los hombres que en ella trabajaron, los pioneros. Venezolanos. Extranjeros. Personal Propio. Contratistas. Sindicalistas. Todos sin excepción, construyeron una institución que hasta ahora, ha resistido la contaminación con algunos malos ejemplos externos.

Nada es perfecto. No lo fueron los pioneros. No lo es la Industria Petrolera actual. Pero si el éxito se mide en términos comparativos. En relación con alternativas tomadas por otras instituciones y los resultados obtenidos. Entonces tenemos que concluir, que la Industria Petrolera, construida por Carlos Irwin y muchos otros, merece altas calificaciones. No podía ser de otra manera. No pueden ni debe perderse el esfuerzo de los pioneros.

Caracas, 15 de Octubre de 1984.

RAMON GUERRERO

En septiembre de 1939, un día sábado, por más señas, un vigilante de la VOC "sorprendió" a un joven trabajador de la empresa con una máquina de escribir al hombro. Como era natural, el joven fue detenido hasta que se aclarara la razón por la cual andaba a plena luz en medio de la calle con el, para entonces, raro artefacto, propiedad de la empresa. Se pudo comprobar, después de algunas averiguaciones y un pequeño susto, que el joven tenía permiso para llevarse todas las tardes la máquina a su casa, con el fin de aprender a utilizarla. A los tres meses, nuestro personaje era un experto "mecnógrafo". Consiguió que la empresa lo promoviera a la "nómina mensual" con un salario de Bs. 300 por mes. Así comenzó en la VOC (después compañía Shell de Venezuela) la carrera de Ramón Guerrero. Uno de los pioneros de la industria petrolera y otro de los edificantes ejemplo de lo que el esfuerzo y la dedicación pueden hacer a favor del desarrollo del individuo.

Ramón nació en Guaraque, Estado Mérida. Pero se crió en Tovar, pequeño pueblo también en el Estado Mérida, que se ha distinguido en la formación de petroleros e intelectuales. Una rara combinación aún en nuestros días. En Tovar, ya había trabajado como vendedor y administrador del "Club Tovar". En sus propias palabras, las profesiones rentables del pueblo eran: zapatero, sastre, músico y barbero. "...para las cuales no mostraba mucha inclinación." Fue atraído por el espejismo o la realidad del petróleo y por unos amigos de unos familiares que vivían en Campo Rojo, Lagunillas. Se vino de Tovar a. El vigía en camión. De El Vigía a Santa Bárbara en ferrocarril. Y de Santa Bárbara a Maracaibo en piragua. En Maracaibo, un alma generosa le dio una "cola" hasta Tía Juana. ¡Había llegado!

Ramón fue un veterano estudioso de las relaciones industriales. Especialmente en lo relacionado con los servicios y beneficios al personal. Fue testigo en Casigua de los primeros intentos de "civilizar" a los indios motilonos. Al final, después de muchos esfuerzos, fueron "incorporados" a la civilización. Diezmados y enfermos por los virus del hombre blanco. El dilema indígena en Venezuela, como se evidencia aún hoy en el Territorio Amazonas, es que aparentemente no se le ofrecen sino dos Alternativas: el que se muera solo por ausencia de recurso. O que los "recursos" de nuestra civilización acaben con él de prisa.

Ramón fue también testigo de varias huelgas petroleras. Del sabor político de la segunda, le quedó la fama de ser jefe de una

célula política contra-revolucionaria. Eso le costó numerosos carcelazos. Le costó también tener por algún tiempo la ciudad de Maracaibo por cárcel. Sin embargo, a través de todo el período perezjimenista, pudo conservar su trabajo. Obtuvo promociones y se destacó en su profesión. Fue uno de los muchos empleados petroleros, que con razón o sin ella, eran mal vistos por el gobierno. En el caso de la Compañía Shell de Venezuela, muchos podemos dar fe, que nunca se permitió que la actitud hostil del gobierno, influyera de manera alguna en el desarrollo de la carrera del empleado. Muchos de nuestros personajes políticos de ayer de hoy, hicieron alguna pasantía por la industria petrolera, cuando la situación "externa" se les tornó difícil. Ramón Guerrero fue un caso típico. En la cárcel o fuera de ella, la gerencia petrolera no le retiró nunca el respeto ni la oportunidad de progreso en sus actividades.

Ramón fue pionero en muchas cosas. Fue el primer jefe de departamento en La Concepción. Trabajó en el Campo de La Paz en los momentos de mayores dificultades laborales. Gracias a sus esfuerzos, la Compañía Shell de Venezuela, instituyó aumentos salariales mínimos de Bs. 50 al mes. Antes no eran infrecuentes aumentos menores, que irritaban en lugar de motivar a los trabajadores.

Durante toda su vida, y a pesar de que salió de Tovar hace más de 40 años, a Ramón se le conoce como el "Gocho" Guerrero. Ni sus años de entrenamiento. De aprendizaje. De lectura. Ni sus viajes al exterior. Ni sus cursos de inglés. Han logrado cambiarle el "acento". Ramón será "gocho" para siempre. Dicen sus amigos que es la única persona que conocen, que habla inglés con "acento andino". En una reunión de estudiantes en Nueva York, Ramón llegó, siendo un desconocido, a incorporarse al grupo. Dio los buenos días en inglés y de inmediato un venezolano del grupo, a quien no conocía, le preguntó; "¿De qué parte de los Andes eres tú?"

Ramón también tiene la distinción de ser, creo, el único venezolano, que trabajó por un año en la industria petrolera de Cuba. Justo después de ascender Fidel Castro al poder. Su condición de venezolano lo ayudó, aunque en alguna ocasión estuviera a punto de ser reclutado para cortar caña. Cosa que estoy seguro, hubiera hecho con gusto, en los albores de la revolución cubana.

A su regreso de Cuba, Ramón siguió trabajando en Relaciones Industriales. Intentó desarrollar un sistema de selección y empleo de personal, basado en pruebas psicológicas de aptitud. Lamentablemente para esa época, la industria petrolera estaba más ocupada en reducir sus nóminas que en la selección de nuevos trabajadores, y el programa se interrumpió.

En 1975, Ramón se acogió al sistema de jubilación de la Compañía Shell de Venezuela. En 1976, después de la

nacionalización, Ramón se encargó de la gerencia de recursos humanos en Palmaven. Me consta que allí también desarrolló una importante y fecunda labor, ayudando en forma decisiva, a la unificación de criterios, normas y procedimientos de varias empresas petroleras, que luego se fusionarían para la constitución de Corpoven.

Ramón y su esposa Beatriz, han sido siempre una pareja de presencia obligada en la nostalgia petrolera. De presencia obligada en los difíciles momentos de los pioneros. De tránsito en casi todos los campos petroleros de la Shell. De progreso ascendente como se hacía antes. A pulso. Con dedicación. Con sacrificios personales. Con permanentes mudanzas a casas y comunidades diferentes. Con cambios frecuentes en las escuelas y en los amigos de los hijos. Sin embargo, a pesar de las dificultades, de los constantes cambios en el entorno, sus tres hijos son todos profesionales, graduados universitarios. Algo que la mayoría de los pioneros, en su momento, no pudieron lograr.

Ramón es de origen humilde. Sin embargo, los hombres de su generación, que ingresaron a la industria petrolera, hicieron de ésta su universidad. Reemplazaron el claustro por el aprendizaje en el trabajo. Se educaron y se instruyeron todos los días. Leyeron por muchos años. Siguen siempre aprendiendo. En un país donde un título universitario parece ser la meta final del aprendizaje. En el caso de ellos, la ausencia del "papel" evitó el ponerle punto final a la tarea. Para ellos aprender era y es parte esencial de la vida. La curiosidad intelectual, una inquietud permanente. No tener el título universitario, les ayudó a sentirse permanentemente insatisfechos con sus conocimientos. Cuando se "tutearon" después con los que sí lo tenían, comprendieron que lo que habían perdido al principio, lo habían más que recuperado en el camino.

Para Ramón, mirar hacia atrás es motivo de orgullo y satisfacción. El mismo lo dice: "Me quedan mi hogar, mis tres hijos, nietos, un motón de buenos amigos y la condecoración Orden al Mérito en el Trabajo, primera clase". Le queda mucho más. Le queda una legión de personas que hoy viven mejor, porque hombres como Ramón, en la época del facilismo, rescataron el trabajo como modo de expresión.

Caracas, 20 de Agosto de 1984

El 1º de mayo de 1983, casi me reconcilié con la idea de que las condecoraciones y reconocimientos oficiales tienen algún mérito. Son justos. Premian a quienes lo merecen. Ese día el Gobierno Nacional le otorgó la "Orden al Mérito en el Trabajo" en su primera clase a Ignacio Olascoaga y a Roberta Rossi. Ese día se premiaba la constancia. El trabajo honesto. El ejemplo digno. El acto particular no tuvo mucho relieve. No salieron sus fotografías en los grandes diarios nacionales o regionales. No hubo recepción "oficial". Pero en Paraguaná toda la comunidad de Cardón derramó disimuladamente una lágrima de orgullosa alegría.

Ignacio es vasco y no puede ni tiene porque disimularlo. En su juventud le tocó participar en ese injusto acontecer que fue la Guerra Civil Española. Donde las fuerzas del oscurantismo internacional ensayaron en tierra extraña sus armas de destrucción. Donde los españoles pelearon entre sí, disparándole al hermano, más por miedo de morir primero, que por una verdadera comprensión de lo que allí se estaba resolviendo. Después que callaron los fusiles, Ignacio se hizo a la mar. Un día pisó las playas de Cardón. Sintió un olor de hogar que lo iba a detener para siempre. Abrazó a su hermano Basilio que ya vivía en la Península de Paraguaná. Sacudió de sus espaldas la tierra de Baquio, su pueblo natal. Presintió por la coincidencia de la fecha, un nuevo descubrimiento. Miró el almanaque. Era el 12 de octubre de 1951.

Desde entonces vive en Cardón. Tiene un restaurant dentro de la refinería. Tenía una fuente de soda en la comunidad, donde los pioneros de la refinería aumentaban la circunferencia de sus cinturas a fuerza de merengadas, helados y tortas. Por 32 años. Durante largas horas. Todos los días del año Ignacio ha atendido sus negocios. Que más que "negocios" han sido la casa amable y hospitalaria de la comunidad. Cuando los amigos (siempre fuimos eso, nunca "clientes") no podían ir a su casa, Ignacio iba a la casa de sus amigos. Cargado de comestibles. Con la mezcla de sus "platos" vascos y españoles con la cocina de aquí. El chivo falconiano cogió gusto con el chorizo español. La sazón del lechón asado, se modificó con la presencia del "ají misterioso" regional. Y los sancochos de Ignacio tienen un ligero toque de los caldos y cocidos ibéricos. Como buen vasco, le gustan los pescados y los mariscos, los cuales sirve con generosa abundancia. Nunca pudo entender la necesidad de servir raciones pequeñas. Al fin y al cabo, la comida se hizo para comerla, y cada plato de Ignacio en su cantidad y sazón es casi un presagio de la "última cena".

Ignacio se casó con Rita Amaya. Quien lo cuida como a un niño, a pesar de ser ella bastante joven todavía. De sus cinco hijos, dos son profesionales. Una es pintora y los dos pequeños estudian todavía. Como todos los hombres, verdaderamente buenos, Ignacio es sencillo. Humilde. Pero lleno de una sabiduría honesta, la cual pone a la disposición de todos sus amigos. En la industria petrolera nacional, hay muchos ejecutivos de alto nivel que pasearon sus inquietudes y preocupaciones por los concejos desinteresados de Ignacio. Su verdadera vocación ha debido ser la pedagogía. Su gran orgullo son los que él llama "sus niños grandes". Aquellos que una vez siendo jóvenes nos beneficiamos de su amistad, y que hoy ya maduros, y en posiciones de importancia, seguimos atados a Ignacio, por la fuerte cuerda del recuerdo.

Conocí a Ignacio en 1960, cuando llegué a Cardón, a ocupar la posición de Jefe de Relaciones Industriales. No tenía aún 30 años y era el primer venezolano que desempeñaba esa posición. Cardón era una comunidad cerrada. Todo dentro de las cercas de la urbanización era Shell. Cuando vi el cuadro de organización de mi departamento, descubrí con alarma, que el buen funcionamiento del cine local y de la panadería eran parte de mis responsabilidades. Eran de la empresa. Administrados por la empresa. La fuente de soda y restaurant de Basilio e Ignacio también eran de Shell. Mi primera tarea fue abrir las puertas de Cardón a los comerciantes locales. Venderles y alquilarles los locales comerciales para que instalaran sus negocios. Así se hizo y poco a poco, como ya se ha dicho en otras oportunidades, la comunidad de Cardón se convirtió con el tiempo en un hermoso ejemplo de convivencia entre el mundo petrolero y los mundos vecinos de los comerciantes, agricultores, profesionales e industriales. Ignacio es testigo y socio de estos cambios. Pasó por la fuerte presencia de Shell. Por el cambio de filosofía de la misma Shell. Por la nacionalización petrolera. Por un rosario de Gerentes de Refinación, extranjeros y venezolanos. Con todos se entendió y se adaptó a todas la épocas. Ahora, 32 años más tarde, está en su mismo lugar. Con su mismo empuje. Con su sentido amable de la vida. Con la sabiduría del que ha vivido mucho. Visto mucho. Aprendido mucho. Con la humildad del que no necesita reconocimiento público para sentirse satisfecho. Con el agradecimiento para aquellos que sin él pedirselo, le han brindado amistad y recuerdo.

Los hombres como Ignacio, llegaron a esta tierra con la costumbre del trabajo retratada en las pupilas. Hicieron de su esfuerzo su razón de vivir. Construyeron comunidades. crearon familias. No descansaron nunca. Cuando al fin de la jornada, ya viejos, miraron por encima del hombro lo que habían hecho, se permitieron una pequeña pausa de satisfacción, para empezar de nuevo. En el complejo mundo del petróleo, se incorporaron a los campamentos desde sus inicios. Crecieron con ellos. Vivieron huelgas

y momentos difíciles. Vivieron también la satisfacción del éxito. Con el ejemplo guiaron a generaciones transitorias de trabajadores. Crearon lazos afectivos que después se extendieron a lo ancho del territorio nacional. Vieron con tristeza como en muchas ocasiones, el país dilapidaba el fruto de sus esfuerzos. Nunca se quejaron por recibir menos de lo que dieron. Fueron y son los hombres integros de Unamuno y Ortega.

Recientemente visité a Ignacio en una clínica de Caracas donde se recupera de una molestia en la columna, Producida sin duda por un esfuerzo que no debería haber hecho a sus años. De allí saldrá pronto, a reanudar la labor diaria. A continuar disfrutando de la vida a su manera. En sus propias palabras: "Soy un hombre feliz al poder ser útil", ¿Qué más se puede decir?

Caracas, 12 de Noviembre de 1984

LOS LUGARES

En septiembre de 1953, un avión de la Línea Aeropostal Venezolana me llevó a Casigua. Aterrizó en el aeropuerto "La Paloma". Una pista de aterrizaje que moría en las riberas del río Tarra, y que tenía como "torre de control" una manga aeronáutica, que había visto tiempo mejores. El "jefe" del aeropuerto era comerciante de la localidad y en realidad nunca supe cuál era su responsabilidad aero-civil. Al lado de la pista había una carretera y a su vera un conjunto de pequeñas casas, de aspecto bastante descuidado. Una vez ambientado, supe, que la zona estaba reservada para el negocio de la prostitución. El "personal" venía de Colombia, a través de la población fronteriza vecina de Tibú y cruzaba el río Tarra, en una gabarra de la Cia. Shell de Venezuela, previa autorización de la empresa, obtenida a través de la oficina del Asistente al Superintendente (¡yo!). La primera impresión de Casigua fue de desolación y la única razón por la cual me quedé, fue porque el avión seguía hacia San Antonio del Táchira y temía que mientras más se alejara de Maracaibo, peor deberán ser las poblaciones.

En Casigua pasé 22 meses. Aprendí en pequeño muchos de los aspectos técnicos y administrativos del negocio petrolero. Perforación. Mecanismos de producción. Transporte. Refinación. (Había una pequeña planta de extracción de gasolina, que manufacturaba un producto con alto contenido de agua que impedía el buen funcionamiento de los sistemas automotores, hasta que los motores se "acostumbraban"). Aprendí también administración. Controles de presupuesto. Aprendí, además, algo mucho más importante. Aprendí a conocer las interrelaciones sociales de las pequeñas comunidades. Algo que no me he permitido olvidar a lo largo del tiempo. Aprendí de la verdadera amistad. Del sentido de "pertenecer" a algo. Del amor a la comunidad. De trabajar con escasos recursos. Conocí a los héroes anónimos que construían y siguen construyendo silenciosamente la infraestructura social de Venezuela.

En una forma microscópica, Casigua tenía representación adecuada de los cuatro pilares sobre los cuales descansa la estructura del Estado Venezolano:

El pilar económico, representado por los comerciantes y agricultores de la comunidad. Trabajadores honestos. Con afán diario de superación. Para ellos nada era fácil. Ni las comunicaciones. Ni el abastecimiento. Ni el financiamiento. Sin embargo, se las arreglaban para vivir con dignidad, con una filosofía

de admiración por el esfuerzo honesto y el éxito derivado del trabajo, que ojalá se hubiese extendido a otras regiones más populosas de Venezuela.

El pilar militar, representado por el Comando de la Guardia Nacional, al frente del cual siempre hubo un teniente comprensivo de las necesidades de la región, que participaba en los eventos cívicos, como un miembro más de la comunidad, y a quien nunca se le conocieron ejercicios de abuso de autoridad.

El pilar político, que para la época, estaba "representado" por la Seguridad Nacional. Sus "excesos" se limitaban a encerrar, por tiempo limitado, en el único calabozo del pueblo, a algunas personas sospechosas de ser adecas. Estos esfuerzos policiales eran vistos por el pueblo con cierta sorna. La actividad clandestina se desarrollaba abiertamente bajo las narices de los agentes de la Seguridad Nacional, de cuya eficiencia todos dudábamos. Hasta cierto punto, fue una desagradable sorpresa comprobar en 1958, cuando algunos habitantes tomaron las oficinas de la Seguridad Nacional, que existían archivos completos sobre todas las personas que conspiraban y que creían haber engañado a los agentes oficiales. La actividad política era casi toda de tipo comunitario. Los líderes populares eran genuinos representantes del interés público y había una infraestructura potencial de poder político, que a partir de 1958 ha podido desembocar en mecanismos de verdadera representatividad. No tengo análisis recientes de la estructura socio-política de la zona. Espero que no haya caído en la partidocracia mal entendida con vicios como la "planchitis" y otros muchos.

El pilar petrolero representaba un importante factor de trabajo y producción en la zona. Tenía una enorme influencia sobre todos los aspectos de la comunidad. Pero contrario a la percepción popular, no tenía poder político. Por lo menos no a nivel regional. En Casigua vi por primera vez las enormes posibilidades de coexistencia que hay entre la industria petrolera y la comunidad. Esa experiencia desarrolló para siempre mi perpetuo optimismo sobre las posibilidades de una completa integración de la Industria Petrolera a los sectores productivos, sociales y culturales del país. Integración que no debe entenderse como la asimilación por la Industria de ciertos aspectos negativos de la administración pública y privada.

Casigua tenía una escuela primaria y los fundamentos de un liceo. Estaban bien dotados y bien mantenidos. Tenía una pequeña línea férrea que iba de Casigua a Palmira. De allí en adelante, para llegar a Santa Bárbara del Zulia, había que hacer proezas de locomoción. Con equipo de la Shell, el pueblo construyó una carretera de los Manueles a Palmira. El primer esfuerzo comunitario. Y el último que vi, para obras de esta magnitud. Había un centro rural de salud con medicinas y médico. El hospital de la Shell estaba abierto al público y en él se hacía cirugía menor, partos y emergencias. En

los clubes de la Shell se presentaban actos sociales y culturales. Durante el tiempo que estuve en Casigua, los dos grandes "eventos" fueron un recital de poemas de Aquiles Nazoa y la presentación de una orquesta bailable de Maracaibo.

Tenía apenas 22 años y me relacioné con toda la comunidad y los líderes empresariales de la zona. En Santa Bárbara aprendí a tomar whisky con hielo y leche (era bueno evitar la acidez). Aprendí a jugar ajilei y un curioso juego de naipes llamado "Pinockle" que me enseñó un americano desterrado, en el campo de exploración de "El Rosario". Aprendí también a no sentirme solo con mi compañía.

En Casigua editábamos un periódico de pueblo que circulaba en la comunidad y caseríos vecinos. Allí escribí algunos editoriales que me gustaría volver a leer y unos poemas humorísticos que felizmente han desaparecido.

Llegué a Casigua en 1953, lleno de temores y malas primeras impresiones. Me fui en 1955.

¡Fue la primera vez que lloré como adulto!

Caracas, 11 de octubre de 1983.

Cuando vemos a la Maracaibo de hoy se nos hace difícil el pensar que en alguna forma Maracaibo fue un campo petrolero. Lo fue desde el punto de vista de la pequeña historia que relataremos en breve. Como también lo fue desde el punto de vista de una concordancia con el sistema de los campos petroleros. En su letra menuda, Maracaibo fue albergador de un sistema que justificaba en los sitios donde "se devolvía el viento" pero que no tenía cabida en las ciudades establecidas. La presencia de comunidades petroleras en la ciudad de Maracaibo fue en alguna forma el comienzo de la integración de las comunidades petroleras al entorno externo. Si no se podían convertir los campos petroleros en comunidades abiertas, entonces había que convertir a las ciudades en campos petroleros. Felizmente, el experimento no tuvo éxito. Maracaibo siguió siendo lo que siempre había sido. Una ciudad. Lamentablemente los campos petroleros también siguieron siendo lo que siempre habían sido: un oasis en un desierto. Un espejo empañado en donde la marginalidad reflejaba su imagen de subdesarrollo e injusticia social. En la medida en la cual se agudizaba el contraste, en esa misma medida, se hacía más difícil el implantar los mecanismos de corrección. Por eso en Maracaibo, ciudad establecida, no pudo organizarse el campamento. Por eso, también, en los campos petroleros, no pudo establecerse la ciudad. Cada uno defendió su historia. Cada quien legitimizó su origen. Sin embargo, cuando Maracaibo defendió la invasión de la cultura del campamento, en cierta forma, abrió las puertas para la conversión de los campos petroleros en ciudades abiertas. La contra-invasión. Derrotado el invasor, había que invadir su estructura. Tratar de asimilar a lo que nunca había sido.

Maracaibo tenía historia petrolera. En 1923 llegó el primer automóvil. Enrique Ludovic, quien lo conducía, estableció un servicio de alquiler. El carro era descapotable y en el calor con brisa de la ciudad, fue mucha la cabellera femenina que se alboroto, y pagó el precio de ser protagonista de la novedad. No habían estaciones de servicio, y la gasolina se despachaba a los clientes en barriles. Después se construyeron estaciones, llamadas bombas de gasolina. (Hasta hoy retienen ese nombre, para disgusto de los gerentes petroleros, quienes insisten en llamarlas "estaciones de servicio".) Una de las primeras estaba en la Calle Comercio frente a la Farmacia Popular. Otra, la conocida como "American Bar", cuya localización no tiene que ser definida para aquellos que tienen más de 40 años de edad. En muchas formas, Maracaibo fue pionera en lo que aún hoy no se ha podido lograr: darle valor agregado al terreno

donde operan las estaciones de servicio. En 1947, ya funcionaba en Maracaibo, la "Bomba MacGregor" la cual operaba en la esquina donde estaba la tienda del mismo nombre. Una de las primeras tiendas de departamentos que hubo en la ciudad. Otra "bomba" popular estaba situada en "El Milagro", en la esquina de "La Calzada". Allí había una ventorilla de empanadas y cerveza. Además en tiempos inmemorables, se decía que "salía un muerto". Un extranjero a caballo. Un consul norteamericano que cabalgaba a lo largo de la avenida.

De una ausencia de estaciones de servicio se pasó a una abundancia de ellas. En la intersección que formaban la avenida Las Delicias y la avenida 5 de Julio, Se establecieron 4 estaciones. (Las Cuatro esquinas). Dos de la Caribbean (Shell) y dos de la Creole (Esso). Competían en servicio y también competían en la producción de empanadas, mandocas y pastelitos. Si no directamente, por lo menos en el acceso a los negocios culinarios adyacentes.

Volviendo al tema de la ciudad versus el campamento petrolero. La Caribbean, para solucionar el problema de tener la vivienda "adecuada" en Maracaibo para sus empleados extranjeros, construyó tres urbanizaciones entre los años 1925 y 1930. Fueron denominadas "colonias" y así se le informó al público de su existencia. La palabra urbanización ya existía, sin embargo la connotación negativa de "colonia" fue ignorada, dando pie desde entonces a la percepción popular, todavía vigente, de que la industria petrolera o no informa, o cuando lo hace, lo hace muy mal.

Maracaibo, en la memoria petrolera, tiene una esquizofrenia explicable. Para los petroleros de pura cepa que vivían en las "colonias", no fue sino una extensión de los campos petroleros. Las cercas mentales estaban muy presentes aún cuando las cercas físicas no fueran tan evidentes como las que existían en los centros operacionales. Maracaibo conoció el peligro de sufrir en términos sociales una revolución: la transferencia del estilo del campo petrolero a la ciudad. La tendencia moderna apunta en la dirección opuesta. Los campos fueron resultado de una ausencia total de infraestructura política y social. En el medio de nada, se construyó con los recursos de la extracción petrolera, una comunidad temporal. Temporal, en el sentido de que la razón de su existencia debería desaparecer, en cuanto aparecieran los elementos típicos de lo permanente: desarrollo urbano. Estabilidad poblacional. Presencia política. Sin embargo, lo temporal tenía atractivos superiores a la alternativa de lo permanente. Los incentivos necesarios para abrir la "frontera" se convirtieron en atractivos para lo periférico. Lo permanente se identificó con lo menos deseable. Por eso Maracaibo estuvo a punto de sucumbir al atractivo de lo temporal. De lo exótico. No fue así. Y no lo fue, porque desde el punto de vista de la geología, Dios no puso el recurso natural extractivo bajo las calles de las ciudades.

Maracaibo sobrevivió a la invasión petrolera. A pesar de que estaba en forma limítrofe al lado del recurso. Maracaibo no es una ciudad petrolera en el sentido negativo de la connotación. Lo cual demuestra que se pudo mantener la identidad a pesar del bombardeo de los recursos. Es más, de lo que Maracaibo se queja es del mal uso de los recursos que se generan a nivel nacional. Si le dieran la cuota que le corresponde, la manejaría con la misma eficiencia con la cual creó la infraestructura para administrar la novedad del primer carro que llegó en 1923.

Caracas, 29 de Mayo de 1984.

LA CONCEPCION

La Concepción fue el primer campo petrolero grande donde trabajé. Estuve allí dos veces. En 1955 y en 1957. Después de Casigua, la Concepción tenía una apariencia de gran complejidad. La gerencia central del distrito abarcaba a la Paz y a Mara. Era época de mucha perforación y los "vientos fríos" que reducirían las actividades petroleras más tarde, no se habían desatado aún.

La Concepción tenía el mejor comedor de la Shell en campamento petrolero alguno del Zulia. Allí los solteros hacíamos "arrasos" y la calidad no era superada ni por lo mejores restaurantes de Caracas. Solamente el Club Miramar de Cardón superaba en atención y elegancia a la Concepción. Por cierto que en el comedor de la Concepción conocí a un perforador americano que se comía en el desayuno una docena de huevos, dos litros de leche, medio kilo de jamón y 2 panes de "sanwich" completos. Sus almuerzos, sus meriendas y sus cenas no eran menos gargantuescas. Como había escasez de viviendas en la Concepción, el americano tenía un cuarto de soltero y su familia vivía en Lagunillas. Por lo tanto, Shell le daba gratis alojamiento y comida. El superintendente del campo, un rumano chistoso y de mucho carácter, sacó la cuenta del costo del consumo diario del americano y le demostró a la gerencia de la empresa en Maracaibo que era más barato construirle una casa, la cual se pagaría en 8 meses, que continuar dándole de comer gratis.

De la vieja galería de personajes petroleros que desfilan constantemente por mi memoria, La Concepción contribuyó con dos. El superintendente, Demetrio Dosei, rumano, sencillo, tosco, inteligente y muy apegado a Venezuela y a sus costumbres. Fue uno de los pioneros de la "venezolanización" de los puestos técnicos y gerenciales. Fui por un año el Jefe de Personal del Distrito La Concepción y me tocó escribir multitud de informes sobre la actuación del personal venezolano y extranjero de alto nivel de la Concepción. Invariablemente Dosei insistió en destacar las habilidades de los venezolanos y recomendar sus promociones a cargos superiores. Dosei y señora tuvieron una hija en Venezuela, después de muchos años de casados. Se nacionalizaron venezolanos. Hace pocos años Dosei murió en Suiza. Fue un gerente que hoy en día consideraríamos chapado a la antigua. Conservador y defensor a ultranza del principio de autoridad. Tenía, sin embargo una enorme dimensión humana. Cuando lo conocí, tenía la edad suficiente para ser mi padre y así me trató siempre.

La otra persona es un holandés, hace tiempo nacionalizado venezolano, de nombre Pieter van der Ent. Pieter y su esposa Leny decidieron quedarse en Venezuela y allí cerca de la Concepción están todavía, casi 30 años más tarde. Pieter fue la primera persona que conocí en mi vida que tuvo la honestidad de entrenar al personal subalterno (todo venezolano) para que después lo desplazara. Pieter salió de la Shell habiendo construido su propia obsolescencia. Pero, por muchas razones, Pieter se merece un capítulo aparte, en otra ocasión.

Todo campo petrolero que se respetara, para la época, tenía un pozo petrolero generalmente exploratorio, en prueba de producción, al cual se le "cargaban" todos los gastos de la comunidad que no podían ser justificados abiertamente. Lo tuvo Casigua en West Tarra y El Rosario y lo tuvo la Concepción. Esos pozos eran muy "nobles"; resistían los mayores desafueros. La Billo's tocó una vez en la Concepción y Garrido y sus Solistas, de Maracaibo, tocó en Casigua.....y los pozos sufragaban los gastos. Por supuesto que todo el mundo lo sabía y la alta gerencia también. A veces hay que tolerar los pequeños pecados para evitar que se comenten los grandes.

En 1955 había, como ya hemos dicho, una gran actividad de perforación en la Concepción. El trabajo de perforación es duro, riesgoso y de largas horas. Los supervisores de pozos (toolpushers) no importa su origen, son de una calidad humana especial. Recios. Pendencieros simpáticos. Fiesteros. En la Concepción había americanos, holandeses, ingleses y comenzaban a surgir los venezolanos. En esa época, los nuestros venían todos de ser obreros, de un largo aprendizaje en el taladro. Los extranjeros también. Hoy en día, los supervisores de perforación tienen una educación superior. Universitaria. Pero que me perdonen los de ahora, el ambiente no es el mismo. Es un poco la sensación de comerse un mango con cubierto. Los dos grandes "eventos" sociales en el club O'Leary de La Concepción que recuerdo, protagonizados por los perforadores, fueron un venezolano entrando a un baile a caballo y un americano que "subió" las escaleras de acceso al salón del mismo baile, en un jeep.

La perforación era un oficio "físico". De hombres fuertes y de instrucción limitada. Que con su intuición y su experiencia le corregían los cálculos a los ingenieros petroleros. Hoy todo se arregla entre colegas. Mucho más civilizados, no hay duda. Pero hay mucho de nostalgia en el recuerdo.

La Concepción tenía una intensa vida social y aunque estaba a treinta minutos de Maracaibo, la gente no visitaba la ciudad con la frecuencia que hubiera sido de esperar. En los fines de semana, había competencias deportivas y allí aprendí que los reflejos útiles para el ping-pong no son necesariamente útiles para el tenis. Allí también me di cuenta que sin entrenamiento y después de 24 años,

las cestas del baloncesto estaban más altas que antes y que un "tiempo" de fútbol dura más de 45 minutos.

El otro deporte popular en La Concepción era, como en todos los campos del Zulia, el robo de gallinas para preparar un sanconcho, al cual se invitaba siempre al "contribuyente" involuntario. Sin embargo, en la Concepción, elevamos las metas y en un par de ocasiones le robamos un pavo a un compadre mío, que espero no lea estas líneas.

La Concepción se convirtió en 1965 en una comunidad abierta. Las casas se le vendieron a los empleados y a gente de "afuera" Pláceme el decir, que a diferencia de la Paz, donde la salida de la Shell fue un desastre, en La Concepción el experimento funcionó, básicamente porque no hubo sustitución de habitantes. El "doliente" se quedó y cuidó a su comunidad. La simbiosis entre el campamento y la ciudad funcionó a la perfección. Dentro de poco La Concepción será, si ya no lo es, una urbanización satélite de Maracaibo. Cerca pero no adentro. ¡Como debe ser!

Caracas, 01 de Noviembre de 1983.

En 1956, La Paz era, urbanísticamente, la perla de los campos petroleros de la Shell. Junto con la Concepción y Mara, constituía la trilogía básica de concentraciones urbanas petroleras en la Costa Occidental del Lago de Maracaibo.

La Paz, para la época, tenía la ventaja de estar cerca de la Concepción y lejos de Maracaibo. Desde el punto de vista de integración emocional, ir a Campo Mara significaba un poco visitar al hermano menor. La Concepción era la tía autoritaria (las autoridades distritales gerenciales de la Shell residían allí). Maracaibo era el pariente rico, algo lejano, pero de quien sin embargo se espera, de vez en cuando, un gesto de reconocimiento.

Desde el punto de vista de diseño urbanístico, de coherencia urbana, de real humanidad, La Paz era una verdadera delicia. Todo parecía haber sido hecho como parte de un plan maestro para el diario disfrute. Las calles amplias, rodeadas de vegetación. Las casas con pequeños y bien cuidados jardines. Los clubes. El cine. El comisariato. En La Paz, los sitios para el uso público nunca estaban ni vacíos ni excesivamente llenos. Los habitantes parecían saber intuitivamente la dimensión exacta de su necesidad.

Por cierto que uno de los recuerdos más claros de mi permanencia en La Paz tuvo mucho que ver con la ruptura involuntaria por mi parte del equilibrio social. En La Paz había y hay una planta de compresión y extracción de líquidos de gas. Es una actividad, que después de algún tiempo de experiencia en su manejo, se convierte en rutinario. Para 1956, había tres supervisores holandeses encargados de su operación, que ya tenían varios años en el Campo y que, tanto por su posición, como por su permanencia, ejercían una especie de liderazgo social en la comunidad. Había también un par de familias norteamericanas y una inglesa. Los demás, que no éramos muchos, éramos venezolanos. El sitio de reunión era el club o las casas de familia. En las reuniones en nuestros domicilios, quien daba la fiesta invitaba a todos los demás, excepto los holandeses, quienes a veces, por razones de "disciplina", no invitaban a sus "paisanos" en posiciones subordinadas. Un día, decidí hacer un almuerzo al aire libre en los terrenos del Club Social. La idea era que cada familia llevara un plato de comida. Después, todos comeríamos del aporte colectivo. A mi esposa se le ocurrió invitar a familiares y amigos de Maracaibo. Otros de los residentes venezolanos hicieron lo mismo. Todos, por supuesto, llevábamos suficiente comida como para atender a los invitados de afuera. Cuando llegamos al terreno de los

acontecimientos, las familias extranjeras ya se encontraban allí, disciplinadamente, a la hora exacta y sin invitados. Al ver el torrente de gente inesperado, tomaron sus platos de comida y corrieron a refugiarse en sus hogares. Ese día aprendí la fragilidad de los grupos cerrados; el terror que tienen a lo desconocido. El miedo a la penetración de extraños en su pequeño mundo. Años más tarde, cuando con cierta perplejidad contemplaba las dificultades y resistencias que ponían todas las instituciones sociales de los campos petroleros (vecinos, sindicatos y gerentes), ante la posibilidad de una integración urbana con las poblaciones periféricas, me acordé del almuerzo de La Paz, y entendí....!

En La Paz completé mi educación, iniciada en Casigua, sobre la naturaleza social de las pequeñas comunidades. La lección pudo haber sido fatal. Un perforador coriano, mucho mayor que yo, se hizo gran amigo mío. En algunas mañanas, después de haber pasado toda la noche supervisando un pozo de perforación, llegaba a mi oficina con una bandeja de comida y me decía "para que te desayunes"; luego, con algún disimulo, yo me llevaba el desayuno para mi casa puesto que con su contenido almorzábamos mi mujer y yo por lo menos dos días. En sus días libres íbamos al club, donde comíamos y bebíamos lo suficiente como para tranquilizar a mi amigo por los próximos 15 días. Una mañana, en vez de la bandeja del desayuno, se presentó con un revólver. Su hija se había fugado con un empleado de la Shell. Yo, como Jefe de Relaciones Industriales y amigo de él, tenía que averiguar dónde estaban los "huidos". Después, él los mataría. ¡Tan simple como eso! Lo convencí, lleno de algunas trepidaciones, que me entregara el arma. Lo hizo. Buscamos a la pareja. Un sábado, desfilamos todos en trajes de casimir azul marino, bajo un tremendo sol, de la iglesia a la casa de mi amigo, donde celebramos el matrimonio. Entre grandes carcajadas me llevó a una habitación donde había una enorme cama. "Mi regalo de matrimonio", me dijo. "¡Ahora que están casados, no importa!".

En 1967, La Paz, el campo más bello y mejor cuidado de la Shell, fue entregado en donación a una institución del Estado. Dos años más tarde visité el Campo. Calles rotas y sucias. El Club abandonado. Las casas saqueadas, con las ventanas rotas y las puertas desaparecidas. Parecía que la Paz había sido víctima de un acto de guerra. Sentí rabia e impotencia. Peor aún, me sentí culpable, cómplice de algo terrible que había pasado y que no comprendía.

Lo entendí mucho después. Las instituciones no pueden, como algunos individuos en el caso del almuerzo, recoger sus pertenencias y correr a refugiarse en otra parte.

¡La destrucción de La Paz lo confirma!

Caracas, 13 de octubre de 1983.

En 1959, Bachaquero era el centro de operaciones de un distrito muy importante de la Shell que incluía las comunidades de San Lorenzo y Mene Grande. Cuando llegué en ese año a ocupar la posición de Jefe Distrital de Relaciones Industriales, regresaba de una pasantía en un año en la Universidad de Cornell, en el estado de Nueva York. Ya había pasado por Casigua, La Concepción, La Paz y Maracaibo. Después vino Cornell y luego Bachaquero.

Bachaquero fue el primer campo de la Costa Oriental del Lago donde viví. Tiene por lo tanto para mí recuerdos muy especiales. Allí aprendí de una camaradería mucho más divertida que las que había visto antes. Robos de Gallinas. Actos culturales en los clubes. Juegos de dominó y billar. Fiestas todos los fines de semana. Competencias deportivas entre los empleados. Todos los jueves jugábamos softball. Cuando yo "pitchaba", la mayoría de mis amigos se negaban a jugar la tercera base por miedo a las "lineas" que siempre salían por "allí".

Aprendí también a administrar bajo la presión del "viento frío". En 1959 el mercado petrolero estaba débil. La competencia del Medio Oriente era muy fuerte y las empresas petroleras en Venezuela empezaron a redimensionar sus operaciones. Desde un punto de vista comercial y gerencial, era necesario. Desde un punto de vista social y humano fue traumático. La industria petrolera pasó de 41.572 trabajadores en 1959 a 31.905 trabajadores en 1964. El golpe inicial de la reducción de personal me tocó administrarlo en Bachaquero. Los jóvenes gerentes que llegaron a la Industria cuando ya el vendaval había pasado y que se consolidaron en sus posiciones después de la nacionalización, no han vivido el trauma de administrar una Industria en contracción. Espero que los vientos fríos que ahora parecen volver a soplar, no los obliguen a aprender en experiencia propia. Las empresas petroleras, justo es decirlo, hicieron lo posible por minimizar el impacto económico del desempleo en las zonas de operaciones. Primero, jubilaron sin reemplazo a los que tenían límites de edad. Después, dejaron ir aquellos que estaban dispuestos a hacerlo. Luego, "estimularon" salidas con incentivos económicos y finalmente hubo también que despedir a algunos que hubiesen preferido quedarse. Al final, la reducción de personal se logró sin trauma social. Muchos de los ex-empleados comenzaron otras actividades con sus recursos económicos. Algunos tuvieron éxito. Otros no. La Industria Petrolera todavía espera un estudio serio y profesional de ese periodo. Sin emociones. Con objetividad. Podría servir de modelo para muchas otras empresas e instituciones en Venezuela, a las cuales no les va quedar otra

alternativa que la de reducir sus gastos de personal. Sobre todo la burocracia del Estado que tarde o temprano tendrá que redimensionarse. Ojalá que la transición se pueda hacer con el mismo orden con el cual se hizo la de la Industria Petrolera.

Cuando en Caracas se va el agua caliente, me acuerdo de Bachaquero y me conforto. Allí lo que no había era agua fresca para bañarse. Las tuberías estaban enterradas a poca profundidad y el agua de las regaderas salía casi hirviendo a cualquier hora del día o de la noche. La inventiva popular solucionó el problema colocando dentro del baño, sobre la regadera, unos toneles a través de los cuales fluía el agua luego de depositarse.

Bachaquero tuvo también el primer motel de la Costa Oriental. Los habitantes mirábamos con cierta sospecha las posibles implicaciones de un motel a la entrada del Campo. Un hotel hubiese sido cosa distinta. ¡Pero un motel....! Al final no pasó nada y todos nos desilusionamos un poco.

En Bachaquero conocí por primera vez a los contratistas petroleros, algunos de los cuales todavía siguen trabajando en la zona. Muchos de ellos eran de origen italiano. De tradición familiar. Amigos de las grandes reuniones con esposas y niños. Algunos de ellos le recuerdan, ahora, a sus amigos escenas del El Padrino. No sabemos si por inocentes travesuras de actitud o si por un deseo secreto de pareceres al héroe de Mario Puzo. En todo caso, todos ya están incorporados al vivir regional. Parte, si se quiere, del paisaje. Del modo de hacer las cosas. Los contratistas de Bachaquero en 1959 eran ya un atisbo de la importancia social y económica que adquirirían más tarde.

Durante mi estada en Bachaquero tuve oportunidad de conocer de cerca a San Lorenzo. Una comunidad que, con éxito, se resistió a morir. La Refinería de San Lorenzo, la primera del país, fue inaugurada en 1917, y durante años estuvo en la cuerda floja de la viabilidad. Cuando en 1983 se cerró, la refinería ya había asegurado la permanencia de la comunidad mediante la creación de otras alternativas económicas para el futuro. Por años, no he tenido sino admiración por la coherencia colectiva de los habitantes de San Lorenzo en lograr su objetivo. Son las pequeñas lecciones que deberían aprender las instituciones aparentemente más importantes. Pero San Lorenzo se merece y le dedicaré un capítulo aparte.

Bachaquero en 1959 era comunidad pujante, orgullosa. Las visciditudes del petróleo la condenaron, en las décadas de los 60 y los 70, a disminuir su importancia. Algunas de sus urbanizaciones fueron abandonadas y el peso de sus actividades petroleras fue transferido a Lagunillas. Pudo correr la suerte de otras comunidades petroleras que murieron por haberse aferrado a una sola

dependencia. Sin embargo, así como San Lorenzo, Bachaquero se resiste a desaparecer. Quizás no crecerá más allá de lo existente. Pero mientras sus habitantes tengan la voluntad de buscarle a su comunidad alternativas viables de ubicación y de desarrollo, Bachaquero seguirá en el mapa.

Las comunidades tienen una presencia más allá de su colocación geográfica. El Bachaquero de 1959 seguirá existiendo.... Donde quiera que esté mañana....¡Probablemente allí mismo!

Caracas, 17 de octubre de 1983.

Para los viejos moradores de San Lorenzo, el sonido del "trolley" que comunicaba el Campo de Mene Grande con San Lorenzo, continúa oyéndose en la carretera que sustituyó a la vía férrea. No es por pura casualidad que a dicha vía se le conoce bajo el nombre de "La Línea". Por la carretera de la Línea se llega a la Refinería más antigua del país. Su Construcción fue terminada en 1917, y su producción por mucho tiempo fue utilizada para abastecer el mercado de los Andes.

A los obreros de la construcción de la Refinería por allá por el año 1916, les pagaban con una moneditas de oro que según las versiones populares venían de la Gran Bretaña. De Maracaibo las transportaban a San Lorenzo en piragua, y de allí, en mula a Mene Grande, donde vivían los obreros. Parece ser que una tarde, cuando las mulas hacía su tránsito rutinario "roncó" un tigre en las cercanías y las mulas "cojieron monte" y se perdieron con su valiosa carga. Dos años más tarde, un cazador encontró las alforjas, con las monedas de oro, y las devolvió al Cajero de la Compañía, en San Lorenzo. El Cajero las recibió y le regaló al cazador una moneda de B\$. 2,00: "para que compres un mecate y te ahorques, por pendejo". Ya en 1916, existían los precursores de la corrupción. Los que se burlaban de la honestidad. Lejos estaban de saber con cuanto entusiasmo sus descendientes aprenderían la lección.

Los pioneros llegaron a San Lorenzo, a pie, algunos de los Andes, casi todos de Trujillo, y otros de Lara. Los de Lara se venían por las Galeras de Misoa. La Compañía Shell construyó "caneyes" para que la gente durmiera cerca de la construcción. Para la época, la zona era palúdica. No fueron pocos los que murieron en su hamaca, soñando con una bonanza futura. Casi treinta años más tarde, cuando se había erradicado el paludismo de la mayor parte de las regiones del país, la zona seguía siendo palúdica y sus habitantes sufrían además de la "buba". Los curamientos eran masivos. Se dividían los enfermos en dos grupos. Quinina para el paludismo. Sulfatiazol para la buba y "vengan la semana que viene a consulta". Esa era la Venezuela de hace apenas 40 años y a la que cierta "élite" ignorante quisiera regresar.

San Lorenzo siempre se caracterizó por un fuerte y honesto liderazgo sindical. El sindicato siempre fue algo más que simple "oficina de reclamos" para tramitar quejas de los trabajadores. El sindicato de San Lorenzo se convirtió en conciencia de la comunidad. Fue a su manera, precursor de las "Juntas de vecinos" que hoy

existen en nuestras comunidades. Por las oficinas del sindicato pasaron verdaderos líderes comunitarios, como Simón Correa, uno de los precursores, famoso entre otras cosas, por sus discusiones con Jota Ele Carrillo, conocido supervisor de Relaciones Industriales de la Shell. Pedro Castellanos, a quien conocí personalmente y estimé mucho, y con quien se logró la integración del campo petrolero a la comunidad allá por el año 1967. (Lamentablemente tanto la empresa petrolera, así como algunas directivas del Concejo Municipal, descuidaron el seguimiento necesario a una operación de este tipo, y la integración de San Lorenzo, sin ser un fracaso, tampoco ha sido todo lo exitosa que ha podido ser). José Antonio Borjes. Sindicalista y Presidente del Consejo Municipal. Quien desde ambas posiciones ha defendido la permanencia de la comunidad.

En la Compañía Shell de Venezuela primero y en Maraven después por muchos años, se hacía un ejercicio anual, para constatar la continua viabilidad de la Refinería de San Lorenzo. Los resultados eran variables. A veces era rentable. Otras no. Las comunidades tienen sabias maneras de averiguar sobre las decisiones que afectan su destino, y San Lorenzo no era una excepción. Por años lucharon por mantener la refinería en operación. Más que una fuente importante de empleo, en sus últimos años, la Refinería era más bien un símbolo de permanencia de San Lorenzo. Un legado del pasado, que mientras estuviera operando le garantizaban el futuro a la comunidad. Finalmente, después de muchas discusiones, la Refinería dejó de operar en 1982. Para ese entonces la comunidad tenía garantizada otras fuentes empleo de petrolero, mediante nuevas instalaciones para la distribución de productos al mercado nacional y la construcción de infraestructuras para la producción de petróleo que pasan por su "territorio".

La zona de Mene Grande y San Lorenzo era lugar favorito para la toma de muestras de petróleo que efectuaba el ya fallecido Dr. Enrique Tejera. Varias veces me tocó acompañarlo en sus largas caminatas. Estudiaba el eminente investigador la posibilidad de que en el petróleo vivieran ciertas bacterias anaeróbicas. Espero que alguien continúe lo empezado por el Dr. Tejera. En una de mis visitas a San Lorenzo, con el Dr. Tejera, quien para esa época ya pasaba de los 70 años, mientras que yo escasamente llegaba a los 40, subimos a la torre de la refinería ese día supe del bochorno del cansancio en presencia de un anciano, a quien aparentemente nada le fatigaba.

En 1959, vivía en Bachaquero, y el Campo de Mene Grande y la Refinería de San Lorenzo caían bajo mi jurisdicción como Supervisor de Relaciones Industriales. Allí conocí a Pedro Castellanos. Allí cordializamos dirigentes sindicales y representantes de la Empresa. Allí tuvimos pequeños paros, y alguna huelga, en días que por momentos fueron agitados. Allí ya se discutían las posibilidades de que se cerrara la Refinería de San Lorenzo.

Allí supe de la tenacidad de sus habitantes. Del instinto de supervivencia comunitario que los alentó y los sigue alentando. Allí entendí, hace casi 25 años, que la Refinería de San Lorenzo era mucho más que una fuente de trabajo. Era un monumento que identificaba a la zona con el esfuerzo y el sentido de permanencia. Por eso cuando finalmente cesó de operar, dimos instrucciones de que permaneciera en el sitio. Que no se dismantelara. Que fuera museo permanente para satisfacer la curiosidad de las nuevas generaciones. Que aún sin el bullicio de sus motores, presidiera para siempre sobre la comunidad que se negó a desaparecer.

Caracas, 20 de Febrero de 1984.

Cuando en 1959 me informaron en la Shell que iba transferido a la refinería de Cardón, me acordé de Bill Mackie, a quien en años anteriores le había oído decir con satisfacción que "todo lo que había dentro de las cercas del campamento de Cardón era Shell". En efecto, por su configuración geográfica y por su escasa dispersión de actividades, las operaciones de Cardón estaban concentradas en un área relativamente pequeña. Allí los pioneros en 1947 construyeron una refinería. Construyeron también una comunidad. La dotaron de todas las facilidades sociales requeridas. Escuelas. Clubes. Hospitales. Restaurant público. Cine popular. Pequeños negocios comerciales. Todo era de la Shell. Cardón, en el proceso de integración de los campos petroleros a las comunidades, aun en 1958, estaba atrasado, en relación con los experimentos de tipo social que se adelantaban en la Costa Oriental del Lago. La tesis era simple. Para proteger lo que se tenía, había que permanecer aislados. El contacto con el mundo externo no traería sino inconvenientes y unas presiones para extender los beneficios del habitante del campamento a los "otros", mediante el mecanismo de la nivelación por lo bajo. En sentido parecido, y en un ámbito más complejo, sigue planteado el dilema de la integración de la Industria Petrolera a la vida nacional.

Cardón era en 1959, por largo rato, el campamento más sofisticado y completo de la Shell en Venezuela. Sus actividades culturales eran complejas, amplias y muy profesionales. Todo estaba perfectamente organizado. En cierta forma, para ser una comunidad más amable, le faltaba una pequeña dosis de improvisación. Esto se logró cuando a fines del '59 y a principios del '60, se tomaron algunas medidas para permitir presencia de "terceros" en el Campo de Cardón. A partir de ese momento, se llamó "Comunidad Cardón". De allí a desarrollar programas de viviendas, escuelas artesanales, comercios y servicios, no había sino un paso. La Comunidad de Cardón acogió el nuevo sistema con el mismo entusiasmo con el cual había defendido el viejo. Dentro de la Shell, quien había estado más atrasado en sus mecanismos de integración comunitaria pasó a ser el abanderado del movimiento. Esto sigue siendo cierto aún hoy.

A Cardón lo construyó un holandés de nombre Lowersee. Dirigió a un grupo de extranjeros y venezolanos con mano de hierro. Sus anécdotas eran famosas en la zona. Cuando trabajé en Cardón, tuve oportunidad de leer algunos de sus "memoranda" a los empleados. Parecían partes de guerra. El autoritarismo de Lowersee

fue el comienzo de una cadena de gerentes holandeses que tenían un sentido de la disciplina casi prusiano. Su característica principal era enorme el respeto que los rodeaba. Un poco como personajes casi míticos y reverenciales. El último representante de este estilo fue J. Breedfeld, con quien me tocó trabajar en 1959. A partir de 1960 con el aislacionismo desapareció también el autoritarismo y la Refinería de Cardón se incorporó al sistema de gerencia participativa que caracterizó a la Shell en los últimos años de su presencia en Venezuela.

Cardón con su paisaje desértico, sus cujíes, sus matas de "ratón", es un caso típico en el inventario de campamentos petroleros de Venezuela. Su hermana es la Refinería de Amuay, en la misma zona. Su cercanía a Curazao y Aruba, ayudó a establecer una línea de intercambio humano con las islas. Su aislamiento la obligó a desarrollar un sentido de autosuficiencia que aun se manifiesta. Cardón fundó el 27 de mayo de 1960 la primera cooperativa de consumo de la zona. Todavía funciona. Se destacó en deportes. Cuando Punto Fijo empezó su expansión urbana, las Comunidades de Cardón y Amuay establecieron nexos culturales y sociales muy estrechos con la nueva población. Coro tiene ahora una contrapartida muy importante en la península de Paraguaná.

Los sindicatos en Cardón coexistían en 1959, entre Copei, Acción Democrática y la extrema izquierda. Empezaban a organizarse con fuerte ímpetu después del silencio impuesto por la dictadura. Fuí el primer venezolano en ocupar la posición de Jefe de Relaciones Industriales, en Cardón y además no llegaba a los 30 años de edad, dos características que me convertían en "animal raro" de la comunidad. La primera vez que fui a cobrar mi sueldo en el Departamento de Contabilidad, el empleado me dijo que le llevara a mi papá el recibo para su firma. No podía creer que el "Jefe" fuera yo.

En Cardón, introdujimos algunas costumbres zulianas, como el robo de gallinas para los sancochos. El alquiler o la venta de los locales comerciales a "gente de afuera" y una relación de verdadera amistad con los dirigentes sindicales, que en muchos casos me honro en conservar todavía.

Cardón, aún en esa época, hacía teatro, nombraba reinas de belleza y tenía un sentido muy arraigado de los valores de la comunidad. Sus habitantes en cierto modo fueron los precursores de la filosofía de la protección ambiental. Cuidaban sus plazas. Sembraban árboles. Desarrollaron la medicina ocupacional. Su aislamiento fue, en cierta forma, su virtud. Les permitió crecer con cierto orden y organizar y desarrollar su filosofía comunal. Su disciplina les permitió convertir al desierto en sitio amable. Hoy Amuay y Cardón son modelos de comunidades bien mantenidas, que han hecho la transición hacia la integración con las comunidades

externas en forma organizada y ordenada, tanto en lo físico como en sus relaciones con los organismos políticos representativos.

En Cardón sopla el viento con mucha fuerza, para la incomodidad de la señoras, que luchan por conservar sus peinados. En 1959 no había aún llegado para los hombres la moda del pelo largo, de manera que su coquetería no se veía amenazada. En 1959 Industrias Pampero lanzó una campaña publicitaria que puso de moda el ron con toronja en las fiestas. Cardón abrazó la idea con entusiasmo. Ahora con el problema de la escasez de divisas, de nuevo se le presenta a la comunidad la oportunidad de ser pionera.

Caracas, 11 de octubre de 1983

LAGUNILLAS

Llegué a Lagunillas en 1963. Acababa de ser parte del equipo negociador de la Shell, que discutió el Contrato Colectivo Petrolero del mismo año. Venía de terminar, en 1962, un Master en Relaciones Industriales y Laborales en la Universidad de Cornell.

En Lagunillas nació mi hija menor Sandra, que el 12 de diciembre de 1983 cumplió 20 años. El chofer y la corbata de la ciudad no podrán borrar jamás los lazos efectivos del recuerdo.

En Lagunillas tuve también mi primera posición gerencial de alto nivel. En el tiempo representó un equilibrio casi exacto en mi carrera. Llegué a Lagunillas 10 años después de haber empezado a trabajar en la Compañía Shell de Venezuela y 11 años antes de ser nombrado Presidente de la misma empresa. Cuando recorro el pasado de memoria, y me acuerdo del entrenamiento recibido por 21 años, antes de ascender a la Presidencia de la empresa, comprendo por qué la Industria Petrolera, a diferencia de otras muchas, es eficiente. Por mucho que se trate de explicar lo injustificable en base solamente de talento e intuición. Se requiere además experiencia y madurez. Lo que Samuel Wilhelm, uno de mis personajes favoritos de la Industria Petrolera, llama "trajín". Hay que tener "trajín". No hay sustituto. No hay improvisación posible.

En 1963, Lagunillas era ya el centro de operaciones de la Shell en el Occidente de la República. Había incorporado las gerencias de Maracaibo, La Concepción y Bachaquero. Su único superior jerárquico era la oficina de Caracas. Distante y, de acuerdo con la percepción del operador de Lagunillas, ignorante de los verdaderos problemas operacionales. En Lagunillas aprendí de la imposibilidad de armonizar completamente los roles de la oficina principal y un centro de operaciones. Ese aprendizaje me ha ayudado a comprender en época reciente, las dificultades de "integrar" a Petroleros de Venezuela con sus familias y a Petróleos de Venezuela con el Ministerio de Energía y Minas. Las oficinas en posición de poder, siempre piensan en sus direcciones subordinadas, como "indisciplinadas". Las oficinas subordinadas siempre perciben a las oficinas centrales como usurpadoras de sus funciones. El equilibrio se logra al final, pero es un proceso lento y requiere de una buena capacidad de adaptación y comprensión de las partes. Por eso es peligroso improvisar el liderazgo. La "comodidad" de las relaciones entre los protagonistas ayuda enormemente al proceso. El problema con los "paracaidistas" es que rara vez se sabe con exactitud dónde

van a caer. En la administración, las "aproximaciones" son peligrosas.

Lagunillas era en 1963 y es hoy un campo orgulloso de su poder. De su prestigio. De la enorme responsabilidad que tienen en los resultados financieros de la Empresa. Sus relaciones con la comunidad siempre han sido excelentes. Lagunillas fue pionera de la integración comunitaria. Construyó edificios por intermedio de "terceros", que fueron después alquilados a sus empleados. La casa del Gerente General, fue también construida por sectores económicos privados. El Club fue abierto a la comunidad. Las señoras se agruparon en asociaciones comunitarias para colaborar con las instituciones culturales y educacionales de la región. Veinte años después, las damas de Lagunillas son la punta de lanza de la credibilidad para una futura integración no solamente física sino mental.

En 1963 había en Venezuela control de cambio. La sociedad de entonces era más manejable y más respetuosa de las leyes y sus reglamentos, que la de ahora. Al personal extranjero de la Industria Petrolera se le pagaba en dólares. Se instituyó un sistema mediante el cual los empleados extranjeros solamente podían cambiar dólares en el país a través de la tesorería de la Empresa, y solamente un porcentaje adecuado para cubrir sus necesidades reales de gastos en Venezuela. Las empresas petroleras administraron el sistema. Hubo algunas dispersas e individuales violaciones de cambio de dólares en el mercado negro. La Shell fue implacable; los dos o tres empleados descubiertos fueron despedidos sin contemplaciones. Me tocó atender dos de los casos. En uno de ellos el Sindicato local, probablemente mal informado, defendió al principio la presunta razón del violador. Después de una conversación entre las Gerencias de Relaciones Industriales de la Empresa y la directiva del Sindicato, todos acordamos la necesidad de defender el interés nacional. Fue uno de los muchos ejemplos que recuerdo, donde el Sindicato y la Empresa lograron acuerdos sobre la defensa de principios importantes. Por eso no me han sorprendido algunas coincidencias recientes entre la C.T.V. y Fedecámaras. La madurez de las instituciones permite mantener posiciones ideológicas, defender los principios institucionales y establecer al mismo tiempo coincidencia en los aspectos donde la defensa del interés nacional tiene que ser propietario.

En 1963 Lagunillas empezaba a ser el verdadero laboratorio de los experimentos sociales de integración en la Costa Oriental del Lago. Sus relaciones con Maracaibo fueron casi una declaración de independencia que se consolidó después con el desarrollo de ciudades como Ciudad Ojeda, que junto con Cabimas le disputaron a Maracaibo la preponderancia absoluta que hasta entonces había ejercido la Sultana del Lago, en la vida económica y social de las riberas del Lago. Cuando las empresas petroleras se mudaron a Tía

Juana y a Lagunillas, establecieron quizás sin intención, un polo político y social equilibrador de la influencias desmedidas de Maracaibo. La mala memoria de algunos habitantes de la Costa Oriental del Lago, los llama a olvidarse que su presente posición de poder, vis a vis las autoridades centrales del Zulia y de Venezuela, se debe en una pequeña escala, a que la Industria Petrolera mudó, en la década de los sesenta, su centro gerencial de decisiones de Maracaibo a Tía Juana y Lagunillas. En este sentido la Industria provocó la redistribución del poder político, especialmente en lo municipal. La creación del Municipio Lagunillas es una consecuencia de la decisión de mudar las oficinas de la Shell y de la Creole a la Costa Oriental del Lago en 1962.

En 1963 Lagunillas empezaba a ponerse los pantalones largos como campo petrolero, así como también como centro gerencial importante. Desarrolló su comunidad. Modificó sus casas. Invitó al sector externo a participar. Fue parte importante del diseño de nuevos equilibrios políticos y sociales. En 1963 Lagunillas olfateaba la importancia que tendría 20 años más tarde. Era ya una extraña mezcla de campo petrolero con deseos de proyección externa. El tiempo ha reivindicado su emoción de ayer. El esfuerzo no se ha perdido y 20 años más tarde sus esfuerzos actuales de expansión comunitaria, le dan sustancia a la visión del pasado.

En 1963, Lagunillas ya le había ganado la pelea a la invasión de las aguas del Lago. Lagunillas de Agua era ahora Lagunillas de Tierra. Sobrevivió incendios y huelgas. Se consolidó como comunidad y desde entonces mira al pasado por encima del hombro, como para que no la detengan en su viaje hacia el futuro.

Caracas, 12 de Diciembre, 1983.

LAS ASOCIACIONES DE BIENESTAR Y CULTURA

En 1952 comenzó en los campos petroleros de la compañía Shell de Venezuela un experimento en dinámica social, que aún no ha sido estudiado en profundidad. Ese año se formaron diversos grupos cívicos, cuyo objetivo principal era desarrollar el sentido comunitario de los habitantes de los campos petroleros, por medio del estímulo de las actividades culturales, cívicas y recreativas.

En el fondo, de lo que se trataba era de un intento de enseñarle a los ciudadanos a valerse por sí mismos. A no depender exclusivamente de los programas de la industria petrolera para mejorar sus comunidades. Para hacer más amable la presencia humana. Para reducir la impresión de temporalidad que siempre ha acosado a los campos petroleros. Para transformar mentalmente la visión de una comunidad asociada en el tiempo al futuro del recurso, en una comunidad permanente, que pueda sobrevivir al recurso, por contar con habitantes que desarrollan el sentido de permanencia, que da el orgullo de crear con esfuerzo propio la amabilidad del entorno.

La estructura organizativa de las Asociaciones de Bienestar y Cultura (A.B.C.), reflejó desde el primer momento los principios básicos de la intención: Selección de los comités administrativos por la comunidad misma. Libre administración de los fondos disponibles. Fondos originados por contribuciones de los residentes, firmas industriales y comerciales. No todas las Asociaciones de Bienestar y Cultura obtuvieron éxito similar. Ni todas se dedicaron a las mismas actividades. Ni establecieron prioridades iguales. Así debe ser. Las comunidades libremente escogieron lo que en su criterio necesitaban desarrollar con prisa. Liceos. Centros culturales. Cooperativas de consumo. Periódicos locales. Clases de comercio. Corte y costura. Jardines de infancia. Las Asociaciones de Bienestar y Cultura fueron las precursoras de las asociaciones de vecinos que hoy en día, intentan con éxito relativo, el sustituir la no representatividad popular de nuestros Concejos Municipales.

La verdadera democracia empieza con la activa participación de los ciudadanos en actividades comunitarias. Poco a poco el esfuerzo se incrementa y los abusos que no se le toleran a los políticos no representativos del sentir popular en la comunidad, por extensión tampoco se le toleran a los representantes a nivel estatal (Asambleas Legislativas) y a nivel nacional (Congreso de la República). Cuando las comunidades se auto-gobiernen, habremos

dado el primer paso para exigir, sin que pueda haber negativa posible, el derecho de designar a nuestros representantes en los diferentes niveles de gobierno. Más aún, cuando esto suceda, ya estaremos cuestionando el sistema representativo y nos estaremos moviendo hacia un sistema de gobierno democrático mucho más participativo, donde decisiones trascendentes, que afecten directamente a nuestras vidas, no podrán ser tomadas sin consulta previa a los afectados.

Las Asociaciones de Bienestar y Cultura en los campos petroleros han sido un buen laboratorio para los experimentos de participación ciudadana en la vida de las comunidades. En 1953 en Casigua, la asociación de Bienestar y Cultura publicada en un periódico local, llamado "Tarra", que circulaba en la región de Casigua y poblaciones circunvecinas. De vez en cuando se permitía algunas alusiones políticas relacionadas con la represión que vivía el país en ese año, bajo la dictadura de Pérez Jiménez. En el Carnaval de 1954, ante la indiferencia de la población de las fiestas populares, escribí como corolario de un editorial en el periódico "Tarra", que: "Juan estaba ya tan cansado de disfrazar sus necesidades, que ya no tenía fuerzas para disfrazar su físico". Fue la primera vez que cometí una pequeña "indiscreción" de crítica político-social, dentro del "ambiente" petrolero, donde se suponía y lamentablemente todavía se supone, treinta años más tarde, que los gerentes petroleros deben abstenerse de hacer comentarios de esa naturaleza. Antes porque eran parte de empresas extranjeras. Ahora porque son parte de empresas del Estado. La Ley no escrita del silencio no participativo del petróleo, en la vida nacional, ha privado a ésta, de opiniones valiosas que en algunas ocasiones críticas para el país, hubiesen podido aportar sugerencias importantes.

Las Asociaciones de Bienestar y Cultura contribuyeron en no pequeña escala, al desarrollo de la educación secundaria en los campos petroleros. Por años los liceos de las Asociaciones, colocaron por concurso a sus alumnos, en las universidades más exigentes en sus condiciones de ingreso, tanto nacionales como extranjeras. Sus metas siempre fueron la excelencia en la enseñanza. El preparar para la competencia sana. El desarrollar en los alumnos la noción de que sólo los más aptos y mejor preparados podían optar a una educación superior. Creo que esta actitud se compara favorablemente con otra actitud facilista, que le inculca a los alumnos, la posesión de un presunto derecho a que el Estado, le garantice una educación universitaria, independientemente de su preparación académica previa.

En el aspecto cultural, las Asociaciones de Bienestar y Cultura le abrieron las puertas de los campos petroleros a los movimientos intelectuales más importantes del país. Tanto en la música. Como en la pintura y la escultura. La literatura. Sin censura. Con una amplitud que ya quisieran poder exhibir algunas instituciones

nacionales que se precian de liberales. Aquiles Nazoa recitaba su soneto "Fatalismo", que concluía: "En mi tierra, raro fatalismo, lo que destruir no pudo el paludismo, lo corrompió la plaga petrolera". Todo entre la risa y los aplausos de los asistentes, que presumiblemente eran parte de la "plaga" de Aquiles. Lo verdaderamente importante, en términos de desarrollo social y cultural, fue que algunas comunidades aprendieron a reirse de sus defectos. Al hacerlo, los comprendieron y los vieron bajo la luz adecuada, y pudieron por lo tanto aplicarle los correctivos necesarios.

El problema de las Asociaciones de Bienestar y Cultura en los campos petroleros y algunas asociaciones de vecinos en nuestras ciudades, es que han hecho mucho. Pero no lo suficiente. Se han dedicado a actividades sociales, culturales y educativas. A mejorar los aspectos físicos de la zona. Pero, salvo alguna excepción, han evitado el buscar el control político de la comunidad. Todavía confunden la actividad política genuina con la politiquería. Debe ser consecuencia de los ejemplos de corrupción, indiferencia y mala administración, que han dado la mayor parte de nuestras municipalidades. Lo contradictorio, en la acción de algunos políticos profesionales, está en que pretenden mantener la exclusividad de la representación ciudadana: pero al desestimar la participación de las mayorías en las decisiones políticas, están creando una división entre los representantes y los representados, que no tiene futuro.

Por muchas razones, las Asociaciones de Bienestar y Cultura de los campos petroleros deben proliferar. Sobre todo ahora, cuando los campos petroleros, tarde o temprano, bajo diferentes mecanismos, se convertirán en comunidades abiertas. Cuando esto suceda, las Asociaciones de Bienestar y Cultura, le deberán hacer honor a su historia y extender su campo de acción, no solamente en los aspectos físicos de la expansión territorial, sino también en los aspectos políticos que gobernarán las nuevas estructuras.

Concejos Municipales. Asociaciones de Vecinos. Asociaciones de Bienestar y Cultura. Tienen en el Futuro la posibilidad de establecer una simbiosis conveniente. Siempre y cuando todos entiendan, que a nivel comunitario, la participación genuina, está a punto de reemplazar la falsa representatividad.

Caracas, 17 de septiembre de 1984.

Un viaje en avión jet de Abu Dhabi a Teherán toma normalmente una hora y media. Sin embargo, el 14 de diciembre de 1982, con motivo de la guerra Iran/Irak, había que desviarse para evitar entrar en zona de hostilidad. Por esa razón, el viaje tomaría más de tres horas. Habían varias razones para sentirse algo nervioso. Hacía apenas dos semanas, fuego antiaereo iraní, había derribado, cerca de la frontera con Turquía, un avión que conducía al Ministro de Petróleo Turco. Derribar aviones que transportaban a Ministros de Petróleo era para mi un mal presagio. Más aún, viajaba con nosotros en el avión Falcón YV452CP, de Petróleos de Venezuela, el Embajador de Irán en Kuwait. Decían los rumores de pasillos que antes de emprender el viaje había tomado un seguro de vida por un millón de dólares. Subió a bordo con un par de bolsas de papel y una caja envuelta en papel marrón que colocó debajo de un asiento. Durante todo el viaje miré con mal disimulada sospecha al presunto contenido explosivo que mi imaginación ya le había atribuido al paquete. El cuadro de angustia lo completaba el hecho de que era la primera vez que nuestros pilotos iban al Irán. Ningún avión venezolano había ido a Teherán después de la Revolución, y me preguntaba si los conocimientos de geografía de los artilleros iraníes incluían el hecho de que Venezuela estaba en Sur-América y estrictamente neutral en su posición frente al conflicto Irán/Irak. Más aún, veníamos de visitar a Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Arabes, ninguno de los cuales estaba en los mejores términos con Irán, por su conocido apoyo al Irak. Y por si fuera poco, al despedirnos del Jeque Yamani en Ryad, nos dijo: "Les deseo mucha suerte y rezaré por su seguridad personal...". No fue pues un viaje que se iniciara con los mejores auspicios.

En el mes de julio de 1982, la organización de la OPEP, tuvo una reunión muy traumática, donde la delegación del Irán tomó una posición sumamente agresiva ante las delegaciones árabes, sobre todo la de Arabia Saudita. El Ministro Calderón pensó que si se incluía al Irán en el itinerario de la delegación venezolana que visitaba al Medio Oriente, esto nos permitiría ejercer alguna influencia sobre su conducta futura. Los miembros éramos, además de Calderón, Carlos Julio González, a la razón Gobernador por Venezuela ante la OPEP; Alirio Parra, Director de PDVSA; y yo, para esa época, Presidente de Maraven. Los capitanes eran Zúñiga, Márquez, Lombardi y el sobrecargo Peña. Después de una larga noche de Abu Dhabi, el avión partió con una hora de retraso, debido

a que el permiso militar que debían otorgar las autoridades iraníes no llegó sino hasta última hora. A estas alturas del relato, vale la pena recordar que el avión Falcón ya había recorrido en el mismo viaje Caracas, Madrid, París, Ryad, Kuwait, Abu Dhabi. Un verdadero maratón para todos, hecho a la perfección, sin falla técnica alguna. Pues bien, como ya dije, partimos a las 9:00 a.m. aproximadamente. Cerca de las 11:00 a.m. ya estábamos en el espacio aéreo iraní. Calderón dormía en la parte posterior del avión. Carlos Julio González hacía lo mismo. Alirio Parra y el Embajador Iraní estaban enfrascados en una discusión técnica interminable. Entre los ronquidos de atrás y la discusión de adelante, escojí no participar en ninguna de las dos actividades y me dirigí a la cabina de mando con los pilotos. Allí empezó el Calvario. Después de más de 15 minutos en cielo iraní (¿ habrá cielo para el Islam?) no había manera de comunicarse con las estaciones de control de vuelos iraní y los pilotos lo atribuían a fallas en el equipo de tierra. Debido a la guerra y al aislacionismo de la Revolución, "seguramente no tienen repuestos", decía confiado Zúñiga. Márquez asentía calladamente. Por mi mente pasaban las visiones del avión turco derribado y la preocupación por la caja del Embajador aumentaba peligrosamente. Le dije al Capitán, en varias ocasiones que si en los próximos cinco minutos no obteníamos respuesta, nos devolviéramos. Este ejercicio se repitió varias veces. Al cabo de los últimos 4 minutos del último plazo, sin que nada pasara, salí de la cabina a avisarle a los pasajeros sobre el problema. Coincidentalmente, Calderón se levantaba en ese momento de su largo sueño, y al ver mi rostro, (ojos desorbitados y rojos, cara color ceniza, según la versión obviamente exagerada de Calderón), supo que algo pasaba. Pasó el Ministro a la cabina, y le dijo al Capitán Zúñiga que si dentro de cinco minutos, no establecíamos contacto, nos devolviéramos. Le explique a Calderón que ya yo tenía más de media hora haciendo precisamente éso y que si seguíamos postergando el regreso, lo más probable era que terminaríamos sobrevolando, sin saberlo, sobre Tehéran, lo cual no era un prospecto demasiado atractivo para mí. En ese momento, contestó la Estación de Control iraní, de un pueblo de cuyo nombre no me acuerdo. Finalmente, sin problemas, aterrizamos en Teherán.

La parte sustantiva de la visita. La amistad establecida con las autoridades del Ministerio del petróleo en Irán. Especialmente con su amable Ministro, el Ingeniero Muhamad Gharazzi, forma parte de otro capítulo que narraré en alguna oportunidad. Sin embargo, vale la pena decir que, en mi opinión, el contacto con el Irán, fue provechoso para la posición venezolana dentro de la OPEP y ayudó enormemente a aliviar las tensiones entre los miembros. Los 12 días de negociaciones serias y trascendentes en Londres, en marzo de 1983, se deben en no poca medida a la gestión venezolana. La delegación iraní nos había prometido, y cumplió, que adoptarían una posición seria y sin arrebatos histriónicos inconvenientes.

Después de un frugal, aunque apetitoso almuerzo, en el antiguo Hotel Hilton de Teherán, bastante bien mantenido, por cierto, tuvimos reuniones formales y nos aprestamos a partir. Aproximadamente a las 7 de la noche ya en cabecera de pista la torre nos ordenó regresar por cuanto no escuchaban nuestra transmisión. Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta que los dos micrófonos de nuestro avión se habían dañado. A pesar de la hora avanzada, las autoridades iraníes obtuvieron un micrófono, con el cual hicimos el viaje, no sólo hasta Abu Dhabi, sino hasta París, donde finalmente reparamos el desperfecto. Las coincidencias son increíbles. En los múltiples viajes que habíamos hecho a todos los continentes de este planeta, jamás se nos había dañado un micrófono. Las posibilidades de que se dañen los dos están en los 12 ceros. Las posibilidades que se dañen los dos micrófonos, sobre el cielo del Irán, en un avión de PDVSA, conmigo adentro, con un embajador asegurado en un millón de dólares, que además carga un paquete sospechoso, deben ser infinitas.

Tengo muchos recuerdos del Irán. Pero que me perdonen los cordiales habitantes de ese país. Los recuerdos más vívidos siguen siendo los asociados con una cabina de mando de un avión, entre un cielo nublado y sin comunicaciones.

Caracas, 30 de Abril de 1984.

EDICIONES DE LA CIUDAD
Alcaldía de Maracaibo

FERNANDO CHUMACEIRO CH.
Alcalde

FREDDY PIÑA
Director

RAMON ESCALANTE
Coordinador General

CARLOS ADAN VALBUENA
Coordinador Editorial

GILBERTO M. SAN JUAN D.
Coordinador de Artes.

YOCELY R. VARGAS CH.
Textos

EDICION:
Creación Publicidad.

IMPRESION:
Ars Gráfica.

Ediciones de la Ciudad



Nadie mejor que Alberto Quirós Corradi para contar la "pequeña gran historia" de la industria petrolera venezolana, con este libro que ensambla el perfil biográfico y anecdótico de muchos personajes y acontecimientos de los últimos cuarenta años.

Alberto Quirós Corradi es experto petrolero, con una dilatada y brillante hoja de servicios en esa industria, ensayista y columnista de los más actualizados temas del interés nacional. Comenzó a trabajar en plena adolescencia en una de las operadoras trasnacionales y llegó a ser con los años el primer venezolano Presidente de la Compañía Shell de este país.

Por su figuración política y económica, así como su ubicación estratégica, Maracaibo terminó siendo con el paso de los años una ciudad petrolera. La matriz cultural de la ciudad se enriqueció con los nuevos modos y costumbres, el habla y hasta la mescolanza étnica, generada por tan trascendental actividad económica.

De manera que contar la historia de la industria petrolera es en cierta forma, contar parte de la historia reciente de Maracaibo.

Por eso la colección "Ediciones de la Ciudad" se inicia con estas "Memorias Petroleras" de Alberto Quirós Corradi.

Fernando Chumaceiro
Alcalde de Maracaibo